

SIMONA ATZORI



¿Qué te falta
para ser feliz?

PALABRA

SIMONA ATZORI

¿Qué te falta
para ser feliz?

PALABRA HOY

Título original: *Cosa ti manca per essere felice?*

© 2011 by Arnoldo Mondadori Editori S.p.A., Milano

© Ediciones Palabra, S. A., 2016

Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 – (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

epalsa@palabra.es

© Traducción: María José López Cebrián

Donde no se diga lo contrario, las fotos son propiedad de la autora.

Foto de portada: © Gabriele Rigon

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

Diseño de ePub: Erick Castillo Avila

ISBN: 978-84-9061-395-5

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*A mi madre y a mi padre,
por haber acogido el don
de mi vida
con la sencillez del amor,
y por elegir cada día
revalorizarla junto a mí.*

*A mi hermana Gioia,
por haberme deseado, inspirado,
amado y apoyado siempre,
y por haberme hecho tía, junto con Earl,
de mis tres sobrinos,
Mathew, Sophia y James.*

*A Andrea,
porque nuestro amor es el don
que la vida nos ha querido ofrecer,
porque ahora sabemos que siempre
hemos volado en el mismo cielo.*

*A Eleonora, Manuele, Davide,
porque nuestro «amor gratuito»
crezca cada vez más.*

*Sus brazos se quedaron en el Cielo, pero
nadie ha hecho ninguna tragedia.*

CANDIDO CANNAVÓ, *Y les llaman discapacitados*

No había una vez. Existo ahora.

Mi historia no es un cuento, es un espectáculo de vida.

Amo el arte porque me permite comunicarme directamente, a través de la conciencia, acceder al lenguaje de la piel de gallina, de los pinchazos en el estómago, de las lágrimas y la sonrisa. Ese lenguaje es como un abrazo: universal. No importa si tienes o no brazos, si eres altísimo o mides poco más de un metro, si eres blanco, negro, amarillo o verde, si ves, eres ciego o llevas gafas gruesas, si eres frágil o fuerte como una roca, si eres rubio, con cabellos violetas o la nariz torcida, si estás inmovilizado en la tierra o miras el mundo desde la profundidad más inexplorada del cielo. Un abrazo –de los verdaderos– es un abrazo y ya está.

Tu arte habla por ti más allá de todo. Contará quién eres, independientemente de lo que los demás quieran ver. La vista es un sentido sobrevalorado. Y, si lo digo yo que soy bailarina y pintora, podéis creerlo.

No había una vez, pero hace falta un principio.

Y es este:

Todo comienza con un sueño.

El sueño

El parquet de la sala está gastado solo en algunas zonas, alisadas por el paso de todos los bailarines que nos hemos ejercitado durante años.

También hoy trabajaremos hasta tarde. Cada paso debe ser perfecto, los bailarines deben alcanzar la máxima sincronía.

Repaso la coreografía, todavía no la siento como propia. Repito cada paso hasta que a mi cuerpo le parezca natural. *Tombé, pas de bourrée, grands jetés*, de nuevo *grands jetés*, hasta recorrer toda la sala.

Tengo que saltar más alto, con más ligereza y facilidad.

El espejo no perdona los errores.

Se me pide belleza y armonía, y repito una y otra vez esos pasos... Y, después, un profundo *demi-plié*, para girar mejor. Con el impulso de las piernas realizo una magnífica pirueta: el *plié*, acompañado del movimiento decidido de la cabeza, y después la pirueta.

Todavía no me sale como quiero.

Recomienzo desde la cabeza. La danza es pura emoción: solo tengo mi cuerpo para comunicarla.

Por un momento me distraigo y me encuentro en el suelo, postrada de cansancio. Pienso lo dura que soy y cuánto me gusta bailar. Levanto la mirada y encuentro mi rostro en el espejo. Mis ojos hablan claro: por encima del cansancio triunfa el amor por la danza.

Decido no luchar, siento mi cuerpo caer al suelo y dejo que mi mente vuelva al motivo por el que estoy ahí, agotada, repitiendo esa coreografía una y otra vez.

Suena el teléfono. Es tarde, no espero ninguna llamada y me pregunto quién podrá ser a esa hora y con tanta insistencia. Quizá sea importante.

«¿Diga?».

Desde el otro lado, una voz en la lejanía. «Soy Eleonora, ¿eres Simona?».

Eleonora es una bailarina. Una de esas para las que la danza es vida, dispuesta a bailar contra todo y contra todos, más allá de cualquier frontera, buscando la unión suprema de alma y cuerpo en movimiento.

A ella le había confiado mi sueño: bailar en un verdadero escenario. Continuaba cultivando la danza, pero mi Gran Sueño lo había colocado en un recoveco de mi corazón y allí lo custodiaba en secreto. Solo lo había hablado con ella: la veía parecida a

mí. Quizá, gracias a su infinita pasión por el baile, podía comprender plenamente mi deseo.

No podía imaginarme el motivo de su llamada: nuestra comunicación vía e-mail era un intercambio de impresiones sobre la danza.

«Simona, ¡lo hemos conseguido!». Eleonora estalló de alegría. «¡Existe la posibilidad de participar en un festival de danza en Alemania! Un verdadero festival, ¿entiendes?, con bailarines profesionales, ¡como siempre has soñado!».

La sangre se me heló en las venas. No podía creerlo. Cerré los ojos, respiré profundamente y, con el miedo de haber entendido mal, pregunté: «Eleonora, ¿estás bromeando?». Un segundo de silencio, una eternidad, y: «No he hablado más en serio en toda mi vida. Es todo verdad, participarás en ese festival, el coreógrafo te espera en Francia para empezar los ensayos».

Me explicó cada detalle, enfatizándolo al máximo, hasta involucrarme totalmente.

Colgué el teléfono y me quedé inmóvil, incrédula y admirada.

Me puse a llorar como una niña. No conseguía ahogar los sollozos y buscaba el sentido de lo que acababa de escuchar, como si fuera la mayor tragedia de mi vida.

«Bailarás de verdad, en un festival importante, con profesionales, en un verdadero escenario...». Esas palabras me retumbaban en los oídos, evocaban otras imágenes, otras visiones... Hasta que todo fue absorbido por un torbellino de emociones y me encontré lanzada a aquel escenario.

Sentada en el camerino, mientras me maquillo, pienso en aquella tarde: la preparación entre bastidores, el corazón como un tambor, las piernas a punto de ceder. La atención de otros bailarines me ayudó a estar menos nerviosa. Pilar, la bailarina más bella y hábil que había visto nunca, me había abrazado y me sonrió diciendo: «Respira profundamente y disfruta tu momento».

Salí del palco para bailar el *pas de deux* con Marco Barbieri, con el corazón en la garganta, casi temblando. Marco se dio cuenta y me susurró: «Relájate, tranquila».

Respiré y, no sé cómo, conseguí relajarme de verdad. Marco me había agarrado con sus brazos y nos habíamos convertido en un solo cuerpo. Sus brazos se habían transformado en una extensión de mi cuerpo, y juntos, en perfecta armonía, nos habíamos dejado tragar por la luz y la música. Por la magia de la danza.

Ya no era Simona, la chica que soñaba: estaba en el sueño y nadie me habría podido despertar.

El primer baile

La luz entra con fuerza por la ventana e ilumina cada pequeña mota de polvo de la habitación. Mi mirada se posa casualmente sobre la cubierta azul de un álbum de fotos. Mientras lo saco de la estantería e intento torpemente quitarle el polvo, una foto cae debajo del escritorio. Pienso que ya la recogeré cuando haya hojeado el álbum, no tengo ganas de buscar un sistema ingenioso para sacarla de allí. Después, casi automáticamente, me agacho para buscar la foto, que aparece rápidamente. Todavía está en el suelo cuando me paro a mirarla. Me emociono y la recojo, apoyándola delante de mí.

Soy yo con cinco meses, con una gran sonrisa en la cara regordeta, enmarcada por la cascada de rizos que siempre he tenido. Mi padre me sostiene en equilibrio con su mano derecha y yo, con la espalda recta, parezco una bailarina en brazos de su compañero. Sin saberlo, estoy bailando con mi padre.

Miro su rostro, buscando algo que pueda decirme qué le pasaba por la cabeza. ¿Qué pensaba en aquel momento un hombre de treinta y siete años que tenía en brazos a su niña? Nunca se lo he preguntado, quizá porque en el fondo nunca lo he necesitado. Su dulzura y su amor incondicionado siempre han estado presentes en mi vida. Su presencia silenciosa pero poderosa ha sido la roca a la que mi hermana, mi madre y yo nos hemos agarrado.

Solo ahora me doy cuenta de no haber reflexionado sobre los sentimientos de mi padre. Sobre los suyos, no sobre los que se refieren a mí. Es extraño el «pudor» que siempre está presente en la relación padre-hija.

A mi padre no le gusta hablar de sí mismo, es un hombre amable, de modos corteses.

En cambio mi madre lo cuenta todo: lo que sé de mi infancia lo sé gracias a ella, a sus relatos intensos y detallados.

Es como si él hubiese cedido la licencia de contar los recuerdos.

Sin embargo hoy no puedo dejar de preguntarme qué experimentaría cuando nací, qué sensaciones, qué dudas le rondarían en la cabeza. ¿Qué le ha ayudado a encontrar la serenidad que siempre nos ha transmitido a Gioia y a mí?

Vuelvo a mirar aquella foto con más atención, como si pudiese cobrar vida delante de mis ojos. Pero permanece estática, y continúa hablando el lenguaje del corazón: no veo ninguna sensación de dolor ni sufrimiento ni en la mirada de mi padre ni en la mía. No hay nada oculto, ningún segundo nivel de lectura: aquella fotografía es sencillamente el espejo de la serenidad verdadera y completa de nuestra familia.

A veces pienso que a algunos les cuesta creer que haya sido así. Nadie me lo ha dicho explícitamente, pero de vez en cuando percibo la incredulidad de quien piensa que nacer sin brazos tiene que ser necesariamente una tragedia.

Este pensamiento me hace sonreír y busco en mis recuerdos algo que me diga que haya sido así.

Evidentemente no puedo tener recuerdos de mi nacimiento, me fío de lo que mi madre ha querido compartir conmigo. Son imágenes que siempre me he esforzado por enfocar, y hace poco que han adquirido mayor nitidez y claridad.

Ahora tengo la edad que tenían mis padres cuando yo nací. Ahora veo a mi madre como una mujer y a mi padre, como un hombre. Quizá lo que sentían se parece a lo que siento yo.

Necesito volver a esos momentos. Necesito ver, aunque sea por un instante, cómo nació en ellos la capacidad de acogerme no como un acontecimiento dramático, sino sencillamente como un gran don de amor. Lo necesito para crecer, para ser una mujer mejor.

Sus brazos se quedaron en el Cielo

Tenía treinta y seis años y tres meses, y era diminuta a pesar de estar en el octavo mes de gestación. El pelo negro y liso le caía sobre la espalda, y sus grandes ojos verdes brillaban con una mirada sonriente y de orgullo.

Aquella noche de junio no conseguía dormir, encontrar una posición adecuada le parecía imposible. El hijo que llevaba dentro había decidido complicarle la vida: estaba en la posición equivocada para nacer, pero no parecía tener la intención de darse la vuelta. Tonina entendió que debía resignarse, apoyó una mano sobre su vientre y lo acarició, como si estuviera tranquilizando a su criatura.

No sabía si era niño o niña, pero no le importaba. Quería que su hija Gioia tuviera un hermano o una hermana. Y que no se fuera, como los dos primeros. Deseaba una familia que creciera y a la que poder amar.

Por la mañana temprano decidió ir al hospital. Cogió la maleta, preparada desde hacía algún tiempo: vestidos bordados a mano y todo lo necesario para acoger a un niño.

Milán la esperaba, y Tonina se presentó confiada a la cita. Alguien tenía prisa por nacer.

Los primeros días en el hospital transcurrieron rápidamente: conoció a todas las que iban a ser madres, cada una con una historia que contar y un sueño. Probablemente les unía el miedo. El 14 de junio nació Alessandra, la hija de Lilli, una de sus nuevas amigas. Lilli era joven y bonita, y también venía de Cerdeña. En aquel momento no podía imaginar que la relación con ella y su hija duraría tanto. Lo bonito de esta vida es que las personas que te cruzas en el camino te aportan algo que antes ni siquiera sabías que te faltase.

No puedo imaginarme las sensaciones de mi madre. Me las ha contado, pero hoy son recuerdos, endulzados por el tiempo y los acontecimientos.

Recuerda una noche agitada con fuertes dolores, con mis pies empujando en la dirección equivocada y que no sabía cómo colocarse para poder dormir. La mañana parecía no llegar nunca, y menos aún los médicos que iban a hacer que su hija naciera. Pero todo llega antes o después, también cuando parece que el tiempo se alarga de manera excesiva.

La tercera cesárea de Tonina: un momento de silencio y después mi llanto. Había conseguido hacerme escuchar incluso con un pulmón obstruido. Esta era una buena

noticia, que le dirían mucho tiempo después.

Siempre me he preguntado si sería posible tener fotogramas claros de esos momentos. No siguen una cronología definida. Son manchas de color sobre papel mojado, como cuando experimentas con las acuarelas por primera vez y las formas se disuelven en el agua que no consigues dosificar.

Al despertar de la operación, los dolores habían desaparecido. No podía moverse, la herida mal cosida pinchaba como mil alfileres.

No sabía nada. Había nacido una niña, pero ella no podía verla: la habían metido en la incubadora. Solo había silencio, oscuridad y miradas elusivas. De pronto no había ningún rostro familiar, como si la luz del día anterior se hubiera apagado para siempre. El rostro de aquella niña que no puede abrazar se convierte en un abismo. Ni siquiera tiene fuerza para gritar. Algo va mal y lo percibe con toda claridad. Quiere saber, quiere abrazar a su hija. «¡Otra vez no!». El pensamiento de los dos niños que estuvieron en la incubadora y se marcharon vuelve a ella con insistencia, pero lo rechaza con fuerza. Pensar en la pequeña Gioia le da ánimos y, en el fondo, sabe que no volverá a ocurrir. Esta niña vive. Hay algo que no va bien, pero vive.

Ese maldito cartel siempre está a los pies de la cama. Lejísimos. Tonina sabe que allí está la respuesta a su pregunta. Si consiguiera alcanzarlo... Lo lee rápidamente, como si estuviera violando un secreto de estado. Cinco palabras: «Ausencia de las extremidades superiores». Algo no va bien con las extremidades. Las superiores son los brazos. «¡Entonces sí tiene piernas!».

Se queda sin aliento, como si hubiese gritado durante horas, pero no articula ningún sonido. Sin embargo, su mente ha gritado fuerte, para intentar entender algo que todavía no está claro. Imagina un pequeño rostro que, hasta hace poco, estaba dentro de ella. Quiere ver los pies que ya ha soñado ver bailar y volar, sin saber ni remotamente que eso ocurrirá de verdad. En la oscuridad de la desesperación, esa débil luz es el signo portentoso de la vida: nadie lo sabía, ni yo, recién nacida, ni ella, una mujer joven que se ha hecho especial, como todas las madres.

El momento en que me ve por primera vez es un recuerdo dulce y ligero. Lo mismo para mi padre. Unos pies pequeños que se mueven en el aire buscando no se sabe qué, un cuerpecito indefenso que hace sonreír a los ojos de los padres que ignoran su destino.

Habían sido elegidos para ser mis padres y no lo sabían. La vida les había puesto delante de una gran prueba. Era difícil, pero ellos, en aquel momento, se buscaron, se cogieron de la mano y se la estrecharon con fuerza, mirando aquellos piecitos, que representaban el secreto de aquella niña y de su vida junto ella. No hacían falta palabras.

Me los imagino así mientras me vuelven a elegir otra vez, con un acto de amor todavía más grande. Real y sincero. En aquel momento me convertí en su hija, no por un

derecho de sangre, sino por una concreta decisión de amor.

Firmaron los documentos y me sacaron de allí. Mi nacimiento había suscitado un poco de desorden en el hospital y quisieron llevarme a donde pudieran cuidarme con dulzura. El hospital de Tradate me acogió y en poco tiempo estuve lista para conocer mi casa.

Aquí comienza nuestra aventura.

Ninguna certeza, ninguna seguridad, miles de dudas y de miedos, pero tenía una familia dispuesta a quererme, y eso fue suficiente. Pero no solo eso: fue el mejor punto de partida que hubiera podido tener.

Puedo bailar

Si no hubiese ido a clases de baile desde niña para seguir los pasos de mi hermana... si hubiese cambiado de trayectoria cuando, a los diez años, la escuela donde acudía, que dependía de la Real Academia de Londres, dijo que, para continuar, era obligatorio hacer un examen del uso de los brazos... Si no hubiese superado esta fase, no habría bailado en el *Roberto Bolle and Friends*, no habría sido embajadora de la danza en el Jubileo del 2000, no habría inaugurado los Juegos Paralímpicos de invierno de 2006, no habría hecho *Me*, el primer espectáculo que fue todo mío.

Nunca habría llegado a donde estoy.

Todo es parte de un sueño.

Que ha sido cuidado, regado y amado, recorrido paso a paso, «humanizado» y despojado de su connotación poética para hacerlo real.

Sin embargo, continúa siendo un sueño. Cuando lo veo tomar cuerpo y entiendo que es él, que lo estoy viviendo, no me pregunto qué haré: sé que soñaré otro.

Uno de mis objetivos es precisamente continuar soñando: sueños pequeños, inmensos, de colores, blandos. No me supone mucho esfuerzo: se me vienen cientos de ideas. Hago listas y listas, los proyectos se me amontonan en la cabeza.

Sin ellos, estaría vacía.

Me lanzo instintivamente. Aunque me ocurre demasiadas veces, prefiero hacerme daño alguna vez antes que renunciar a intentarlo. Estoy aprendiendo a frenarme, pero no es fácil: no me gustan los límites y me cuesta autolimitarme, me parece que traiciono aquello para lo que siempre he luchado. Sin embargo, con la fuerza de la razón y de la prudencia, sobre todo para no dañar mi cuerpo ni mi serenidad, llego hasta un punto: más allá es mejor que no. «Más allá no se puede», no es mi filosofía. Incluye la negación de una posibilidad, y yo las negaciones las transformo. Los *noes* que escucho dentro de mí se transforman en «¿por qué no?», «quizá», «vamos a ver», «sí». En el peor de los casos se convierten en un «no, porque...».

Debo dar las gracias a mi madre por esta capacidad. Cuando era pequeña entendió que para mí los *noes* habrían podido llegar a ser tantos que no quiso que yo los experimentara como un rechazo. Mientras que mi abuela tenía miedo y me impedía hacer casi todo, mi madre buscaba soluciones creativas: así no, pero así sí, y me guiñaba el ojo.

El columpio

El viento sopla sin cesar. Mezcla el azul del mar con el turquesa y el celeste. Parece como si un pintor de finales del XIX quisiera experimentar y se divirtiera añadiendo el viento a su lienzo impresionista. O quizá la naturaleza sea vanidosa hasta el punto de no querer aparecer siempre igual.

Es salvaje y parece querer escapar. Los olores y los aromas son intensos. Un árbol ha decidido nacer en medio de la arena, siguiendo el capricho del viento que lo modela como quiere, pero no llega a romperlo.

Puedo ver a mi madre en esa fuerte mezcla de colores y perfumes de mirto y laurel. Es originaria de esta tierra y lleva consigo todos sus rasgos y tradiciones. Nació hace ya muchos años en Suelli, un pequeño pueblo de la región de Trexenta, en la provincia de Cagliari. Es la cuarta de seis hermanos, la primera niña en una familia dominada por hombres, seguida algunos años después por su hermana Elisa. Su familia era de origen sencillo. Su padre, Raffaele, era maestro de obras; su madre, Pinuccia, gobernaba la casa con temperamento decidido pero amable. Su tranquilidad se acabó un día de invierno. Raffaele murió con solo cuarenta y cuatro años, picado por un insecto que se había posado en un caballo. Una simple picadura: el médico no comprendió la gravedad y fue terrible. Dejó cinco hijos y una mujer embarazada. El último niño, el sexto, nacería unos meses después. Una tragedia que cambió el sentido de las cosas y marcó su destino.

En esos tiempos, vivir con el estigma de la orfandad en Cerdeña no era fácil. Pinuccia se convirtió de pronto en padre y madre. Parece una novela, pero es cierto.

Mi madre lleva dentro todo esto. Así es como pronto aprendió a transformar el dolor en vida y redimirlo. Estas circunstancias no forjaron en ella un carácter difícil. Todos los sufrimientos de su alma se encierran en su gran sonrisa, que transforma cualquier experiencia en ganas de vivir.

Soñaba con atravesar el mar de su pequeño pueblo. Y un día, a los veintitrés años, partió al continente con su madre, su hermana Elisa y tres de sus hermanos. Solo el segundo, Michelangelo, se quedó en Cerdeña: ya había formado una familia con Luigina y habían nacido Marirosa e Ignazio.

Se marchó de su isla sin olvidar el poder de aquella naturaleza, la fuerza de sus colores, la intensidad de sus perfumes. Es bonito descubrir que cuando se deja algo no es para abandonarlo, sino para enriquecerlo con otros sabores.

Lombardía acogió a su familia con respeto. Encontraron trabajo y la misma dignidad que siempre habían tenido. Allí se conocieron mis padres. Conoció a un muchacho flaco

pero fuerte en el pueblo donde fueron a vivir. Una sonrisa sincera, enmarcada por rizos claros la enamoró. Era distinguido y de maneras amables. Mi madre pensaba, por sus características, que era lombardo. Sin embargo, pronto descubrió que él también venía de Cerdeña: venían del mismo sitio, compartían muchas cosas, pero tenían historias muy distintas. Mi padre era el hijo único de una familia acomodada. Su madre era costurera y su padre construía vagones de madera. También ellos habían ido a Lombardía por trabajo.

Imagino a mi madre en aquellos tiempos como una figura en la lejanía. A menudo busco en sus rasgos los sueños que escondía entonces.

Es verdad que los pensamientos cambian, pero partimos de algo, y, dentro, todavía conservamos las raíces. Una parte de ella querría volver a apropiarse de esos orígenes, y lo hace contando su vida a quien está a su lado.

Es difícil tranquilizar a un caballo que relincha porque todavía tiene ganas de correr. A veces a ella le pasa eso. Cuando no puede correr más, lo hace a través de mí. Se sienta en la silla e intenta disfrutar de la carrera y del paisaje que mi vida le ofrece. Yo la acojo con mucho gusto porque esa carrera es posible solo gracias a que ella ha allanado el camino. Es un viaje agradable y difícil al mismo tiempo, pero es nuestra carrera. Y también la queremos cuando frenamos o nos caemos en el primer bache.

Me veo tan parecida a ella que a veces hasta me da miedo. Para mí siempre ha sido tan fuerte y decidida que me pregunto si conseguiré ser como ella. Solo ahora comienzo a percibir sus debilidades, sus miedos. Ahora, que yo también soy una mujer, veo su vida de un modo distinto.

Para mí ella siempre ha sido como un superhéroe. Sabía cómo afrontar las cosas y lo hacía con una serenidad pasmosa. A su lado nunca tenía miedo, sabía que resolvería cualquier situación. Me sentía fuerte y capaz de afrontar cualquier cosa.

Un día, cuando tenía seis o siete años, me estaba balanceando en el columpio del jardín de casa. Había aprendido a subirme yo sola con las piernas y estaba tan contenta que me columpiaba cantando durante horas.

Un día pasó por allí el vigilante del pueblo. En cuanto me vio, empezó a gritar: «¡Señora! ¡La niña!». Mi madre, al escuchar los gritos, salió corriendo al jardín. El vigilante cada vez se alteraba más: «¡Señora! ¡Hágala bajar!». Al principio mi madre no entendía qué pasaba, después, cuando vio que el vigilante me señalaba, comprendió que quería que bajase del columpio. Mientras, yo me había detenido y miraba con los ojos de par en par a aquel hombre con uniforme que me señalaba gritando. Por mí habría seguido columpiándome y cantando como siempre, pero entendía que algo no iba bien.

Mi madre, con gesto amable, se volvió hacia el vigilante: le sonrió y le invitó a calmarse. Después, se giró hacia mí, y con una sonrisa de complicidad me ordenó:

«Simona, para y baja del columpio». Después, acercándose y guiñándome el ojo, añadió: «No te preocupes, en cuanto el vigilante se haya ido, podrás volver a salir y jugar como antes».

Aquel día entendí muchas cosas.

Comprendí que a veces los límites están en los ojos de quienes nos miran. El que tenía miedo era el vigilante, no yo ni mi madre. Nosotras habíamos encontrado un modo seguro para que me columpiara, aunque no fuera igual al de los demás. No por eso era menos válido: solo era un modo alternativo.

Entendí que a veces no hace falta desafiar a los otros para demostrar que las cosas se pueden hacer de otra manera. ¿Por qué insistir al vigilante si no era capaz de ver las cosas desde un punto de vista diferente? Quizá lo habría comprendido de otro modo y en otro momento. Quizá lo entendió en el momento en que se dio la vuelta.

Lo más importante que comprendí aquel día fue que la complicidad y la confianza entre mi madre y yo nos llevaría lejos, que también ella confiaba en mí y que, antes de decir «no», se preguntaría: «¿por qué no?», y juntas encontraríamos nuestro modo.

Aquel día bajé del columpio y esperé a que el vigilante se fuera. Apenas dejé de verlo tras los barrotes de la puerta, volví a subirme al columpio. No fue una derrota. Fue la victoria de quien no tiene nada que demostrar, sino que sabe encontrar su camino gracias a la fe de quien le ama.

Desde aquel día, cuando alguien me decía que no podía hacer algo, siempre pensaba en mi madre, que, con su voz segura, decía: «¿por qué no?»; con la cabeza lentamente me decía «sí» y me daba la fuerza para afrontar todos los retos de la vida.

Todavía me pregunto cómo conseguía saber siempre la manera de hacer las cosas. Ahora sé que quizá no lo sabía, que tenía sus miedos y debilidades. Sin embargo, poseía la gran capacidad de hacerme sentir protegida y amada.

¿Cómo lo conseguía? De pequeña pensaba que era mágica. Durante la adolescencia llegué a aborrecer su capacidad de no perder nunca la paciencia y conseguir afrontar todo con serenidad. Ahora, simplemente la admiro. No hay ninguna magia ni talento superior. Solo es una mujer con muchas ganas de vivir y una gran capacidad de amar. La vida le ha deparado muchas pruebas que ha afrontado y ha intentado superar como una gran atleta, con dignidad y coraje.

La veo envejecer y descubro que cada día continúa creciendo a mi lado. Igual que durante todos estos años, seguimos compartiendo los colores de la maravillosa pintura de la vida. Descubrimos las formas esculpidas por el viento de Cerdeña y los tonos más apagados de Lombardía, unidos a aquellos inmensos y vibrantes de Canadá. Mezclamos todas las tonalidades que la vida nos ha permitido admirar y percibimos un perfume intenso. Con ella he aprendido a sonreír a todo eso y a disfrutar de cada matiz, también de los más sombríos o insignificantes. Antes o después, todo asume el color más intenso:

basta esperar a que la luz adecuada lo ilumine.

Muchas veces, mi madre se ríe con ganas, como una chiquilla que siempre encuentra el modo de divertirse. A veces también la veo llorar; ahora ya no esconde las lágrimas. Las deja resbalar por su rostro, señal de que no deja que la abrumen los sentimientos. Es como si hubiese llegado a un momento de la vida en que puede permitirse expresar lo que siente, sin necesidad de justificarse. Tiene que ser como volver atrás en el tiempo y retomar todo en el momento antes de convertirse en adulto.

A menudo siento el impulso de frenarla, como para protegerla, exactamente como ella ha hecho siempre conmigo. Tengo miedo de que alguien pueda hacerle daño y apagar esa maravillosa luz que brilla en ella. No puedo y no quiero hacerlo. Ella es especial y única así, con su fuerza y su debilidad, con sus seguridades y sus contradicciones.

Ella es sencillamente una gran mujer. Lo único que puedo hacer es darle las gracias a ella y a mi padre por haberme dado esta vida a través de su amor.

Debut

Todavía no había cumplido cuatro años cuando mis padres decidieron matricularme en el colegio.

Un día que mi madre fue a recoger a mi hermana a la escuela, le dijo la superiora: «Cuando Simona tenga la edad, estaré encantada de acogerla». Pero el destino se entrometió y no pudo ser ella la que me acogió: un grave accidente se la llevó muy pronto.

Mi madre me matriculó un frío día de enero. Se preparó con cuidado: un bonito vestido y un abrigo elegante, hecho a medida por la abuela, que era una costurera excelente. No olvidó nada: una capa de maquillaje, el bolso y aquella sonrisa llena de fuerza y serenidad que la ha acompañado toda su vida. No se preguntó qué diría la hermana, todavía tenía en los oídos las palabras de la superiora anterior. Era mi debut «en sociedad», y mi madre estaba emocionada.

Encontró aparcamiento sin problemas y por un momento pensó que todo iría sobre ruedas.

La nueva superiora la acogió con una sonrisa que ella le devolvió. Comenzó a hablar con entusiasmo de lo que hacía, de mi carácter alegre y de tantos descubrimientos que estábamos haciendo juntas. Mientras ella hablaba de su hija, la sonrisa de la religiosa desapareció para dar lugar a una expresión más seria. Mi madre no se dejó intimidar y continuó, hasta llegar al punto: «Me gustaría matricular a mi hija Simona en el colegio», dijo como de pasada, como si tuviera miedo de que rechazaran su propuesta antes de que acabara la frase. La hermana probablemente esperaba que no llegase esa petición, o creía que atemorizaría a mi madre con su rostro severo. Pero no la conocía: no se habría dejado intimidar por una mirada. Se estaba comportando como cualquier otro padre en su lugar. Nunca habría conseguido que desistiera. La superiora no podía imaginar que nuestro camino de batallas y conquistas acababa de empezar.

La hermana la miró un momento y, con la actitud de quien solo está haciendo su trabajo, le dijo que creía conveniente convocar una reunión con los maestros y los padres para decidir si me admitirían en el colegio. Cerró su sentencia con un: «Lo siento por la maestra que tendrá que tener a su hija en clase».

Mi madre no replicó. Mantuvo su dignidad, pero esas palabras fueron como una puñalada. Enfundada en su abrigo, cogió el bolso, saludó amablemente y se alejó. Una vez en el coche, tuvo que hacer maniobras para salir del aparcamiento que había encontrado tan fácilmente. Durante el trayecto a casa las palabras de la hermana

retumbaban en su cabeza: «¡Una reunión para decidir si mi hija puede ir al colegio!», se repetía, como si no pudiera creerlo. «¡Lo siento por la maestra!».

Antes de girar en la estrecha calle que lleva a nuestra casa, se paró. No era posible. Giró el coche y se volvió, como si el coche la llevara a ella. Paró delante de la consulta del médico de familia. Entró con paso marcial y le contó al médico lo que había pasado. «Si van a estropear todo lo que mi marido y yo hemos hecho con Simona, no la mando al colegio y la dejo en casa tranquilamente con los abuelos».

El médico le cogió las manos, le sonrió y le dijo: «No se preocupe, señora, Simona tiene derecho de ir al colegio como los otros niños, haremos todo lo posible por que así sea».

Mi madre se tranquilizó: saber que alguien creía en ella y en sus derechos la animaba y le daba fuerza. Era nuestra primera batalla, que apenas había comenzado.

El día de la famosa reunión acudieron los maestros, las hermanas y los padres de los que serían mis compañeros de clase. Mi madre no recuerda mucho de lo que se dijo, quizá estaba tan ansiosa y nerviosa que borró todo apenas salió por la puerta. Solo recuerda que habló sobre mí y mi mundo: dijo que era una niña llena de alegría y de ganas de vivir. Cuando acabó, le dedicaron un gran aplauso y las otras madres se le acercaron para felicitarla, diciéndole que era una madre estupenda.

Si pienso en ella en aquellos momentos, siento ganas de abrazarla. Me la imagino fuerte y frágil a la vez, asustada y segura, como quien sabe lo que dice, pero no sabe cómo los otros reaccionarán ante sus palabras ni si las comprenderán.

Todo acabó tan rápidamente como había comenzado, y en la reunión se concluyó que podía asistir al colegio. La superiora se acercó a mi madre y le dijo: «Señora, deberá estar con nosotros los primeros días para explicar a la maestra cómo tratar a la niña».

Mi madre sonrió y con gesto seguro y sereno respondió: «Desde luego, hermana, no hay ningún problema».

Se acercaba el primer día, y yo hacía muchas preguntas. Estaba contenta de pensar que pasaría el tiempo con otros niños: me gustaba mucho jugar con los demás, aunque estaba muy bien en casa con los abuelos. Adoraba al abuelo y de vez en cuando pedía quedarme con él. Mi madre me animaba, explicándome que podría dibujar junto a otros niños, y este aspecto del colegio empezó a gustarme. Sabía que estaría con una niña con la que jugaba muchas veces, Paola, la prima de una compañera de Gioia, y estaba contenta porque con ella me divertía mucho.

El día señalado nos levantamos pronto. Nos preparamos con cuidado y animadamente: la abuela me había hecho un vestido rojo y mi madre se había pedido el día libre en el trabajo, siguiendo la cordial sugerencia de la superiora. Yo estaba contenta de tenerla para mí.

Llegamos al colegio llenas de emoción: yo, entusiasmada por esta nueva aventura; mi madre, nerviosa porque se sentía sometida a examen. Pero no tenía ninguna intención de permitir que nuestra primera meta se estropeará por el miedo a los demás.

A menudo, los límites no están en nosotros, sino en los que nos miran. Fue un bien comprender esto pronto, porque desde aquel momento no dejamos que nadie limitara nuestro modo de vivir y de entender la vida. Los límites se los dejamos con gusto a los demás: nosotras teníamos mucho que hacer.

A la llegada encontramos a la superiora, más nerviosa que nosotras. Quién sabe lo que esperaba... Todavía hoy me pregunto cómo podía asustarla tanto una niña de cuatro años. Se presentó la maestra, Rossella, que nos acogió con una gran sonrisa. Mi madre se sintió apoyada.

La maestra me llevó consigo y me hizo sentar en mi sitio. Enseguida vi a mi amiga Paola e intercambiamos una sonrisa de complicidad que fue el comienzo de una gran amistad. La superiora le hizo señas a mi madre para que se sentara en silencio en un rincón de la clase.

Enseguida olvidé que todavía estaba allí, y ni siquiera parecía notar la mirada inquisitiva de la hermana, que analizaba cada uno de mis movimientos.

La maestra preguntó: «¿Quién quiere dibujar?». Mis ojos se iluminaron. No habría podido proponer nada mejor: dibujar era mi juego preferido. En casa dibujaba todo el día.

Cogí un lápiz con el pie derecho y me puse a dibujar con entusiasmo.

Cuando acabé me levanté y puse el folio entre el pecho y la barbilla: una de las tantas maneras que me había inventado para transportar las cosas. Con paso decidido caminé al lado de la superiora. Alrededor, todo pareció pararse. Esbozando una sonrisa encantadora le entregué el dibujo y le dije: «Madre, lo he hecho para usted».

Ella, casi temblando, lo cogió con sus manos y lo miró, pero quizá no consiguió fijarse en la imagen que veía. Yo me quedé allí sonriente y contenta, y ella, tímidamente, me devolvió la sonrisa y me dio las gracias.

Mi madre se quedó sin palabras. Sé que su corazón se llenó de alegría y satisfacción: no necesitaba estar en una burbuja para continuar siendo espontánea. Nadie me había hablado de las dudas y la reserva de la hermana para admitirme, pero había dado en el clavo.

La mañana transcurrió con tranquilidad. Mi madre continuaba en el rincón y la superiora, con una expresión más relajada, casi de incredulidad.

A la hora de la comida invitaron a mi madre a que se quedara. La superiora le pidió que les ayudara a comprender cómo debían comportarse conmigo en esa situación. Mi madre accedió sin decir nada.

El comedor me pareció enorme, con todas aquellas mesas diminutas. La maestra hizo

que me sentara en una mesa cualquiera, al lado de otros niños. Levanté mis pies, como solía hacer en casa, y cogí los cubiertos.

En un momento dado, el niño que estaba a mi lado empezó a quejarse: «¡No quiero! ¡No me gusta!», gritaba. La maestra intentó convencerlo: «Pero Andrea, si está muy bueno, comételo».

Andrea no quería, y siguió quejándose, llorando cada vez más.

Todas las miradas estaban sobre nuestra mesa: la maestra miraba a Andrea, la hermana me miraba a mí, mi madre miraba a la hermana.

Yo miraba a Andrea en silencio: primero con curiosidad, después cansada de tanto gimoteo. Me volví, lo miré amenazadora y, cogiendo su tenedor con el trozo de carne pinchado, le dije: «Basta ya de caprichos, come y déjate de tonterías», y, por una extraña sincronía de gestos, él abrió la boca y yo le metí dentro el tenedor con el trozo de carne.

No tengo idea de la cara que puso la hermana, pero me la imagino con la boca abierta, como Andrea. Cuando volvió en sí, fue para decirle a mi madre que se podía ir a casa, que ya no la necesitaban.

Es cierto que hay cosas que no se entienden hasta que se viven.

Mi madre se fue muy contenta. Me la imagino salir del colegio y subir al coche con una divertida sonrisa de satisfacción. Pensaría que su hija era más impredecible de lo que ella pensaba.

Volvió para recogerme al final del día. La superiora fue a buscarla y, con ojos húmedos, le cogió las manos entre la suyas, se las llevó a sus labios, las besó y le dijo: «Hoy he aprendido una gran lección, gracias».

Desde aquel día la superiora fue muy amable conmigo y con mi madre. Es al mismo tiempo extraño y bonito que pudiera aprender algo de una niña de cuatro años.

También mi madre había descubierto algo importante para nuestro futuro. Se había dado cuenta de que con inteligencia, educación y serenidad se consigue más que «pisando fuerte». Aquella plaza en el colegio era un derecho que teníamos y nos lo habíamos ganado sin muchos discursos, simplemente habíamos mostrado a los demás nuestro modo de vivir.

Fue una entrada triunfal: habíamos conseguido compartir nuestra sonrisa con quien jamás podría haber imaginado sonreír con nosotras.

El color rojo

De pequeña siempre iba descalza. Todos los suelos estaban cubiertos de moqueta. Me encanta sentir su tacto bajo los pies, me encanta sentarme en el suelo, me encanta el rombo que hay en medio de la alfombra del salón: durante años fue mi sitio preferido para observar el mundo de los adultos.

Un día, desde ahí, con la habilidad de un prestidigitador, saqué el pie derecho. Mi madre y Gioia, sentadas en el sofá delante de mí, me observaban. Deslicé lentamente el pie por la alfombra y, con todo el cuerpo hacia atrás, llegué hasta los lápices que Gioia había dejado en el suelo.

Miré los colores durante algunos segundos, y después, de pronto, agarré el color rojo y me lo puse delante de los ojos, mirándolo como si acabara de descubrir un tesoro. Me lo acerqué casi hasta tocarlo con la nariz, llegando a torcer los ojos para no perderlo de vista.

Mi madre se levantó del sofá para dármelo, pero no tuvo tiempo, porque, rápidamente, alargué el pie y garabateé un ángulo de un folio en blanco.

Tenía pocos meses: un signo incomprensible de color rojo fue mi primer dibujo.

Descubrí el maravilloso mundo de los colores y las líneas, y ya no me detuve. Gioia dibujaba, yo me quedaba a su lado y la miraba encantada, intentando imitarla, deseando llegar a ser como ella.

Empecé dibujando niños al revés. Empezaba con un círculo en la parte inferior del folio, después seguía por el otro lado, dibujando un bonito cuello, dos largos brazos con los cinco dedos de la mano, el resto del cuerpo y las piernas, con los dedos de los pies. Terminaba rellenando el círculo con ojos, nariz y una boca sonriente, después giraba el folio. Por arte de magia, el niño estaba de pie y yo sonreía satisfecha.

A medida que fui creciendo acumulé cuadernos que dejaba por toda la casa. Dibujaba historias enteras. Después de ver los dibujos animados, si el capítulo no acababa como yo quería, lo cambiaba y me lo inventaba a mi manera. Enriquecía y cambiaba los complementos de las princesas, diseñando los personajes como me gustaba.

Para divertirme empecé a decorar cerámica con una amiga de mi familia, Carla. Gioia se apuntó a un curso de cerámica y porcelana con la tía Elisa. Yo era demasiado pequeña para ir con ellas, pero intentaba robar todos sus secretos cuando volvían a casa y tenían que acabar algún ejercicio.

Tenía cuatro años cuando exhibieron mis creaciones en una exposición del pueblo.

Estaba tan contenta de mostrar mis primeras obras de arte que aproveché un momento de distracción de mi madre y, en un momento, las vendí casi todas. No le sentó muy bien: para ella eran cosas tan preciosas que era una pena venderlas. Por suerte, algunas tacitas y vasos no se vendieron. Hoy los guarda en su galería personal, de la que los saca orgullosa para enseñárselos a sus invitados.

El encuentro que decidió mi destino como pintora tuvo lugar cuando tenía unos siete años. Poco después de que yo naciera, a mi madre le regalaron un libro titulado *Consecuencias de un sueño*, del pintor Mario Barzon. Mario está atrapado desde siempre en un cuerpo que no le permite moverse. Reclinado, mira el mundo desde una silla de ruedas, pero lo que ve es tan extraordinario que nunca le ha impedido gritar sus ganas de vivir. Afronta la vida con una decisión y una energía desarmantes contagiando a todos los que tienen la suerte de conocerlo. Mi madre quedó cautivada por el optimismo del libro y quiso conocer al autor. Y lo conoció: no fue casualidad, todo tiene un sentido, aunque a veces no se entiende inmediatamente.

Cuando Mario vio mis pinturas se quedó asombrado. Animó a mis padres a enviar todos mis dibujos a la Asociación de pintores con la boca y con el pie (VDMFK). Al principio dudaron, pensando que era demasiado pequeña para asumir un compromiso tan importante, después cedieron y, cuando tenía ocho años, empecé a formar parte de esa asociación internacional, cuya sede en Italia está en la editorial SPAM en Verona.

Mi aventura en el mundo del arte había comenzado oficialmente.

Para desarrollar mi talento, comencé cursos y lecciones con amigos que sabían pintar: desde la tía Elisa a Carla, pasando por las habilidades de Angelo. Yo vivía todo como un juego y me divertía descubriendo las inmensas posibilidades que me ofrecían las nuevas técnicas pictóricas.

Angela, una amiga de la familia que acababa de terminar un curso de acuarela, se ofreció a enseñarme lo que había aprendido. Un día a la semana venía a recogerme al colegio, comía con su familia y hacía competiciones memorables con sus dos hijos, Mauro y Andrea, para ver quién comía más. Competir con las mismas cantidades de comida era difícilísimo para una niña tan delgada como yo. Después de comer, Andrea y yo jugábamos un poco, mientras Angela recogía la cocina y preparaba lo necesario para pintar. Cuando estaba todo preparado me llamaba, mandaba a Andrea a su habitación a hacer los deberes y comenzábamos las lecciones. Era una niña curiosa, y ella tenía que inventarse siempre cosas nuevas para mantener mi atención. Angela tenía mucha paciencia conmigo y consiguió hacerme amar el arte del agua que se convierte en color. Así nació una de mis verdaderas pasiones: durante años la acuarela fue mi técnica preferida. Me retrataba, era instantánea y rápida como yo. No permitía pensarlo dos veces: los colores y las pinceladas que dabas en el folio eran definitivos, y en esa época de la vida yo era así: directa y espontánea. Angela lo sabía, e intentaba secundar mi

carácter impetuoso sin olvidar enseñarme también la precisión y la atención que se requieren para acabar una pintura.

A partir de ahí empecé a estudiar este arte. Cuando cumplí diez años, comencé clases de dibujo con Daniela, una profesora buenísima que me enseñó a amar el arte del retrato y del cuerpo humano. Fue otro gran descubrimiento. Aprender a pintar los movimientos me permitía acercarme a mi otra gran pasión: la danza. Podía intentar traducir en pintura las emociones que la danza me permitía vivir.

Sin embargo, para la gran inmersión en el arte debía esperar a la universidad. Desde el primer día en la facultad de Bellas Artes en Canadá, mi mundo empezó a girar completamente en torno a la pintura. Me sentía libre de expresarme, de experimentar, de mezclar, de atreverme, de meter el pincel en mi mundo interior y traducirlo en imágenes.

Para mi tesis presenté un trabajo que intentaba plasmar los movimientos de la danza en la tela. Fue estupendo. Durante los cinco años anteriores había aprendido a dejarme llevar sin temores, sacando fuera todos los sentimientos, desde los más leves a los más tumultuosos, para después manipularlos hasta transformarlos en creación artística.

Decidí partir de ahí. Me escuchaba y me daba cuenta de que mis emociones salían en forma de movimiento. Por mucho que intentase buscar otros modos, no lo conseguía. Pensaba que no debía oponerme, y, como un río desbordado, todas las imágenes que tenía en la mente tomaban forma, sin encontrar diques que pudieran detenerlas.

El baile y la pintura siempre han sido las dos formas de arte más cercanas a mí, las que me permitían expresarme. ¿Por qué empeñarse en ir contra mi naturaleza? La búsqueda de la unión siempre ha sido el sentido de mi creación artística. La danza es un instante: la emoción dura el tiempo del espectáculo, después todo parece desvanecerse y escapar. Sin embargo, nada desaparece para siempre sin dejar huella. Permanecen leves percepciones, recuerdos desenfocados por el tiempo: cabellos en el viento, un pie que se levanta del suelo, los músculos contraídos en búsqueda de la perfección, el rostro que rompe el aire. Permiéndome la libertad de emocionarme otra vez, conseguía revivir aquellos recuerdos; daba forma otra vez a las sensaciones, tiñéndolas de colores luminosos.

Descubrir que podía utilizar la pintura como puente entre las emociones que experimento cuando bailo y cuando pinto ha sido sublime. De este modo comencé a usar la pintura como medio para detener esos instantes de movimiento, de pura magia.

En mi imaginación el movimiento es color, sombras, líneas. Es la unión de dos cuerpos que se mueven en el espacio, que, cuando giran, crean otro espacio y mezclan la geometría con el sonido de la música y el aliento de la respiración. Podrían parecer formas abstractas, pero en realidad es la representación pictórica de lo que el bailarín crea con su movimiento. Es pura emoción. Es la vida contada por la danza. Es amor por todo lo que hay fuera y dentro del cuerpo. Es miedo de lo que no se conoce, o ante el

dolor que se siente. Es alegría por haber descubierto que se tenía dentro la capacidad de conmoverse, de hablar otra lengua.

Para mí es solo mi vida. No soy yo la que ha descubierto la danza y la pintura. Han sido ellas las que han venido a mí y me han ofrecido la oportunidad de contar mi mundo. Me han elegido para que pueda bailar las grandes emociones de la vida y, después, transformarlas en colores y formas. Sin ellas, no sé si tendría la capacidad de explicar todo lo que siento. La danza y la pintura son como dos alas.

Son precisamente las que me llevan alto, y me permiten volar.

Puedo escribir

Un día, navegando por internet, descubrí esto en un foro de danza:

El sábado fui a un *stage* de danza en Milán. Había una chica sin brazos, comenzamos a improvisar de dos en dos. Bailé con ella y vi su armonía, su equilibrio, la confianza que depositaba en mí. Tenía miedo de hacerle daño, me sentí estúpida y después una privilegiada, porque estaba bailando con ella, que había sabido hacer también de sus piernas dos brazos y las movía como nunca lo he visto hacer a nadie.

¿Qué es un límite? Los límites están para ser superados. Cada uno tiene dentro de sí ganas de correr, de saltar, de expresarse. Sin su límite, esa chica sin brazos nunca habría podido usar las piernas de aquel modo, piernas que también hacían lo que no estaba previsto que hicieran.

Es maravilloso. Es maravilloso lo que escribieron en ese foro y también transformar en un punto fuerte lo que para otros es un límite. Y es posible.

A menudo los límites no son reales. Los ponemos nosotros, o los ponen los demás junto con nosotros cuando dejamos germinar y crecer las ideas que nos transmiten sobre nosotros.

Tenemos que detenernos a tiempo, antes de convertirnos en lo que no somos, antes de convertirnos en lo que los otros esperan que seamos. Si no nos encogemos de hombros ante todas las superestructuras y no nos concentramos en lo que podemos llegar a ser, estamos condenados al sufrimiento.

Si mi madre me hubiera dicho: «Simona, tú no puedes escribir» y me hubiese impedido hacerlo, su límite mental se habría convertido en el mío, y después se habría hecho un límite real, un muro que nunca podría haber derrumbado.

En cambio puedo escribir: con la pluma, con el lápiz, con el ordenador. Hasta puedo pintar.

Mi madre y yo somos un poco peculiares. A muchos les parece que ella está loca por su deseo de experimentar, de viajar, de explorar, de conocer, de comunicar. Pero un poco de locura, de locura sana, creo que es necesaria.

Hay personas para las cuales los límites son la frontera de una especie de fortaleza de seguridad de la cual no quieren salir.

Ven y sienten los límites como algo muy querido; prefieren quedarse seguros allí

dentro, donde no puede suceder nada malo. Salir significa estar dispuesto a descubrir qué hay un poco más allá, a descubrir lo nuevo, lo distinto, quizá lo bello.

Estoy convencida de que poner límites puede determinar nuestra vida. Si se renuncia a dar una respuesta a una pregunta como: «¿Hasta dónde puedo llegar?», se acaba dejando que sean los otros los que decidan. Y casi siempre los demás tienen poca fe en nuestras posibilidades.

Danza de luz

«Simona, ¿en qué estás pensando?».

Paolo Londi, el coreógrafo, estaba más nervioso que yo. El acontecimiento era tan importante que estábamos intentando no dejar nada al azar. Todo debía ser perfecto.

«¡No has expresado ningún sentimiento!», gritó después del ensayo general, y subrayó cada uno de mis errores, cada pequeño matiz.

Sabía que no había dado lo mejor de mí.

Tener tanta gente alrededor me había distraído. Los rumores de la ciudad de Roma, con su carga de realidad, habían conseguido entrometerse entre mí y la danza, y habían dominado la situación.

No contesté. Escuché todo y solo pensé que no iba bien. No iba bien en absoluto. Estaba aterrorizada. Habría querido escapar. No me sentía a la altura.

«Ya he visto mi sueño. ¿Qué más quiero?», me decía en tono concluyente, buscando desesperadamente una escapatoria.

Paolo se alejó y yo me quedé sola, de cuclillas sobre un muro bajo. Crucé las piernas y cerré los ojos. El rumor cesó. No recuerdo lo que pensé, quizá nada. Después de algunos minutos me levanté y me dirigí a los camerinos.

Quería revivir mi sueño. No tenía muy claro quién lo había decidido: si yo o alguien por mí. Solo sabía que bailarían y lo harían lo mejor posible. El deseo de bailar había vencido al miedo y de pronto me sentí tranquila.

Pocos días después estaba en el claustro de *Trinità dei Monti*: bailé para el Jubileo del 2000. Era la embajadora: monseñor Renzo Giuliano y Fabio Gallo, el director artístico, lo querían a toda costa.

Aquel habría sido un buen momento para dejarse llevar por el terror, pero no me permití perder la concentración.

Continuaba repitiéndome las palabras de Paolo: «Vive el momento, disfrútalo, juega y baila en ese palco como si estuvieses en casa».

Lo hice exactamente así. Me dejé envolver por la música, transformé las emociones, el miedo y la adrenalina en movimiento y bailé como nunca antes lo había hecho.

Durante el baile, surgió la magia: vi una bandada de gaviotas blancas sobrevolar el palco. Fue un instante, una foto borrosa. Me desbordó la idea de haber conseguido superar mis límites humanos y haber contactado con otra dimensión, íntima, espiritual.

Me sentí cerca del cielo y de la maravilla del mundo, agradecida por el inmenso

privilegio de poder dar testimonio de la vida y de la gracia bailando para Dios.

Recibí uno de esos aplausos que se recuerdan siempre: había estado muy bien.

Al final del espectáculo descubrí que también otras personas habían visto aquellas gaviotas volar conmigo.

Desde aquel momento pienso en mi danza como en un «vuelo sin alas».

Lo que yo no sabía era que ese «vuelo sin alas» solo acababa de comenzar.

Bailé de nuevo *Amen*, la coreografía creada por Paolo Londi para el Jubileo de los jóvenes. Llevaríamos por primera vez el baile a una iglesia: Santa María de los Ángeles y de los Mártires. Es la última obra maestra de Miguel Ángel, casi podía percibir su presencia entre las majestuosas columnas de mármol. Me encanta esa iglesia, me infunde un sentimiento de grandeza y de paz. Todavía no sabía que precisamente allí encontraría al amor de mi vida.

El palco se montó el día anterior al evento. En el centro del transepto estaba la gran «Cruz de luz»: una enorme cruz de cristal regalada por Swarovski. Iluminada, atraía literalmente la mirada.

Subí al palco. Caminé lentamente, me senté en la silla del centro y cerré los ojos. Apreté el pincel entre los dedos y esperé las primeras notas del maravilloso *Adagietto* de Mahler. Cuando abrí los ojos vi delante de mí *La aparición de la Virgen a San Bruno*. Y la capilla de San Bruno estaba lista para «acoger» mi primer baile.

Levanté los pies y, con movimientos fluidos, pinté los colores de mi imaginación. La música me llevó. Me dejé llevar y bailé. No existía nada más. Solo la música, el baile y un inmenso «gracias». Bailé dando gracias al Señor. Y lo hice con fuerza, con determinación y valor. Le di las gracias por el gran don de la vida. Le di las gracias porque podía expresar mi arte. Le di las gracias bailando.

La coreografía terminó, se hizo el silencio y yo permanecí de pie, con los ojos cerrados, y sujetando el crucifijo con el que había bailado con el pie derecho. No habría querido volver nunca a la realidad. Aquel sueño era un rayo de luz demasiado potente para desear que se apagase.

Fue el aplauso del público el que rompió aquella magia, para crear pronto otra. Aquella audiencia rugiente de jóvenes de todo el mundo se alzó en pie como una ola: tres mil personas al unísono me dedicaron una ovación inolvidable, de pie.

Mi inclinación fue profunda y llena de emoción, estaba un poco aturdida.

Bajé del palco y lloré. Era demasiado: demasiada la emoción, demasiada la magia, demasiada la alegría. El sueño se había vuelto a repetir y no podía hacer otra cosa más que retener un poco para no dejarlo escapar nunca. Como una luciérnaga en una botella.

Koumpounofobia

«Uno», rojo y mediano. «Dos», blanco y transparente. «Tres», azul y pequeño, cogerlo parece una hazaña. Un suspiro y sigo. «Cuatro», grande y negro con dos agujeros. Es más fácil cogerlo, pero cuesta apoyarlo en la mesa, se me resbala de las manos. Y se me cae. Lo alejo de una patada, antes de que me vean y me hagan recogerlo. «Cinco», cierro los ojos y no lo veo.

No lo hago más, no lo soporto. Están todos dentro de una caja de metal de galletas, ¡y son tantos! Abro la mano, la meto dentro de la caja, encuentro una de esas cosas, intento meter debajo los dedos, después cierro la mano y lo aprieto, esperando que no se me caiga. Ya no miro los colores ni las dimensiones.

Tengo que sacarlos de la caja y poner cuantos más mejor encima de la mesa, pero ya ni los miro. En cuanto los veo me entran náuseas.

La Koumpounofobia, el «miedo a los botones», la sufre una de cada setenta y cinco mil personas.

Al descubrirlo me he acordado de aquella caja de metal llena de botones de todos los colores, formas y dimensiones. Era un ejercicio para aprender a usar las manos, prótesis que he llevado durante un trecho de mi camino.

Empecé de pequeña: no entendía por qué, pero aceptaba la elección de mis padres.

Esa parte de mis recuerdos está un poco borrosa, de color gris claro. Como esos días de invierno en que el cielo decide permanecer anónimo y no dar pistas de lo que tiene intención de hacer.

Tampoco yo sabía qué hacer. Pasaba de momentos serenos a ratos de desaliento. Las prótesis me parecían un cuerpo extraño: mis pies sustituían de modo natural a mis manos, y nunca nada los habría podido reemplazar. Inconscientemente no lo habría permitido. Era una lucha desigual: ninguna mano, por muy avanzada que estuviera tecnológicamente, habría podido ocupar el puesto de la parte más importante de mi cuerpo.

Esta es solo mi historia. Yo tengo la suerte de disponer de dos pies-manos especiales. Pero para tantas otras personas las prótesis suponen una ayuda inmensa: fue por eso por lo que mis padres decidieron recorrer ese camino.

Fue un viaje con dos realidades paralelas, en el que el dolor y la esperanza se mezclaban. En el Centro de prótesis INAIL de Vigorso di Budrio, en la provincia de Bolonia, nos encontramos con decenas de historias increíbles. Allí donde todo parece

estar parado a causa de un destino cruel, brilla aquella luz que permite elevarse.

He aprendido desde pequeña a no tener miedo del dolor si detrás, escondida, está la voluntad de volver a sonreír. Lo he visto tantas veces en mis largas estancias en el Centro: la esperanza que se transforma en posibilidad concreta, bien en los adultos o en los grandes ojos de los niños.

Y, gracias a este recorrido, he entendido que la diversidad no es algo de lo que hay que tener miedo, sino una riqueza. Jugaba con niños a los que les faltaban brazos o piernas del mismo modo que jugaba con mis compañeros del colegio. No había ninguna diferencia: todos eran niños. No me importaba cuántas articulaciones tenían, solo si eran simpáticos y querían jugar conmigo. Ahora me doy cuenta de la gran posibilidad que tuve: descubrir las facetas del mundo sin tener miedo, acoger cada cosa como algo de lo que se puede aprender.

A pesar de todo, no iba al Centro con mucho entusiasmo. Era un fastidio tener que probarse una prótesis, ponérsela y aprender a usarla. No me gustaba dejar mi casa, a mi hermana, a mi padre, a mi abuelo, mis animales y a mis compañeros de la escuela. Mamá y yo pasábamos meses enteros en el Centro, y para mí era un suplicio. Más de una vez me puse en huelga de hambre. Pensaba que, si no comía, me mandarían a casa; cuando me daba cuenta de que no funcionaba, volvía a comer. La única persona que conseguía darme un poco de serenidad y calmar mi rebeldía era el padre Vincenzo, el franciscano del Centro, que siempre sabía cómo tratarme. De vez en cuando íbamos a comer con él, sobre todo cuando pasábamos a esa zona solo para una reparación: nos acogía poniendo a nuestra disposición su mesa y su buen vino, y mi padre compraba unos productos buenísimos de la zona. Yo era feliz cada vez que veía a este fraile de barba larga que llevaba sandalias. Es un hilo sutil pero fuerte el que me une a los frailes. Lo pensé años después, cuando me encontré al padre Alessandro y a mis amigos los frailes menores de las Marchas. En el padre Alessandro y la hermana Armanda encuentro la misma serenidad que conseguía transmitirme el padre Vincenzo de pequeña. También esto es una señal de que nada ocurre por casualidad.

Mis padres se inventaban excursiones y fines de semana culturales para que viviera esta experiencia del mejor modo posible, que no era precisamente un paseo. Lo más difícil era considerar un cuerpo extraño –hecho de plástico y metal– como una parte de mí. No me pertenecía, lo rechazaba. Y rechazaba todo el trabajo largo y fatigoso que se requería para aprender a usarlo. Intentaba tomármelo como un juego, pero a veces era realmente pesado, también para una niña positiva y llena de vida como yo. Entre una huelga de hambre y otra, organizaba actuaciones y coreografías de ballet con todos los niños del Centro y conseguía involucrar también a los más rebeldes. Una vez conseguí que una niña que no quería hacerlo doblase la rodilla de su prótesis: le hice aprender una canción para un baile en el que había que doblar las rodillas. Su madre me lo agradeció

mucho, aunque yo no entendía el motivo de tanto entusiasmo: para mí solo era un baile, un modo de divertirnos.

He tenido la suerte de encontrarme con personas muy profesionales y sensibles durante mi trayectoria personal. Los dos técnicos ortopédicos principales, los que hicieron las diferentes prótesis que he llevado, son Roberto Berselli y Roberto Cavrini, «los dos Robertos», como me gusta llamarlos. Los recuerdo como ángeles, porque me hicieron sentir protagonista: no me daba la sensación de que quisieran imponer a mi cuerpo algo que lo «mejorase», sino, al contrario, me ayudaban a entender cómo me podrían ayudar las prótesis. Nunca dejaré de agradecerérselo.

Un día, Roberto Berselli me regaló un osito de peluche: lo llamé Roberto, como él. Tenía los ojos verdes como el otro Roberto y para mí representaba a los dos. Se convirtió en mi muñeco preferido, todas las noches me lo llevaba a la cama y lo apretaba fuerte. El oso Roberto está todavía en mi armario como uno de los recuerdos más bonitos de mi infancia.

Un día, cuando tenía dieciocho años, experimenté la valentía que parecía que nunca iba a llegar, y abandoné las prótesis para siempre. Todavía me pregunto por qué no lo hice antes: esa con los brazos no era yo. Yo soy la que no lleva ni brazos ni botones.

Retrasé esa decisión quizá por respeto a la elección de mis padres o quizá por miedo. Puede que no tenga ninguna importancia. Un día cualquiera las prótesis dejaron de formar parte de mi vida. Las metí en un armario y allí se quedaron.

Siempre me he sentido completa así. Quitarme las prótesis me ha hecho sentirme libre y todavía más feliz de ser como soy. Yo he sido diseñada así.

Anna

Anna tiene diez años. Estudia quinto de primaria, pero en septiembre empezará secundaria, y tiene un poco de miedo. Anna lleva un par de bailarinas rosas y una sonrisa desarmante. Ha esperado un mes para recibir el regalo de Pascua que le ha prometido su madre, que, una mañana, la ha recogido del colegio antes de acabar las clases, sin que ella sepa el motivo. Cuando ya están en el coche le dice que ese día va a tener su regalo. Anna se pone a dar saltos de alegría en el asiento del coche. Llegan a Padua a tiempo. Su madre, Claudia, ha organizado todo con cuidado. Un intercambio de e-mails, alguna llamada, y allí están, para la conferencia de prensa del espectáculo.

«Simona, hay unas personas que te están buscando», me dice una voz mientras subo las escaleras del ayuntamiento. Me giro y me encuentro con Anna y Claudia. Nunca las he visto, pero voy hacia ellas como si las conociera de siempre. Dos rampas de escaleras no son un obstáculo para Claudia, que exclama: «¡Menos mal que eres pequeña, Anna!».

Sonrío: entre nosotras hay un vínculo.

Llegamos al patio y allí esperamos juntas que empiece la conferencia. Anna parece un poco intimidada y se pega a la pierna de su madre, pero no deja de observarme ni un instante con sus ojos avispados. Descubro que yo soy el regalo de Pascua que esperaba con tanta ansia. Sonrío un poco avergonzada y escucho los fragmentos de vida que me ofrecen. Miro a Anna desde lo alto de mis tacones y desde mi rostro maquillado de adulta y me siento cercana a su mundo infantil.

Siento cómo aparecen sensaciones sospechosas, que no quieren aferrarse, no quieren volver. Anna no cuenta mi vida, pero es como si me perteneciera. Me agacho y me apoyo en los tacones –aunque parezcan inestables– y en un momento estamos cara a cara.

Su mirada me obliga a mirar atrás, a un momento que creía haber dejado en el pasado para siempre.

«Con pocos meses le pusieron un busto ortopédico», resuena la voz de Claudia, como si me estuviese dando la noticia más importante del año. «Anna no lo lleva muy bien, por eso intento complacerla como puedo».

Me quedo asombrada. Por un momento la voz de Claudia me parece la de mi madre.

«Tuvimos que modificarlo porque limitaba sus movimientos», continúa Claudia, manteniendo siempre el contacto con su hija. Anna sonrío, asintiendo al relato y añadiendo matices particulares e importantes.

Me cuenta su vida desde aquella silla de ruedas que nos obliga a los adultos a mirarla

—a ella, llena de energía y vitalidad— de arriba abajo. Anna nació con osteogénesis imperfecta, una enfermedad genética que le provoca problemas en los huesos, las articulaciones, los ojos, las orejas, la piel y los dientes. Su determinación es patente, se me mete dentro sin que pueda evitarlo. Me obliga a recorrer las experiencias que, de alguna manera, nos unen, con la distancia de casi treinta años.

Había guardado cuidadosamente aquellos recuerdos en la estantería más lejana, en la oscuridad donde nunca miro. Pero aquella mirada, aquellas ganas de vivir me dieron luces. Lo he visto de nuevo y no puedo seguir escapando.

Ahora elijo. Elijo no tener miedo: solo son recuerdos. Decido afrontarlos cara a cara, con la misma sonrisa de siempre.

Vuelvo a Anna y por un momento me siento como ella a sus diez años. Me descubro mirando de nuevo mi cuerpo, y la sensación de sentirme indefensa y fuerte al mismo tiempo me gusta. Soy el resultado de un largo proceso, que ha durado años: quizá hasta ahora no me había dado cuenta. Anna cree que yo soy grande, me ve como un modelo al que imitar. Quizá no piensa que he sido como ella. No imagina que he sido físicamente débil pero de ánimo decidido. Su sonrisa y sus ojos atentos son lo más importante que pude haber, y, por un momento, tengo la sensación de que ya la he entendido, como quizá la habría entendido a su edad.

El pasado parece no querer dejarme en paz.

La camiseta empapada y pegada a la piel se seca poco a poco, dando libertad a mi espalda. La piel enrojecida busca el alivio que no ha tenido durante todo el día. La caja torácica se libera con la respiración profunda que se había quedado bloqueada dentro de aquel busto ortopédico. Todos los días experimentaba esta sensación con una repetitividad que parecía imposible de olvidar. Sin embargo, la mente nos protege más de lo que imaginamos.

Conozco a Anna y todo vuelve. Anna y mis recuerdos, Anna y nuestros bustos.

Acababa de cumplir once años cuando aquel busto ortopédico entró en mi vida para quedarse hasta los dieciocho.

Era una niña alegre, muy pocas veces estaba triste, y por tonterías, como todos los niños. Compartía espontáneamente mi mundo de colores y energía, y mis padres hacían de todo para mantenerlo así. No creo que haya sido fácil para ellos ver mis cambios.

Durante meses, mi madre me llevó a todos los ortopedistas del norte de Italia para ver cuál era la mejor solución para mi espalda. Estaba torcida, y mi modo de usar las piernas habría podido empeorar la situación durante la fase crítica del crecimiento. Nos habían propuesto varios tipos de bustos ortopédicos, desde el más simple al que tiene collarín.

Un día mi madre consiguió una cita con un gran especialista de Milán. Nos preparamos con cuidado, esperando que aquel médico nos daría esperanzas. El viaje me

pareció larguísimo. Desde la ventana veía los edificios grises de la ciudad, altos e imponentes. El cielo hacía *pendant*. No recuerdo ni siquiera un color de aquel día. Incluso la consulta del médico tenía paredes blancas, sin vida, como aquellos edificios. El médico me recibió, miró y volvió a mirar atentamente las radiografías que me había hecho en los últimos meses. Yo lo observaba atemorizada, intentando captar alguna señal positiva. También yo miraba la curva de mi espalda y esperaba con todas mis fuerzas poder enderezarla para siempre con mi mirada. Tenía una curva del 23% en forma de S. «No puede ser tan malo: la S es la inicial de mi nombre...», pensaba para darme ánimos. Al final, el médico apoyó las manos en la mesa y se sentó despacio. Nos miró durante un rato y después respiró profundamente antes de pronunciar su sentencia. El discurso que escuché poco después parecía el zumbido de un enjambre de abejas impacientes: aunque me esforzara, no conseguía entender con claridad ni una palabra. Después de un rato las abejas dejaron de zumbir y las palabras tomaron forma, una a una, y sonaron todavía más tremendas: «Tendremos que ponerle un busto de yeso y no podrá quitárselo, porque la situación podría empeorar, dado el uso que hace de la espalda».

Me quedé con los ojos abiertos de par en par y los ángulos de la boca hacia abajo. Intenté con todas mis fuerzas dominarme y permanecer atenta.

Lo peor estaba por venir. No estaba en absoluto preparada para escuchar esas palabras; ningún médico me había dicho antes nada por el estilo: «Será necesario que deje de bailar».

Dejé de escuchar. Mi madre me apoyó la mano sobre la espalda. No recuerdo nada más, la oscuridad lo envolvió todo en un minuto, como en un temporal inesperado.

Era la más cruel de las condenas: lloré durante días y las lágrimas no me parecían bastantes. Habría aceptado llevar cualquier busto, pero dejar de bailar, nunca. Fue mi primer gran dolor.

Afortunadamente mi madre decidió confiarme a otro ortopedista que intentó una solución intermedia.

Acabé por llevar un busto que me llegaba por debajo del pecho. Tendría que llevarlo el mayor tiempo posible y hacer fisioterapia tres veces a la semana, pero se me permitía seguir bailando.

También mi madre, como la de Anna, hizo de todo para aligerar mis dificultades.

La primera vez que volví a casa con la espalda y la sonrisa encadenadas al busto, experimenté una especie de derrota. No conseguía percibirlo como una ayuda: para mí era solo una jaula, del cuerpo y de la mente. Me entorpecía tanto los movimientos que no me sentía yo. No podía mover libremente las piernas, me sentía oprimida.

El primer día me quedé acostada en un sofá, con miedo de sentir dolor. Cuando levantaba la pierna derecha para hacer algo, el plástico se me clavaba.

La primera semana fue de adaptación física y psicológica.

Con el tiempo el busto se fue adaptando a las exigencias de mis movimientos y, al final, creo que el «señor busto» y yo llegamos a un acuerdo secreto: yo lo toleraría si «él» no me hacía tanto daño. Intenté meter el sentido del humor en el acuerdo, y después de un tiempo reconquisté la sonrisa. Algún regalito y algún abrazo también fueron de ayuda, pero me esforcé al máximo: no estaba dispuesta a permanecer en esas condiciones, cuando fuera me estaba esperando toda la vida.

En verano me fui de vacaciones, y después tenía que empezar la escuela secundaria. También yo, como Anna, tenía miedo. Estaba bien en primaria, y la idea de tener que afrontar un nuevo ambiente me preocupaba, pero tenía tantas ganas de crecer que estaba dispuesta a todo. Me decía que, si era capaz de superar la prueba a que me sometía mi cuerpo, también sería capaz de aceptar este cambio. Algo me decía que lo conseguiría. Entonces comencé a comprender que siempre tendría nuevas «adivinanzas» que resolver y que de mí dependía cómo quería afrontarlas.

Cuando comenzó el curso se presentó otra adivinanza: ¿cómo llevaría el busto y la prótesis? Por mí no habría llevado nada, pero aceptaba lo que mis padres pensaban que era mejor. Me fiaba de ellos y, quizá por eso, ese difícil recorrido me ha llevado a ser lo que ahora soy. La adivinanza no era una pregunta de cien millones de dólares, porque la solución se encontró en poco tiempo. Se necesitaron muchas pruebas y horas de modificación, pero un día, como en el cuento, llegó el momento de la creación. Pinocho era de madera; yo, en cambio, de plástico y diferentes metales. Llevaba un busto ortopédico, en el que se podían incrustar los brazos, y, para no dejarme nada, también llevaba aparato en los dientes. Bromeábamos mucho sobre esto en familia. Aprendí que reírme era el mejor modo de alejar los miedos y dificultades.

Lo conseguí durante años, hasta que la adolescencia quitó fuerza a la sonrisa con la que había desafiado convenciones y protocolos.

Al final del espectáculo Anna estaba allí con su madre, elegante con su vestido de noche y sus zapatos rosa. Se había peinado para la ocasión y todavía llevaba la sonrisa que no le había abandonado ni un momento durante la mañana. Claudia estaba a su lado, guapa como las madres jóvenes.

Anna tenía en las manos un cuaderno rosa y me pidió una dedicatoria. Había esperado mucho aquel momento, que por fin había llegado. Su regalo de Pascua era yo: la bailarina, la pintora, la mujer.

¿Y aquella pequeña Simona atrapada dentro del busto ortopédico y con el aparato de los dientes? Anna me recordó que en la mujer que soy hay todavía mucho de aquella niña. Mi cuerpo es libre, baila, se mueve y ha crecido junto a mi espalda torcida, que no ha empeorado gracias al busto ortopédico.

Aquella niña, la niña que he sido, ha luchado por mí: por mi sentido de libertad, porque pudiera expresar mi arte.

Puedo darme la forma que quiera

Es nuestra responsabilidad darnos la forma que queremos, liberarnos de excusas y llegar a ser lo que queremos.

Todo es según decidamos. Los que tenemos alrededor nos ayudan, pero llega un momento en que tenemos que ser nosotros los que cojamos el timón y guiemos nuestra existencia hacia donde nos parezca.

Para eso hay que arriesgar. Si estamos siempre a bordo y no nos asomamos para mirar, nuestra visión será limitada: mucho de lo que hay allí abajo estará fuera de nuestro alcance. Y puede que allí encontremos precisamente lo que es para nosotros, lo que nos haría exclamar: ¡guau! Pero hace falta arriesgarse.

Prefiero hacer algo, aunque me equivoque. Lamentarse es un sentimiento que no me pertenece. Quizá me estoy lanzando demasiado, pero, si no lo hubiera hecho, sería una persona totalmente distinta. No volvería a hacer algunas cosas, como todos, pero estoy en paz conmigo misma, sé que siempre me he respetado y lo he dado todo.

También es una cuestión de carácter: sé que, si las cosas no funcionan, puedo afrontar la situación con mis fuerzas. Si no van bien, he acumulado experiencia. A veces el camino es precisamente ese, otras veces no. Pero hay que intentarlo; es triste vivir una vida que no es la nuestra.

Muchas personas sufren y se lamentan pero no intentan cambiar, no asumen el riesgo y se pierden muchísimas cosas.

La elección es nuestra.

La responsabilidad es nuestra.

Somos nosotros los que tenemos el poder.

17 de enero de 1991

Miro por la ventana y el resto del mundo está ahí fuera. El coche avanza rápido, me siento protegida en el asiento de atrás. Intento distinguir los matices del paisaje que aparece, pero se esfuman.

En el primer semáforo el coche se para. Dos chicos tocan la guitarra delante de una casa en ruinas. A ellos les da igual, intercambian sonrisas y miradas de complicidad. Su mundo está en sus dos guitarras: no importan ni la casa derruida ni mi mirada. Parecen dos personajes de un belén moderno puestos en un lugar equivocado. Dentro del coche no consigo escuchar su música, pero imagino que es la más bella del mundo, porque tiene el sonido de la imaginación.

Cansada, apoyo la cabeza en la ventana. El frío del cristal me sobresalta, pero, cuando me acostumbro, la sensación se hace agradable. Cierro los ojos y me pregunto: ¿cuántas veces tocamos una música que los demás no pueden escuchar?

De pronto vuelvo a los catorce años: estoy en frente de la vidriera de la entrada de mi escuela, transparente, como la ventana del coche donde apoyo ahora la frente. Una mañana de septiembre entré por primera vez y comenzó a sonar mi música. Quizá los demás no la podían escuchar. Puede que también ellos estuvieran detrás de un cristal. Quizá su coche iba a una velocidad distinta de la mía. ¿Basta una imagen clara y nítida para contar toda una etapa? Es como una foto que nunca has conseguido hacer.

El coche sigue su camino y vuelvo al vacío y al silencio de entonces.

Si hubiese podido, habría huido de la adolescencia. No habría escuchado a los otros, pero nadie me habría escuchado a mí, mis risas, mis lágrimas. Mi música no se habría escuchado. Hace daño cuando nadie te dedica un aplauso y ni tan siquiera te critica.

Años después, me di cuenta de que, a pesar de todo, había continuado tocando, y un día era tan buena que alguno se detuvo a escucharme. Sin aquella experiencia, sin embargo, nadie me habría escuchado ni a mí ni a mi melodía. De este modo, he redescubierto el sentido de aquella época –difícil, que a veces me ha hecho verdadero daño– pero ahora soy Simona también gracias a aquello.

En junio cumplí catorce años y enseguida empezaría la escuela superior. Esperaba aquel momento: era una nueva vida, significaba que estaba creciendo, pero al mismo tiempo tenía miedo. Las novedades me entusiasmaban, pero aquel me parecía un cambio demasiado grande.

Tenía que coger el tren todos los días a las 7.21, después un autobús me llevaba

desde la estación de Tradate a la gran escuela sobre la colina. No conocía prácticamente a nadie, solo a Elena y Barbara, dos chicas de mi pueblo que en primaria iban a mi mismo colegio, pero a otra clase.

El primer día enfrente de la vidriera tenía ojos de terror: me sentía pequeña, indefensa, y quería volver atrás, a la escuela media. Allí no había nada familiar, hasta las chicas parecían distintas de las que siempre había tratado.

Sabía que todo cambiaría, y cambió. Solo que yo no estaba preparada.

Tenía que darme una razón: lo llamaban «crecer», pero de pronto me pareció más complicado de lo previsto. Reaccionaba ante las cosas de manera distinta a como siempre lo había hecho: mi capacidad de transformar todo con una sonrisa desapareció, había acabado la magia. De una niña tranquila y despreocupada me convertí en una adolescente sombría e insegura: no conseguía calmarme, cuanto más intentaba ser como antes menos lo conseguía. Era como si la luz que siempre me había envuelto estuviera a punto de apagarse. ¿La música que tocaba? Nadie habría conseguido escucharla.

Simona «la niña» ya no estaba. Me sentía atrapada en una forma que cambiaba, en un cuerpo que no era el mío. Mi pacto de no beligerancia con el «señor busto» que me pusieron a los once años y mi espalda se resquebrajaba.

El 17 de enero de 1991 cambió la vida de muchas personas y, de alguna manera, la mía. Estalló la Guerra del Golfo. Las Naciones Unidas entraron en territorio iraquí: Operación Tormenta del Desierto.

Aquel mismo día, también empezó mi guerra. Contra mi cuerpo y contra mí misma. La espalda decidió no responder a mis órdenes. Tenía unos dolores que me postraron en cama durante tres larguísimos meses. Desde el sofá seguí todas las crónicas de la guerra.

El mundo se había paralizado junto con mi espalda. No conseguía mover las piernas como siempre lo había hecho. No podía ir a clase. Estaba retenida en ese cuerpo que parecía no funcionar. Me sentía sola y frágil. La guerra contra mi cuerpo y mi mente había empezado y no sabía cómo combatirla. Me cerré en mí misma, con un instinto de supervivencia que habría preferido no poner a prueba. Dejaba que la vida transcurriese, como si no fuese cosa mía.

Me trataron con medicinas que me hacían dormir durante el día, aunque mi madre disminuyera la dosis.

Fueron meses terribles, totalmente grabados en mi mente. Ahí están, recordándome que la espalda es el motor de mi vida y tengo que cuidármela siempre.

Entonces se trataba de una cuestión relacionada con el desarrollo. Tenía que encontrar el equilibrio entre la escoliosis y el modo en que me servía de mi cuerpo. El uso que hacía de las piernas y los pies era particular y me había causado este problema, con los consiguientes dolores.

Comencé la batalla entre lo que pensaba que era, y lo que inevitablemente tenía que vivir. Me buscaba a mí misma en los otros y no encontraba nada: me sentía interiormente diferente. No quería ser igual a nadie, quería ser yo, pero la diversidad también puede hacer mucho daño. Hace sufrir porque a los demás les da miedo.

Cuando todo es igual, monocromo, es evidente que nadie debe esforzarse. Sin embargo, si aparece algo distinto, si en el cuadro aparecen otros colores, hace falta un esfuerzo para aceptarlos: hace falta comprenderlos. ¿Y para qué complicarse la vida cuando es más fácil fingir no verlo y limitarse a recorrer el camino que se conoce? Yo no sabía cuál sería mi camino, pero el de los otros no me parecía adecuado para mí. Quizá no lo habría recorrido en ningún caso, con o sin brazos, pero entonces no lo pensaba. Pensaba que habría sido más fácil ser igual, ser como todos. Miraba a mis compañeras y veía la vida «normal» que siempre había vivido también yo. Solo que ahora la mía había cambiado. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué podía hacer para cambiar las cosas? Razonaba continuamente, pero no encontraba respuestas. Pensaba que nunca estaría terminada, que nunca dejaría de crecer, llevaría siempre aquel busto, estaría en una trampa toda la vida. Tenía miedo.

No sé cómo salí de aquella pesadilla.

Un día todo acabó, con la misma velocidad con que había comenzado. O al menos eso me parece. Alguien decidió detener su coche en marcha y bajar a escuchar mi música. Cada día había más personas a mi alrededor.

La espalda se había desarrollado. Se acabó. Exactamente como me había puesto el busto ortopédico la primera vez, un día lo dejé para no ponérmelo más.

La Guerra del Golfo seguía, pero la mía por fin había acabado.

Roma nos esperaba

Roma nos esperaba como si tuviéramos una cita.

En 1992, la Asociación de pintores que pintan con la boca y con el pie organizó durante cinco días actos en los que participarían pintores de todo el mundo: una exposición en el Palacio Ruspoli, congresos, muchas visitas turísticas a la ciudad y una audiencia con el papa.

Me invitaron a ir con un acompañante, pero pronto pensamos en transformarlo en un viaje familiar. Mis padres cogieron vacaciones y Gioia se las ingenió para estar libre esos días. Cuando nos dijo que tenía un examen, mi madre no lo dudó ni un instante: «Te puedes presentar al examen en la próxima convocatoria, este acontecimiento solo ocurre una vez en la vida». Sus palabras sonaron como una profecía.

Roma estaba elegante como solo una diva puede estarlo.

Gioia tenía veintitrés años, era muy tranquila y reposada. Su vida había transcurrido siempre entre la escuela, el baile y la familia. Tímida e introvertida, tenía un poco de miedo del mundo que había fuera del círculo de los que la querían y la comprendían. Al contrario que yo, nunca se lanzaba a aventuras impredecibles. Controlaba su existencia sin dejar que los acontecimientos se impusieran.

Pero en Roma todo cambió. Todavía me pregunto cómo fue posible, pero la vida a veces nos muestra colores borrosos que antes no conseguíamos ver; entonces todo se transforma y se desarrolla rápidamente, de manera que cuanto más intentas controlarlo menos lo consigues.

Aquellos cinco días fueron así para Gioia. Siempre he creído en el «flechazo», pero pensaba que me ocurriría a mí, estaba segura de que no le pasaría a Gioia. Me equivocaba completamente.

La primera vez que vio a Earl, un chico canadiense, hijo de un pintor de la Asociación, fue en la entrada de nuestro hotel. Se quedó encantada, como delante de una aparición. También él la miró, y, por un momento, el tiempo pareció pararse junto a ellos. Cuando volvió a correr, probablemente era ya demasiado tarde. Se habían encontrado y nunca se dejarían. Sin embargo, ellos no podían saberlo y volcaron en unos pocos días los deseos de una vida.

Ahora lo miro, y con la distancia de diecinueve años me pregunto qué ocurrió entonces, en Roma; qué hechizo hizo que una chica tímida y aparentemente frágil reconociera a su *alter ego* en un muchacho, igual de introvertido y cerrado, que vivía al otro lado del mundo. Después miro a sus tres hijos y todo parece más fácil.

En aquellos días Earl y Gioia se observaron primero de lejos, y después, poco a poco, se fueron conociendo. Ni siquiera la lengua fue un obstáculo. Gioia había estudiado inglés en la escuela superior, aunque no le gustaba nada. Antes de salir para Roma le había dicho que llevara un vocabulario básico, porque nos encontraríamos con muchos artistas extranjeros y nos podría resultar útil. Todavía recuerdo su respuesta lapidaria: «No tengo ninguna intención de pronunciar ni una palabra en inglés». También esto sonó como una profecía, porque desde aquel día el inglés se convirtió en su lengua. Ahora que la oigo hablar en inglés con su marido y sus hijos, cuando me acuerdo, se me escapa la risa.

Nunca se puede excluir nada en la vida. No podemos dar por descontado que algo vaya a ocurrir, porque podría convertirse en una parte fundamental de nuestra cotidianidad.

Gioia y Earl lo descubrieron entonces. Aquel sentimiento que apenas había nacido ya debía ser puesto a prueba: Earl volvió a Canadá, nosotros a Lombardía. La inmensidad del océano fue implacable. Pusieron todas sus esperanzas en unas cartas metidas en un buzón y dejaron que el destino hiciese el resto. La primera carta de Earl parecía no llegar nunca. Gioia revisaba el correo todos los días, cuando volvía de la universidad. Nuestra abuela, Antonietta, tan ansiosa como ella, lo comprobaba antes, después y durante, y la ponía al día: «Por ahora, nada». Estábamos todos inmersos en esa espera.

Después de un mes, Gioia comenzó a perder la esperanza. No conseguía hacerse a la idea de que solo hubiese sido un sueño.

Sin embargo, un día llegó el correo. No era solamente una carta, era un paquete. La abuela tuvo que poner todo su autocontrol para frenar la curiosidad, igual que yo. Gioia cogió el paquete y, sin tan siquiera comer, corrió a su habitación. La espera fue extenuante. Llegó un momento en que la abuela y yo, que estábamos en la cocina muertas de curiosidad, escuchamos a Gioia bajar las escaleras con el paquete en la mano. Earl le había enviado un libro sobre Canadá con una dedicatoria y, dentro, una carta. Lo habían retenido en la aduana de Como: por eso se había alargado la espera, mientras estábamos todos conteniendo el aliento. Hojeamos el libro hasta el final.

No era un sueño. El sentimiento de Gioia era verdadero y resistía con un océano por medio. Las cartas comenzaron a llegar con frecuencia, pero no llegó ningún paquete más. Gioia respondía rápidamente y el inglés que tanto odiaba comenzó a hacersele más familiar. Un día, Earl le pidió que se escribieran por fax. Nosotros no teníamos: en ese momento nadie tenía, a no ser que trabajaras desde casa. Gioia consiguió uno de segunda mano: cuando llegó el primer fax de Canadá fue un acontecimiento para toda la familia. La abuela estaba fascinada por esta nueva «herramienta», y, cada vez que Earl mandaba un fax, ella cogía el metro y lo medía. Cuando Gioia volvía de la universidad, la abuela corría a su encuentro y, desde la puerta, le comunicaba la longitud. «Hoy el fax de

Canadá mide más de un metro», decía contenta, porque, a medida que continuaba la correspondencia, crecía la longitud. Cuanto más largo sea el fax, más en serio va el asunto, parecía pensar la abuela. Quizá tenía razón.

Ella no llegó a verlos casados, se nos fue en 1993, un año después de que se conocieran. Pero conoció a Earl la primera vez que vino a Italia a ver a Gioia y se enamoró, quizá más que la nieta. Ver a Gioia comprometida era para ella la satisfacción más grande, y estoy segura de que el día de la boda disfrutó en el cielo.

Se casaron el 26 de noviembre de 1994 en Canadá, en una pequeña iglesia en Port Stanley, cerca de la ciudad canadiense de Londres. Mi padre, mi madre, la tía Elisa y yo estuvimos allí. Gioia quería casarse con un sencillo vestido blanco que ya había comprado, pero nosotras queríamos darle una sorpresa. Sin decirle nada, mi madre y mi tía le cosieron un traje de novia, y yo pinté rosas en las mangas y el cinturón.

En Canadá, los colores del otoño habían dejado ya paso a los primeros fríos. Aquel día, una ligera nevada acogió a Gioia y Earl a la salida de la iglesia. Fue una extraña sensación, casi surrealista. Los padres de Earl organizaron una fiesta con los parientes de Canadá, y para nosotros fue una oportunidad para comenzar a conocer sus tradiciones. Yo bailé durante el recibimiento y me emocioné al ver a mi hermana vestida de blanco junto al amor de su vida. Una parte de mí sentía haberla perdido, la otra sabía que había ganado mucho más, sobre todo su felicidad. Fue difícil dejar Canadá esa vez, pero la sonrisa de Gioia me ayudó a marcharme.

Gioia lloraba al regresar de Roma. En el coche, sentada detrás, a mi lado, usaba un pañuelo tras otro. Yo trataba en vano de consolarla. La felicidad de haber vivido una experiencia tan abrumadora se mezclaba con la incertidumbre de cómo acabaría. Mi padre, que conducía concentrado y en silencio, de vez en cuando escuchaba un hipido alternado con un sonarse la nariz. Consiguió mantenerse en silencio y abstenerse de todo comentario hasta que de pronto, ingenuamente, preguntó: «Gioia, ¿lloras tanto por la emoción de haber visto al papa?».

Una carcajada relajó el ambiente. Desde entonces unimos las lágrimas de mi hermana a dos encuentros que, de distinta manera, han marcado la vida de nuestra familia.

Un hombre llamado papa

Lo primero que apareció en la hoja en blanco fueron sus manos. Parecen entreabrirse como una flor en primavera. Después se unen en un gesto de oración. Parecen tener la intención de acercarse a la boca.

El resto de la figura calla, mientras las manos hablan una lengua que él conoce bien. Es el lenguaje del amor, el que el papa Juan Pablo II utilizaba para comunicarse con todos.

Había empezado a dedicarme al retrato y me fascinaba el esfuerzo de plasmar las expresiones. Transmitir algo a través de las líneas del rostro era como entrar en el alma de las personas para capturar un estado de ánimo, un pensamiento, un modo de ser. Era como acceder a sus sentimientos más íntimos, los que se prefiere no desvelar.

La belleza del retrato consiste en guardar un secreto. Lo que el pintor descubre está impreso en la tela, pero no siempre el que mira consigue captarlo. A veces permanece siendo un secreto entre el pintor y la persona retratada, y esto despierta la curiosidad.

El misterio de aquel retrato comenzaba a revelarse, despacio, a partir de las manos.

Me importaba tanto aquella obra que, delante de mi familia, intentaba parecer desinteresada, para no crear mucha expectación. Tenía miedo de desilusionarlos y, sobre todo, de fallar. Trabajé con ahínco durante semanas, hasta que al final, un día, al volver de la escuela, decidí dedicarme con un empeño que todavía recuerdo.

Quería dar vida a aquel cuadro. Era muy importante. El papa Juan Pablo II estaba allí, delante de mí. Parecía mirarme con sus manos juntas y su dulce mirada.

Al fondo pinté la cúpula de San Pedro, majestuosa y poderosa, símbolo de su grandeza.

Me sobresalté cuando vi la obra acabada: por un momento no me pareció mía. Me quedé petrificada mirándola durante mucho tiempo. Quería seguir trabajándola hasta hacerla perfecta. Pero no sabía qué hacer para mejorarla. Me di cuenta de que, si continuaba, lo estropearía todo, así que lo dejé. Él me miraba como diciéndome que la obra estaba acabada y preparada para el gran momento.

1 de abril de 1992: la Asociación de pintores que pintan con la mano y con el pie había organizado un encuentro en San Pedro. Entramos en la nave lateral. La guardia suiza nos acomodó. Yo me senté al lado de mi madre, mientras que Gioia y mi padre estaban en los bancos inmediatamente detrás de las filas reservadas a los pintores. Recuerdo una gran alegría, como si fuera a reencontrarme con un amigo. En el fondo,

era realmente así: ya nos habíamos encontrado en aquel dibujo. Su rostro me era familiar, ya conocía sus arrugas y sus rasgos.

Mi madre había enmarcado el cuadro y lo guardaba a su lado con sumo cuidado, como si tuviese miedo de perderlo. Había elegido un marco dorado y sencillo, que resaltaba la delicadeza del retrato. En una mano llevaba la carta que había escrito para el papa, contándole algo de mí y del joven mundo de una chica de diecisiete años. En junio cumpliría dieciocho, y ya me sentía mayor y preparada para la vida.

Cuando lo vi, dejé de pensar y me invadió la serenidad.

Caminaba despacio. Estaba deseando que se me acercase, para poderle sonreír de verdad. La enfermedad ya le había golpeado, y empezaban a intuirse los signos.

Cuando se puso delante de mí, su figura me pareció majestuosa e imponente. Sonrió, y entró dentro de mí con una fuerza impetuosa. Era él, lo reconocí enseguida. Esas manos que tanto había observado antes y durante la realización del dibujo estaban ahora delante de mí. Me acariciaban, y su calor me hacía suspirar. Me miró a la cara, clavando con fuerza su mirada en la mía. No podía equivocarme: en aquel momento estaba allí para mí. Me preguntó cómo me llamaba y de dónde venía. Mi madre le enseñó el cuadro, y él, como en un baile, abrió los brazos y permaneció un instante admirando su retrato. Aquella imagen suya en el espejo le hizo sonreír. Me preguntó cómo lo había hecho y cuántos años tenía. No me salía la voz, y respondí con dificultad. Antes de irse, me puso de nuevo las manos en la cara y me dio la bendición. Cerré los ojos para retener esa luz durante el mayor tiempo posible. Cuando los volví a abrir, ya no estaba delante de mí. Solo entonces conseguí sonreír de alegría.

San Pedro, que en otras circunstancias me habría parecido tan solemne como para atemorizarme, me pareció extrañamente familiar, como la casa de un amigo.

No vendrá otro igual: este era el titular de un importante periódico a la mañana siguiente de la muerte de Juan Pablo II. La noticia del Pontífice ocupaba toda la página.

Mientras las lágrimas me bañaban las mejillas reviví nuestro encuentro. Lo pinté de nuevo. Quería rendirle homenaje con un cuadro que no podría regalarle.

Comencé desde el rostro, el pie me temblaba por la emoción. Apoyé el pincel en la paleta y cerré los ojos.

Volví con la memoria a la sensación de serenidad que experimenté durante nuestro encuentro y volví a la tela.

Nunca he experimentado nada parecido al pintar. Trabajé ininterrumpidamente durante días y sin cansarme. Nuestra nueva cita había comenzado. Quería reconocerlo de nuevo en las líneas del rostro y de las manos.

Ha sido un gran papa para los jóvenes, para los enfermos, para todos los que lo han amado.

Yo, sin embargo, aquel día en San Pedro conocí a un gran hombre. Vi la sencillez en

su grandeza, y esa emoción no me ha dejado nunca: he visto a un hombre que ha sabido hacer de su propia vida una obra de arte, aceptando la enfermedad como una prueba, como una experiencia, sin tener miedo.

Todavía siento brillar aquella luz dentro de mí.

Solo una amiga

17 de junio de 1994. Vuelo Malpensa-Toronto. Estábamos preparadas. Habíamos planeado hasta los últimos detalles. Llevábamos un libro en la mochila por si nos cansábamos de charlar, aunque la posibilidad era remota, y juegos de mesa de tamaño bolsillo que habíamos seleccionado con cuidado. Teníamos el pasaporte y el billete preparados para enseñarlos en la facturación y embarque.

Mi amiga Manu y yo habíamos soñado durante meses con ese viaje.

Estábamos tan eufóricas que casi nos olvidamos de despedirnos de nuestros padres, que nos besaron y abrazaron como si nos fuéramos al espacio.

Aterrizamos en Toronto antes de lo previsto. Cuando vi a Gioia me arrojé en sus brazos. Había soñado junto a ella con su nuevo amor y su futuro sin apenas darme cuenta de que se iría. Casi de pronto me sentí sola y perdida. Cuando la oía al teléfono lloraba y no conseguía hablar. Me parecía que mi vida no tenía sentido: no conseguía estar tranquila y mi único pensamiento era volver a verla.

Cuando llegamos a Canadá era 18 de junio: el día de mi cumpleaños.

Mientras que Earl nos ayudaba a meter las maletas en el ascensor de la casa, Gioia desapareció. Por un momento Manu y yo pensamos que se habría derretido por el miedo de tenernos en casa un mes entero y nos dio un ataque de risa. Después de un rato, la vimos salir de la cocina con una tarta enorme, intentando que no se cayera al suelo. La había hecho ella misma para mí. El aspecto era algo canadiense, pero estaba segura de que el sabor sería completamente italiano. Me cantaron «Cumpleaños feliz», mitad en inglés y mitad en italiano: estaba feliz. Después de tantos meses recobraba el gusto por la vida que había perdido con la partida de mi hermana. Nuestra aventura podía empezar.

Habíamos decidido acudir a un curso de inglés que comenzaba al día siguiente en el Fanshawe College de Londres, una ciudad de Ontario.

Manu y yo nos conocíamos de toda la vida o, mejor, ella me conocía desde que éramos niñas, yo no me acordaba de ella. Habíamos ido al mismo colegio, íbamos a la misma clase, pero yo había olvidado todo. Sin embargo ella se acordaba perfectamente de mí. Nos habíamos encontrado años después, en el bachillerato lingüístico. Un día, casualmente, cogimos juntas el tren. «¿Sabes que gracias a ti no me quedé ciega?». Así empezó, sentada enfrente de mí. Miré alrededor para ver si estaba hablando con otra persona, pero estaba solo yo.

«¿Nos conocemos?», le pregunté tímidamente. Me contó que un día, en el colegio, le dije a la maestra: «¿Por qué Manu siempre se pone cerca de la pizarra para leer?». Mi

pregunta sorprendió a la maestra, que se lo contó a su madre, y ella la llevó al oftalmólogo. Así fue como descubrió que Manu necesitaba gafas.

Me moría de risa, y desde aquel día nos hicimos inseparables. Manu y yo siempre hemos estado codo a codo los cinco años del instituto. Juntas hacíamos un dúo invencible, como Batman y Robin, Sherlock y Watson; una mesa de dos patas muy sólida que conseguía mantenerse en pie y en equilibrio. Juntas superamos todos los obstáculos, todos los sufrimientos adolescentes, las crisis existenciales, las frágiles relaciones sociales que nacen en esos años. Al final de todo, de la escuela, de los exámenes, del crecimiento, del descubrimiento de nuestros lados oscuros, Manu y yo decidimos: ya basta, ahora, vámonos. Vámonos a vivir y a divertirnos, lejos de todo. Nos embarcamos en un océano que nos separaba varios miles de kilómetros de aquel cansancio, y zarpamos a las Américas, a descubrir un nuevo mundo y una nueva vida: la nuestra, la que nos merecíamos. «Vamos a por ella», nos dijimos. «Voy a recuperar a Gioia», pensé poco después.

El Fanshawe College nos esperaba, y la idea nos volvía locas de alegría.

El primer día llegamos tan temprano que tuvimos que esperar fuera. Poco a poco fueron llegando todos los estudiantes, que venían de todas partes del mundo: españoles, muchas chicas japonesas, algunos coreanos y muchos suramericanos. Sin embargo, la mayoría eran mexicanos. Éramos las únicas italianas y esto no nos disgustaba. El curso era interesante y conseguimos seguirlo con facilidad.

Hicimos amigos. Todos los días un encuentro nuevo, un nombre extranjero que recordar, un matiz cultural y lingüístico que asimilar. Aprendimos palabras japonesas, coreanas y españolas.

Manu y Humberto, un chico de Ciudad de México, empezaron a conocerse. Era bonito verla así, llena de vida. Su risa y su capacidad de divertirse parecían haber encontrado la dimensión que buscaba desde hacía años, y yo estaba orgullosa de compartirlo con ella.

Tenía la sensación de recuperar la serenidad que me había abandonado durante tanto tiempo. Estaba con mi hermana y estaba viviendo una experiencia única. La felicidad me llenaba el corazón. Decidí no tener miedo y me calmé.

En la escuela había otro grupo de mexicanos que no estaba en clase con nosotros. A cada cambio de clase corría fuera para verlo. Era guapo, moreno, tenía ojos oscuros, profundos, y la mirada de quien sabe que le gusta a las chicas. Por un momento este pensamiento me bloqueó. Vencí toda timidez y le sonreí. Él me devolvió la sonrisa. Comenzamos a saludarnos siempre, hasta que un día, tímidamente, nos hablamos. Tenía veinte años, pero me sentía una niña en su primer enamoramiento. Él se llamaba Eduardo y tenía un año más que yo. Vivía en Monterrey y estudiaba en la universidad. A

pesar de su aire de donjuán, parecía haber salido de una novela decimonónica: sus gestos hacia mí eran delicados y parecían de otra época.

Estaba claro: Manu y yo nos habíamos vuelto locas.

Después de las clases salíamos con los amigos. Nuestras culturas se mezclaban con la canadiense, y la mezcla era explosiva. Manu y yo disfrutábamos cada momento que pasábamos con Humberto y Eduardo. Cuando volvíamos a casa por la tarde, estábamos tan felices que casi no podíamos dormir de la emoción. Gioia esperaba que volviéramos cada día para que le contáramos las novedades.

Como todo cuento, también este tuvo su final. El día del regreso a Italia llegó demasiado pronto. También los mexicanos tenían que volver a su vida. No tenía miedo de la partida, porque Gioia y Earl volvían a Italia con nosotros. Sabía que después mi hermana tendría que volver a Canadá, pero sentía que había adquirido una nueva conciencia y fuerza renovada. Estaba preparada para empezar mi vida físicamente lejos de ella.

Durante meses, Manu y yo pasamos horas recordando nuestro viaje inolvidable.

Ella y Humberto empezaron a escribirse con asiduidad. Todavía hoy mantienen el contacto. Sin embargo Manu ha encontrado a Fabio aquí en Italia y es feliz con él. Eduardo y yo, en cambio, nos escribimos por poco tiempo. Me mandó algunas fotos que se hizo con sus padres en su graduación. Después todo acabó, con la sencillez con que había comenzado, y de aquella época solo me quedan bonitos recuerdos.

Parece que haya pasado un siglo, pero, si miro atrás, me doy cuenta de lo importante que fue ese viaje para mí y para mi amiga Manu.

Ese mes de escuela, de experiencias, de amistad, de amor y de vida que da el impulso que hasta entonces no habíamos encontrado para afrontar nuestra cotidianidad. Fue una carga infinita de optimismo, de la que habíamos carecido durante mucho tiempo.

Ahora Manu y yo somos mujeres y todavía tenemos la suerte de compartir nuestras experiencias. A veces me pregunto qué habrá quedado de aquellas chicas. No busco una respuesta, quizá no la haya. Somos las mismas, solo que con algunos años más. Pienso en el regalo de poder tener la amistad verdadera que permanece a lo largo del tiempo, la que no cambia con los acontecimientos y menos con el dolor. Aquel afecto permanece igual, aunque no pasemos juntas tanto tiempo.

Me siento afortunada cuando miro a Manu y mis mejores amigas: sé que ellas ven solamente a Simona. No a la bailarina o la pintora, no a la mujer fuerte y valiente que ven otros. Para ellos solo soy yo misma, con mis puntos fuertes y mis debilidades. Para ellas solo soy una amiga.

Puedo defenderme

Mi amigo Emanuele dice que sufro «protagonismo involuntario»: soy protagonista aunque no lo quiera. La gente me mira.

Es interesante notar la diferencia entre las miradas de quien me ha reconocido porque me ha visto bailar –miradas llenas de admiración, de asentimiento, miradas buenas– y las de los que ven solo lo que no tengo: los brazos. De acuerdo, no tengo brazos. Paciencia. No soporto las miradas compasivas, son invasivas, y a veces pesadas.

De vez en cuando me divierto: devuelvo la mirada con una sonrisa. No puedo ser «pobrecita» si sonrío, ¿verdad? Pero de vez en cuando, cuando estoy enfadada o triste y querría ser un individuo anónimo entre la muchedumbre, me siento débil y no tengo la energía para defenderme con la sonrisa. Entonces esas miradas me hieren, porque no tengo filtros para protegerme.

Parece que, como no tengo brazos, todos tengan derecho a mirarme. Debo entender que soy extraña. Esto, desde mi punto de vista, no es correcto. Yo soy una, los que me miran son quizá veinte: lo que no me da ni frío ni calor en un palco me produce malestar en una estación, por la calle, en un restaurante.

Creo que nuestra civilización no está educada para percibir lo que no está en los cánones preestablecidos: tiene miedo de lo distinto, o quizá lo considera un error, un garabato con el que se puede hacer lo que se quiera, desde lo alto de su «normalidad».

Dado que la sensibilidad y la agudeza no abundan, he elaborado estrategias de autodefensa. He aprendido a ser muy discreta cuando estoy en lugares públicos y voy a hacer algo que algunos consideran «extraño».

Por ejemplo, si estoy en un tren y quiero leer un libro, empiezo a quitarme los zapatos con discreción, levanto las piernas lentamente, con elegancia, abro despacio la bolsa. Quien se da cuenta me mira, lo entiende y lo acepta. Su mirada no resulta invasiva.

Si yo antes muestro respeto por los demás no metiéndoles por los ojos mi modo de hacer las cosas, también ellos muestran un poco más de respeto por mí.

El cielo de Canadá

El coche se para delante de una verja. Mi mirada se dirige a la colina. La casa está como si siempre hubiese estado ahí. Ahora está todo en su sitio, pero...

Era el verano de 1996 y teníamos una vida que construir. Me reuní con mi hermana Gioia en Canadá. Mi amiga Roberta venía conmigo; era mi primer viaje con ella. Fue muy importante porque ya era lo suficientemente mayor como para dar una dirección a mi propia vida. No lo sabía, pero también fue nuestro último viaje juntas: Roberta había conocido a Luca pocos meses antes de partir a Canadá y a su regreso encontraría una nueva vida en Italia: un trabajo, un novio que se convertiría en marido y, dos años más tarde, dos niñas guapísimas. Por aquel entonces, todo aquello estaba escondido, y nosotras solo éramos Simona y Roberta, dos amigas que habían crecido juntas. Éramos muy distintas: ella era tímida e introvertida, y yo, expansiva y habladora. Quizá por eso nuestra amistad dura hasta hoy: cada una tiene lo que le falta a la otra.

Llegamos a Toronto con las primeras luces del día, sin haber dormido ni cinco minutos en el avión. Gioia y Earl vinieron a recogernos al aeropuerto, y juntos nos lanzamos a la infinita carretera canadiense, todo recto y aparentemente igual. Solo el paisaje que fluía con rapidez nos hacía darnos cuenta de que no estábamos parados en el mismo punto. La carretera Dundonald es un camino larguísimo que lleva hasta Estados Unidos. Solo conociendo la vegetación habría sido posible identificar lo que se habría convertido en la verja de Gioia. Entonces no era nada: solo una colina de leve pendiente y alrededor, vegetación.

Gioia, Earl y yo recorrimos aquella colina a lo largo y a lo ancho. En invierno, cubierta de nieve, pasamos domingos enteros imaginando cómo sería la casa.

En aquel momento era verano, y las obras ya habían comenzado. Ya se había hecho el hormigón para los cimientos, también había madera preparada para la construcción.

Mi padre ya llevaba un mes en Canadá: se había ido al día siguiente de jubilarse. No había esperado ni veinticuatro horas. Gioia y sus materiales lo esperaban para poner las bases de su casa y de su nueva vida, y él no podía faltar.

Mientras esperábamos que se acabara la construcción vivimos en una pequeña casa de madera que Earl y mi padre habían hecho en poco tiempo. Roberta se había unido inconscientemente a nuestra aventura. Delante de nosotros teníamos un mes de vacaciones inmersos completamente en la naturaleza.

Respiramos los aromas del campo canadiense y aprendimos a reconocer los rumores de la vegetación que teníamos alrededor. Nuestras jornadas estaban marcadas por la luz

del sol: nos despertábamos al alba y dormíamos cuando se hacía de noche y las luciérnagas decidían abandonar la oscuridad. Ni un ordenador, ni un móvil, solo un teléfono fijo que usábamos para llamar a Italia. Roberta llamaba a su familia y nosotros a mi madre. Pronto se iba a jubilar y vendría con nosotros.

Por la mañana, como nos despertábamos pronto, podíamos ver a los ciervos atravesar la hierba en fila india. La propiedad era conocida precisamente por este avistamiento, pero Gioia y Earl no tenían ni idea cuando la compraron. Fue un golpe de suerte, o quizá su destino. Estaban buscando un terreno sobre el que construir su casa, cuando les atrajo un cartel que se había caído al suelo. Pararon el coche al borde del camino y salieron a ver qué ponía: *FOR SALE*, «se vende». Era un lugar precioso. Debajo había un número de teléfono que Gioia escribió en un papel que encontró en el coche. Cuando llegaron a casa llamaron y se quedaron admirados: el precio de la propiedad era irrisorio dadas las dimensiones.

Gioia, como buena italiana, pensó que debía de haber algún inconveniente si costaba tan poco y todavía no se había vendido. En efecto, había un motivo: el terreno era demasiado pequeño para los cánones canadienses. La incredulidad había dado paso a la euforia y muy pronto nos encontramos allí, en una propiedad minúscula para los canadienses e inmensa para nosotros.

Construimos una casa grande y nuestra vida. Gioia y Earl eran esposos felices y entusiastas; mis padres, cómplices de sus sueños. Yo era una vagabunda que buscaba mi sitio en el mundo.

Después de algún tiempo, decidí estudiar en la *University of Western Ontario*. Lejos de Gioia todo parecía distinto y la facultad de Bellas Artes era lo que siempre había soñado.

Me había pasado los cinco años del bachillerato lingüístico soñando con la Academia de Bellas Artes de Brera en Milán, pero me encontré delante un muro de dificultades, límites e imposiciones. Solo recuerdo la inmensa desilusión de ver todas mis esperanzas destruidas, pero he borrado todos los detalles.

Lo he hecho más veces en mi vida: es una especie de método para sufrir menos. He borrado todo, incluso el dolor. La vida me ha enseñado, y también en ese momento fue así, que si hay algo que no debo hacer es porque otra cosa me espera. Estoy acostumbrada desde siempre a luchar, pero pensaba que mi camino no estaba ahí y debía buscar otro. Mientras mi madre y Gioia se agobiaban yo ya estaba pensando a qué dedicarme. «Continuaré con las lenguas», fue mi primer pensamiento, y me matriculé en la Facultad de Lengua y Literatura Extranjera. Fueron dos años importantes y tranquilos, hasta que Gioia decidió retomar los estudios en Canadá.

Eligió la Facultad de Biología y descubrió que también había una de Bellas Artes:

«Simo, hay una facultad maravillosa, justo como te gustaría a ti». Me puso la miel en los labios. En el fondo, no había nada que me atara en Italia, y la idea de hacer lo que siempre había querido al lado de mi hermana me hacía feliz.

Todas las noches, antes de dormirme, soñaba que estaba en Canadá, y cómo sería mi nueva vida. Saboreaba la idea de estar cerca de Gioia y hacer aquello para lo que sentía que había nacido.

Empecé a hablar con mis padres de la posibilidad de mudarnos todos allí. Sin su pensión sería imposible, pero con esa posibilidad tan cercana todo parecía más factible. Debíamos recomenzar de cero: ¿éramos conscientes? Nos lanzamos sin pensar en los sacrificios y renunciaciones, seguros de que íbamos hacia un futuro mejor.

Sin embargo, yo, por una vez, hice las cosas con prudencia. Después de la experiencia en la academia de Brera, pensé que era necesario entrevistarme con la decana de la Facultad de Bellas Artes. El invierno anterior había aprobado el TOFEL, el examen para evaluar la competencia lingüística de los estudiantes cuya lengua materna no es el inglés, y podía demostrar que dominaba la lengua. Había hecho el traslado de expediente de mi universidad italiana a la canadiense, y me convalidaron cinco asignaturas. Todo estaba preparado, por lo tanto, me había matriculado. Solo faltaba la entrevista.

Llegué a la cita con toda la familia. Gioia y yo bajamos del coche pidiendo a mamá que se quedara fuera: podíamos esperar cualquier cosa de ella.

La entrada de la facultad era inmensa y, al mismo tiempo, familiar. Apenas cruzamos el umbral, la tensión se me puso en el estómago. ¿Y si algo no fuera bien? Las escaleras para subir al despacho de la decana eran demasiado pocas para espantar ese miedo. Mi inclinación era la de bajar y dejarlo, pero me limité a seguir a Gioia, que, por el contrario, demostraba una tranquilidad que me dio seguridad. La secretaria, una señora india, muy sonriente, nos dijo enseguida: «*Mrs. Lennon is waiting for you*». «La señora Lennon os está esperando». La decana nos acogió con una amplia sonrisa y nos invitó a sentarnos. Me dirigí hacia el escritorio, pero cuando estaba a mitad de camino me di cuenta de que nos indicaba otra parte de la habitación, donde había una mesa redonda y algunas sillas. Nos sentamos con mucha dignidad, como viejas amigas que fueran a tomar el té.

Madeline Lennon era una mujer fascinante. Con su falda azul plisada y el corte de pelo a la última parecía salida de una revista francesa. Nos preguntó: «*What can I do for you?*». «¿Qué puedo hacer por vosotras?». Gioia se apresuró a explicarle que me había inscrito en la escuela y que no tenía brazos. No se había dado cuenta. Me miró y me preguntó de nuevo: «*Ok. So, what can I do for you?*».

Gioia y yo nos miramos asombradas. Le explicamos que veníamos de Italia; evitamos contarle que había tenido una mala experiencia. Le contamos simplemente el

recorrido que me había llevado a elegir estudiar en Canadá. Ella me preguntó en qué asignaturas me había matriculado, y me aseguró que los profesores eran estupendos y que no tendría ningún problema. Gioia y yo también habíamos llevado un álbum con fotos de mis cuadros, pero no fue necesario enseñárselo. No tenía que hacer ninguna prueba: era a todos los efectos una estudiante de Bellas Artes.

Mientras, todavía incrédulas, suspirábamos aliviadas, la decana se interesó por Italia y quiso saber de dónde veníamos exactamente. Pensábamos que era una pregunta de cortesía, hasta que, hablando en un estupendo italiano, nos dijo que ella también era italiana, ligur, de Camogli. «Lennon no revela mi origen porque es el apellido de mi marido». Nos contó que sus padres eran ligures pero ella había nacido en Nueva York. Llegó a Canadá con su marido por motivos laborales. Los dos eran ahora ciudadanos canadienses. En ese momento Gioia y yo estábamos tan tranquilas como nunca habríamos imaginado. Después de charlar, Madeline se ofreció a enseñarnos el edificio. En la escalera divisamos una figura que nos venía al encuentro. No podía creerlo: nuestra madre había desobedecido nuestras órdenes, había entrado y se paseaba como en un parque público por el interior del edificio. Gioia y yo nos apresuramos a presentársela a la decana, y ella contestó con un «Ciao!» que dejó a nuestra madre sorprendida y sin palabras, algo bastante insólito en ella. Fue el inicio de unos años de estudio inolvidables y también de la amistad con Madeline, que todavía hoy dura.

Mi entusiasmo estaba por las nubes. Estaba deseando empezar. En septiembre, Roberta volvería a Italia y yo iría a la universidad de Western Ontario.

El primer mes de vacaciones inmersas en la naturaleza pareció durar una eternidad, y fue estupendo. Gioia, Roberta y yo estábamos siempre juntas, hablábamos durante horas, leíamos libros que no habríamos leído nunca y dábamos largos paseos con nuestro pastor alemán, Romi.

Mi padre y Earl trabajaban en la construcción de la casa; nosotras les ayudábamos en la medida de lo posible, pero más que nada intentábamos disfrutar de una naturaleza que, hasta aquel momento, nos parecía extraña.

En agosto también en Canadá hace calor, y esto nos ayudó un poco.

Llegó la noche de San Lorenzo. Nos tumbamos sobre el cemento de la futura planta baja de la nueva casa. Las primeras subdivisiones en madera de las habitaciones ya estaban hechas: nos imaginábamos que estábamos en la cocina, después en el salón y luego en el dormitorio. Sin las luces de la ciudad, el cielo parecía un inmenso techo, hecho para poner las estrellas. Era inmenso, oscuro. En Canadá nunca es negro, sino de una tonalidad gris azulada que parece provenir de la mezcla consciente de un pintor experto.

Gioia se concentraba para distinguir las constelaciones. Había encontrado la Osa

Mayor y la Osa Menor y las señalaba orgullosa.

Yo intentaba ver las estrellas que caían para pedir cuantos más deseos mejor. Allí pensé con cuidado en cada uno: el primero era mi nueva vida, el segundo el amor que esperaba encontrar, y después tantos otros que ya no recuerdo.

Puede que muchos de esos deseos se hayan hecho realidad.

El deseo de que la casa se construyese se realizó, pero no en el plazo previsto. Los típicos imprevistos y retrasos nos obligaron a quedarnos en la casa pequeña todo el verano. Cuando Roberta volvió a Italia todavía seguíamos allí. El invierno canadiense estaba a las puertas.

El primer día de clase llegó. Por primera vez, Gioia y yo iríamos a la misma universidad, aunque a distintas facultades. Nos llevábamos cinco años. Hasta ahora, cada vez que yo empezaba un ciclo, ella lo acababa. Estaba eufórica. Gioia iba a hacer el último año de Biología.

Salimos por la mañana temprano, el aire empezaba a ser más frío. Recorrimos por primera vez los setenta kilómetros que había desde la casa hasta la ciudad de London: haría ese trayecto todos los días de lunes a viernes durante cinco años.

En el viaje no paré de hablar, estaba muy emocionada y no quería dejar espacio a ninguna preocupación.

La universidad era una ciudad dentro de la ciudad, con semáforos, calles y tiendas. Dejamos el coche en el aparcamiento de los estudiantes. El trayecto para llegar a mi facultad era largo, pero aquella mañana no imaginé que en invierno sería un calvario.

Mi primera clase era a las 10. Gioia empezaba a las 9 y luego me acompañaría. Como no sabía dónde esperarla, decidí quedarme en un banco del jardín entre la Facultad de Biología y la de Zoología. Llevaba un libro para entretenerme, pero Gioia me encontró una hora después en la misma posición en que me había dejado. No me había atrevido a moverme, me había limitado a mirar a las personas que pasaban, observando cómo vestían, cómo se movían y hablaban. Todos eran muchachos, como yo, pero parecían tan distintos...

Gioia me hizo volver a la realidad: «¡Simonaaaa! Tenemos que llegar a tu clase, ¡date prisa!»: me levanté de golpe y la seguí sin tan siquiera saber si iba en la dirección correcta. Me fiaba de ella, siempre lo había hecho y, en aquel momento, tan lejos de nuestra casa, me fiaba todavía más.

Mi aula estaba llena, todos charlaban entre sí. Por un momento el inglés me pareció una lengua incomprensible. Incluso los gestos de esas personas me parecieron distintos a todo lo que conocía.

Me pregunté dónde me había metido y si de verdad quería seguir allí. Me imaginaba fugándome, como una bailarina rapidísima por las calles rectas: antes o después llegaría

a Italia, a mi casa. Llegaría a mi pequeña calle de la periferia, tocaría el timbre y mi madre me abriría. Correría a mi habitación, donde me sentiría segura. Alejé ese pensamiento y me quedé inmóvil. Gioia me empujó dentro del aula y me acompañó a mi sitio. Era la clase de dibujo. El profesor David Meritt entró en el aula con seguridad y Gioia me guiñó el ojo: «Vuelvo al final de la clase». Ahora era mi lengua la que me sonaba extraña. ¡Qué lío!

El aula era grande y no tenía mesas, solo había sillas y bancos con extrañas grietas a los lados. En los días sucesivos aprendí que servían para apoyar las telas. El profesor empezó a hablar e intenté sintonizar con el inglés: iba a ser mi lengua y debía empezar a sentirla verdaderamente mía. Explicó cómo se desarrollaría el curso y después nos entregó una lista con todo el material que necesitábamos. Había pintado toda mi vida, y muchos de aquellos nombres no los conocía. Pronto aprendería todo, esforzándome por encontrar el correspondiente italiano.

Conocí a una chica que, por signos del destino, se llamaba Joy, el equivalente inglés del nombre de mi hermana. Parecía salida de una serie americana: rubia, con el pelo liso y los ojos azules.

Mi aventura en la Western Ontario había comenzado. Allí no solo aprendí la historia del arte y técnicas pictóricas, dibujo, vídeo, animación, etc., sino que, sobre todo, encontré una estupenda posibilidad de independencia. A esto se unió una maravillosa sensación de libertad: poder pasear sola y tranquila por el campus me hacía sentirme bien.

La primera vez que salimos al jardín a dibujar, una chica me hizo una foto y me preguntó cómo me llamaba. Me limité a sonreírle y a deletrear mi nombre y apellido. Al día siguiente mi foto estaba en la primera página de la revista de la universidad. Debajo decía: «*Simona Atzori, Student of Visual Arts painting outside*». «Simona Atzori, estudiante de Bellas Artes pintando al aire libre».

Cuando llegué a la facultad todos me sonreían. Solo entendí el porqué cuando Joy llegó con la revista en la mano: «*Hey, you are famous now!*». «¡Ahora eres famosa!». Un poco avergonzada, cogí algunas copias de la revista y las metí en mi bolso. Nada más llegar a casa llamé a mi madre. Todavía estaba en Italia, la esperábamos en octubre.

Había llegado el otoño, tiñendo de rojo y amarillo luminoso las hojas y la vegetación. Siempre había pensado que las postales del otoño canadiense eran un poco falsas. «¡Estos colores no pueden existir en la naturaleza!», me decía. Me equivocaba completamente: no solo existían, sino que eran todavía más vivos y brillantes.

El trayecto de casa a la universidad se convirtió en una fuente de inspiración. Me pasaba el tiempo buscando nuevos matices. Parecía como si un pintor extravagante se divirtiera dando pinceladas a todas las plantas que se encontraba por el camino. Entre tanto, practicaba las nuevas técnicas que nos enseñaban los profesores. Cada día había

una tarea o *project* que realizar y la casa provisional era realmente pequeña para todos los materiales e instrumentos que utilizaba.

Un día los colores desaparecieron, las hojas se cayeron como barridas por el viento. La primera nevada estaba a la puerta y sabíamos que aquel blanco deslumbrante no nos abandonaría durante meses.

Realicé todas mis tareas durante algunos meses en aquellas habitaciones sin muchas comodidades, con todo almacenado en poco espacio. Pero nuestros sueños eran más fuertes que todo lo demás. Estábamos nosotros, juntos, y esa era nuestra nueva vida. Hoy, después de quince años, pasamos en Canadá la temporada de Pascua. La casa es la reina de la colina y mira desde lo alto a aquella casa pequeña y desnuda que se encuentra a algunos cientos de metros más abajo. No estamos solos: tres pequeños seres y un hombre se han unido a nuestra vida. Gioia y Earl le han dado la vida a Mathew, Sophia y James, y yo comparto mi vida con mi gran amor, Andrea.

Esa tierra ha sido solo nuestra durante muchos años: nos ha hecho crecer, enseñándonos a volar. No seríamos los mismos sin esa experiencia. Ya estaba todo en esa noche de San Lorenzo: nuestras pasiones, nuestros deseos y el empeño por realizarlos.

Vuelo de amor

Me parecía conocerlo desde siempre. Sus piernas se movían nerviosamente y sentía que era igual a mí, mío. Cuanto más se insinuaba esta sensación dentro de mí, más la rechazaba: «No lo conozco, ¿cómo puedo pensar algo así?».

Sus ojos castaños, redondos y con largas pestañas, me miraban mientras su rostro esbozaba una gran sonrisa. No sabía dónde, pero tenía la sensación de haberme encontrado ya con aquella sonrisa. Esos pensamientos no querían irse, crecían con cada palabra y cada emoción que experimentaba.

Cuando Andrea entró en mi vida fue como un torbellino, no conseguí rechazarlo, aunque lo intenté.

Roma acogió nuestro encuentro y el nacimiento de nuestro amor.

Él me había escrito, como tantos otros. Hablamos por teléfono de mi pintura y de mi baile. Yo en Canadá, él en Italia: dos vidas distintas, marcadas por dos ritmos completamente opuestos.

Cuando ese viaje me llevó a Roma, nuestros caminos se unieron. Podría haber sido solo un encuentro con una persona especial, pero fue el principio de nuestra vida juntos. Conocía aquella sonrisa y elegí sus ojos desde el primer momento en que se posaron sobre mí.

Pero antes me opuse con todas mis fuerzas. No podía renunciar a mi vida y a mis proyectos para comenzar algo que no conocía y me daba miedo. Me lo repetía continuamente, pero el corazón me llevaba en la dirección contraria.

Nuestra primera cita propiamente dicha fue delante de un hospital. No nos importaba el lugar, no nos importaba Roma: solo queríamos mirarnos a los ojos y descubrir quiénes éramos.

El móvil sonó y un número apareció en la pantalla. No sabía quién era, todavía no lo había guardado. «Hola, Simona, soy Andrea». Nos acabábamos de dejar hacía algunos minutos. «Estoy en una encrucijada: si sigo recto me voy a casa, si giro a la izquierda vuelvo contigo, ¿qué hago?».

Tardé algunos segundos en decidirme, luego, de pronto, dije: «Gira a la izquierda».

Cogí el bolso, salí de la habitación y, después de algunos minutos, estábamos juntos. Con su abrazo envolvente me siento tan protegida que cada vez que me abraza vuelvo a aquella primera vez. «Ya lo conozco», continuaba diciéndome. Un beso, y ya lo sentía mío.

Después bailé. Dancé por el honor de recibir el premio Michelangelo y bailé por él y por nuestro amor, que acababa de nacer. Lo busqué con los ojos cuando me llamaron. Me temblaban las piernas, no me sentía a la altura: el premio Michelangelo lo reciben personas importantes tras una larga carrera artística. Yo me sentía como una chica que había alcanzado un sueño. O dos.

Después me fui. Para no perderme, para ser fiel a mí misma, porque no habría sido yo si no hubiese llevado a término aquel esfuerzo.

Ya estaba en el avión cuando una lágrima cayó sobre mi rostro, pesada, solitaria. No tenía ganas de llorar, solo estaba emocionada. Cerré la pequeña línea que se había hecho en el maquillaje, buscando la uniformidad, pero los ojos se me quedaron como si hubiese llorado durante horas. Me consolé pensando que se ponen de un verde intenso cuando lloro: lo sé, soy vanidosa como pocas.

Andrea me esperaría. Lo intuía. Mi corazón sentía que no estaba solo y, donde estuviera, su recuerdo no me abandonaría. Sin embargo, este pensamiento en vez de consolarme me conmovía. Sentada en el asiento del avión, dejé de pensar en el maquillaje y me abandoné a las lágrimas. Tenía que dejar de oponerme. Tenía que dejar de resistir. Tenía que dejar de ser fuerte.

Cuando vuelo me siento protegida, cerca de todas las personas que amo. Es como si fuese una burbuja suspendida en el tiempo y en el espacio, en ningún lugar y en todos los sitios al mismo tiempo.

Junto a esa sensación de libertad y de armonía con el mundo recuperé un poco la calma. Estaba cansada, casi borracha por todas las emociones del día anterior y necesitaba asimilarlas.

«*Chicken or beef?*». La voz de la azafata me hizo saltar del susto. «¿Pollo o ternera?».

«*Chicken*», respondí rápidamente. Solo deseaba que se fuese y me dejara sola con mi llanto.

Mi hermana estaba sentada a mi lado, quizá más cansada que yo, también ella con su propia embriaguez emotiva. Me había visto bailar por primera vez en un contexto prestigioso: de vez en cuando me miraba y sonreía de felicidad y satisfacción. No necesitaba decírmelo: sabía que estaba orgullosa de mí.

La cuestión alimentaria me había devuelto bruscamente al mundo real, y me había dado cuenta de que, otra vez, un avión me separaba de quien amaba. Había sucedido demasiadas veces. Y cada vez había esperado y creído descubrir el secreto para no sufrir, pero no lo había conseguido.

Tenía que volver a Canadá para graduarme: un año, solo un año más, y conseguiría lo que más deseaba: tantos años de estudio y de esfuerzo, de viajes, de aviones que me llevaban lejos de alguien y que me reconducían a las personas amadas... aquella

satisfacción la disfrutaría totalmente. Por una vez ni siquiera la danza era más importante. Ni siquiera el amor.

Tenía otro sueño en el corazón y deseaba escucharlo. Ningún golpe de suerte, ninguna ayuda de fuera: el título era mío y lo conseguiría contando solo conmigo misma. El apoyo de los demás había sido fundamental, pero el mérito era mío.

Era lo que debía hacer en aquel momento: tendría la posibilidad de compartir mi pintura con personas de todo el mundo, crecería artística y humanamente. Tenía la oportunidad de concentrar todas mis energías en un proyecto de arte concreto. Soñaba con unir mis dos grandes pasiones, la pintura y la danza, y la idea me entusiasmaba.

Aquel Boeing 767 me llevaba a una de las metas más importantes de mi vida: no podía faltar.

Sin embargo, por una vez, me marchaba para volver.

Creía que sería la única. Una de las pocas. ¿En cuántos otros aviones experimentaría las mismas sensaciones? No podía imaginar que eran muchos los años de viajes que me esperaban, de desplazamientos y reuniones, de sufrimiento y felicidad.

Quizá si entonces Andrea y yo hubiéramos apostado por nuestra vida juntos. No sé. Pero creímos el uno en el otro, y ahora estamos todavía aquí, después de diez años.

A veces, por las tardes, me quedo mirándolo, cuando escribe concentrado en el ordenador. Sus ojos se ven pequeños detrás de las gafas que lleva a veces para leer. Se deslizan veloces por la pantalla, como si quisieran descubrir algún secreto. Entre sus cabellos negros ya se insinúa algún «intruso» blanco. Y sus manos son grandes y fuertes. Me parece conocerlo desde siempre: es la misma sensación que experimenté la primera vez. Mi Andrea: frágil y fuerte a la vez. Me vuelvo y le sonrío. Él me devuelve la sonrisa.

Querría decirle tantas cosas, pero a veces la cotidianidad extiende su color uniforme sobre todas las cosas. A menudo es el silencio el que brilla con los colores más intensos. Entonces continuo sonriendo y mirándole hacer esos gestos que antes eran desconocidos, y ahora son parte de mí, de nosotros.

¿Es esto el amor? No lo sé. Quizá es esto y todavía más. O quizá no es nada de todo esto. Quizá sea la misma vida la que me haga descubrirlo. En la espera, estrecho a este hombre contra mi vida. Sigo sonriéndole, y mirándolo en silencio, volando con nuestras alas, y llamándole amor.

Yo puedo ser Simona

Si alguien dice de sí mismo: «soy discapacitado», hay algo que no funciona.

Sobre todo, la frase no es clara: puedo no ver, no caminar, no tener brazos, tener un diente torcido, no sentir, tener problemas de corazón... «Discapacitado», como todas las palabras, tiene un sentido demasiado amplio, no quiere decir nada.

Por eso, ¿por qué identificarse con esa palabra? ¿Por qué pensar en nosotros como en personas que tienen algo menos que los demás?

Siempre nos identificamos con lo que no tenemos, en vez de mirar lo que tenemos. ¿Por qué? Quizá sea cuestión de educación: entiendo que una persona a la que se le considera «pobrecita» desde el momento en que nace le cueste quitarse esa etiqueta que le han puesto. Pero debe intentarlo, es su deber dirigir su propio destino. Aunque cueste, aunque conlleve sacrificio y esfuerzo. Si hace suya la etiqueta, acabará por identificarse con lo único que no tiene, y olvidar todo lo demás.

Un día, en una conferencia de prensa, me encontré con una madre que me dijo: «tengo dos hijas, una que baila y otra discapacitada». Inmediatamente pensé en mi madre, que nunca me habría puesto la etiqueta de «discapacitada».

Las palabras dan forma al cuerpo. Si esa madre cree que su hija es discapacitada, la hija se sentirá así, tanto si lo dice explícitamente como si no.

Todos los días doy gracias porque mis padres me trataron como a mi hermana, ni más ni menos. Y porque me pusieron en condiciones de vivir mi propia vida. Tanto es así, que en mi vida ordinaria no reparo en gran cantidad de gestos que realizo de manera distinta a los demás. ¿Comemos? Comemos. Cojo el tenedor con los dedos del pie como los otros con los de la mano.

Si tengo que usar una etiqueta, intento poner delante la palabra «persona»: es una persona discapacitada, es una persona ciega, es una persona sin brazos. Entonces todo cobra un valor distinto, porque esa persona no es solo «discapacitada», «ciega», «sin brazos», sino que ante todo es persona.

Si a mí se me identifica como bailarina o pintora, significa que los otros no ven una persona sin brazos, sino a una persona que sabe hacer algo.

Espero que este cambio de perspectiva pueda aplicarse también a otros —el chico en la silla de ruedas, la chica con el pelo violeta o el joven con la nariz torcida— porque la diversidad está en todas partes: es lo único que tenemos en común. Todos somos diferentes y, menos mal, si no, viviríamos en un mundo muy aburrido.

Si se nos identifica desde lejos con etiquetas y prejuicios, esto no facilita el conocimiento, el intercambio, el descubrimiento de mundos e historias escondidos en los otros. Solo dando valor a cada persona, a cada vida, podemos crecer, abrir el horizonte, hacernos más flexibles, menos miedosos, enriquecernos.

Un ángel en caída libre

Me desperté de pronto. Con los ojos todavía pegados por el sueño intenté mirar alrededor: a menudo me despertaba sin acordarme de dónde estaba. Me levanté y me senté: mesilla, cama, moqueta, puerta, ventana. De acuerdo: Turín. Estaba allí desde hacía un mes para preparar la ceremonia de inauguración de los Juegos Paralímpicos de invierno de 2006.

Me dejé caer en la cama, abandonándome completamente. Respiré tan larga y profundamente que me faltó el aliento.

La ceremonia se acercaba, y estaba nerviosa. Me preparé rápidamente: vestido, maquillaje, zapatos. Solo permanecí un instante delante del espejo, como si el rostro reflejado no fuese el mío.

Enseguida estuve en la conferencia de prensa de la inauguración. Volví a encontrar muchas caras que había conocido esos días: Claudia Cattai, ayudante de Erich Birch, director artístico de la ceremonia, me acogió con tanto afecto que disminuyó un poco mi tensión. Me sentaron en la mesa de los conferenciantes junto a los organizadores del evento: Marco Balich, Alfredo Acattino y otros colaboradores. Llevaron las medallas, bonitas y brillantes, como siempre las había imaginado. Por un momento imaginé la sensación de llevar una al cuello: el peso, la cinta lisa y fría, la alegría, la responsabilidad.

No recuerdo absolutamente nada de mi discurso, aparte de que lo pronuncié en italiano y después en inglés. Sin embargo, recuerdo una imagen: dos figuras en el patio de butacas, dos hombres sentados cerca el uno del otro, enfundados en sus abrigos, que se llevaban al mismo tiempo las manos a la cara y, con un rápido gesto, como si tuvieran miedo de que alguien lo notase, se secaban los ojos bañados por la emoción.

Tengo esta imagen impresa en mi memoria como uno de los momentos más importantes de mi vida. Esos dos hombres eran el que me ha dado la vida, mi padre, y el que ha contado mi vida de la forma más sencilla y verdadera: el director de la *Gazzetta dello Sport*, el periodista, escritor, pero para mí «solo» el amigo, Candido Cannavò.

Nos conocimos a raíz de su libro *Y les llaman discapacitados*. Entró de puntillas en mi mundo para quedarse todos estos años como amigo y discreto y fuerte admirador de mi arte y de mi vida.

No puedo contar las veces que, mirando a lo lejos, lo he descubierto en su butaca, orgulloso al lado de mis padres, como quien tiene todo el derecho del mundo a disfrutar de lo que ha sido testigo. Los Juegos Paralímpicos, el Festival de Danza de Pescara, el

premio Angelo D'Arrigo... Su mirada emocionada me ha acompañado en los momentos más importantes de mi vida artística. Y esa mirada también la he visto cuando he bailado con su mujer Franca Roberto en el espectáculo *Mamma dice...*: estaba allí para disfrutar de un momento que quizá nunca había imaginado.

Pienso en lo que Candido me ha enseñado como periodista y escritor, a través de todos sus libros: desde el mundo del deporte a la cárcel, pasando por la vida de los que la sociedad considera «diferentes», hasta los que deciden dedicarse a Dios. Ha sabido contar las historias de las personas dentro de sus papeles, descubrir hombres y mujeres, dar espacio y voz a sus elecciones, a las emociones que dan sentido a su vida. Ha sabido encontrarlos metiéndose de verdad en su vida, y ha sabido escribir con respeto y maestría.

De todas las cosas que ha dicho de mí, esta frase es la que más me gusta: «Ha ido al encuentro de la vida con amor y valentía, y la vida ha hecho de ella una muchacha llena de talento, de valores, de voluntad, de futuro: feliz, lo juro, como pocas que he conocido».

Estas palabras hablan del sentido de mi vida. Nunca dejaré de dar las gracias a este hombre sencillo y grande por haberme leído y contado como quizá ni siquiera yo misma sabría hacer. Se ha metido en mi mundo con la discreción de quien quiere respirar un perfume que no conoce para embriagarse y disfrutar profundamente. Y espero que sepa que, cada vez que me muevo en un escenario, aquella danza es también un poco para él, que ahora me mira desde allí arriba.

La danza del 25 de 2002

Un fuerte zumbido salía de los camerinos del gran estadio de Turín. Los juegos paralímpicos, la ceremonia de apertura: el sueño que nunca hubiera podido soñar. Los colores y los sonidos se sucedían como en una película a cámara rápida. La preparación del vestido y el maquillaje son imágenes tan rápidas que se superponen. Recuerdo la foto con todos los chicos del ballet. Las risas y el entusiasmo. La alegría y las ganas de hacer ese momento único e inmortalizarlo en una imagen que nunca se desvaneciera.

Después el sonido desapareció. Las imágenes se hicieron más lentas. «No podéis tomar el camino corto para subir al escenario», dijo un organizador. El presidente de la República, Carlo Azeglio Ciampi, estaba llegando a su asiento, y todas las salidas estaban cerradas. Nos indicaron otro trayecto, más largo, pero teníamos que darnos prisa para llegar a tiempo.

Solo pensaba en cubrirme bien. Me puse un par de zapatos y una chaqueta larga y negra para protegerme del viento. Debajo solo llevaba un ligero vestido blanco.

Era 10 de marzo y estábamos en Turín, no podíamos esperar otra cosa. Iba con Andrea y Luca Alberti, el bailarín con el que compartiría esos momentos.

El paseo fue una gran fiesta: una larga marcha de personajes juerguistas dentro de sus trajes incómodos. Había hombres, chicos y chicas con sus baterías y vestidos voluminosos, bailarines en pie y los que iban en silla de ruedas. Y después fotos, una tempestad de fotos, con cámaras digitales y teléfonos.

Aquel «viaje» se hizo eterno, pero, cuando llegamos detrás del escenario, me entró el miedo. El frío hería, el sol se estaba poniendo. En aquel momento me acordé de las palabras de Roberto Lun, el coreógrafo. Nos había dicho a Luca y a mí: «Estaré cerca hablándoos por los auriculares». Me tranquilicé un poco.

Después levanté la mirada. Nunca podré olvidar lo que vi. Era una extensión de personas blancas. Nunca en mi vida había visto tanta gente. Cuando me di cuenta de que todos esos ojos y muchos otros nos verían a Luca y a mí bailar, ya era demasiado tarde. Nos encontrábamos detrás del gran muro.

Respiraba con dificultad, el corazón me palpitaba a toda velocidad. Andrea me quitó la chaqueta. «¡Los zapatos!», me recordó de pronto. Me los quité. Me congelé en un segundo, pero intenté hacer como si no pasara nada por miedo a que el frío bloqueara mis movimientos. Me despedí de Andrea con un beso y lo vi alejarse como si no lo fuera a volver a ver.

Centré la atención en las largas piernas de Luca: estaba nervioso, lo percibía con

claridad. Nuestras miradas hablaban el lenguaje que habíamos creado en las siete semanas anteriores, acuerdos tácitos e intensos que ni siquiera un experto habría podido descodificar.

La pequeña Silvia Batagglio, la niña turinesa ciega, con su «mirada» mágica y su inocente frescura acababa de llevar la flecha a la arquera Paola Fantano. «¡Salid de detrás del escenario!», escuchamos que gritaba alguien. Mientras la gran campeona se apresuraba a disparar el dardo que haría caer la pared dando comienzo al espectáculo, Luca y yo salimos corriendo. Se escuchó un silbido, después la explosión de miles de llamas, golpes, música y un gran rugido en el graderío: la gente estaba entusiasmada y acompañaba la ceremonia dando palmas.

Lo que te salía era escapar. Yo, tan pequeña, delante de esa multitud. Pero era demasiado tarde. La música había comenzado. Las notas del gran Enrico Cremonesi me acompañaban por encima del muro. Y, cuando me encontré con la mirada de Luca, comenzó la magia.

Las grandes emociones estaban allí, delante de mí. Solo tenía que cogerlas. Esa multitud de personas (después me dijeron que eran veinticinco mil) se quedó de pronto muda. Quizá no, pero yo ya no escuchaba ningún aplauso, ningún chasquido, ningún ruido. Más bien algo de calor, algo fuerte, que me elevaba y me hacía volar y correr. Mis veinticinco mil amigos me sostenían con su silencio, entendían mi lenguaje y el de Luca. Después de algunos minutos, nuestra danza se disolvió en un aplauso como el que nunca había oído hasta entonces. Ya no tenía ni frío ni miedo: el baile había terminado, el mío, el de Luca y de las otras veinticinco mil personas que estaban con nosotros en el escenario de la vida.

Bailamos con la misma intensidad el vals final. De rojo, con un cinturón de piel y abandonada entre los brazos de Luca, bailé sin pensar en las fronteras. Las sillas de ruedas se movían ligeras y veloces a nuestro alrededor, en una armonía total. No se distinguían las piernas de las ruedas, y no se distinguían porque no había ninguna diferencia: nos unía un mismo sueño, la misma pasión por la vida. Y esa tarde la vida venció todas las barreras que la mente humana ha conseguido crear.

La ceremonia concluyó con una explosión de luces, fuegos artificiales y confeti tricolor. Luca me colocó el cinturón y permanecimos encantados delante de aquel espectáculo. El público estaba entusiasmado.

Un último rugido y comenzó la fiesta: nosotros bailábamos sobre el escenario, la gente bajó de las gradas y corrió cerca de nosotros, para hacer fiesta y aplaudirnos.

Por un momento me quedé pasmada, como si no pudiese ser verdad. Cerré los ojos: solo un momento para grabar aquel momento, para coger un fragmento y quedármelo antes de que se fuese volando.

Todo acabó como un rayo. Me queda ese vestido rojo. «Todo nace de un sueño», es mi lema. Pero este sueño nunca me habría atrevido a soñarlo. Después de más de cinco años, después de haber visto decenas de veces el vídeo y las fotografías, no estoy segura de que me haya ocurrido a mí. Quizá no era yo. Quizá era una película. O quizá solo un sueño con los ojos abiertos.

Puedo lavarme el pelo

No hay nada que no pueda hacer, basta con encontrar el mejor modo de hacerlo. Yo cojo el micrófono con los pies, otros lo cogen con las manos y otros lo utilizan con un soporte. A cada uno le toca encontrar el modo adecuado de hacer las cosas.

Normalmente distingo las cosas que consigo ya sea al instante, a la segunda vez, a la vigésima, de las que no consigo por mucho que lo intente. Me refiero a cosas sin importancia: no consigo hacerme una trenza, por ejemplo. Lo he intentado muchas veces sin conseguirlo, pero no creo que tenga que vivirlo como una derrota: simplemente no es para mí. ¿Quiero una trenza? De acuerdo, puedo probar de otra manera. Pedir a alguien que me la haga, por ejemplo.

Tengo el pelo muy largo y nunca había probado a lavármelo, secármelo y peinármelo completamente sola. Para bien o para mal siempre había alguien que me ayudaba.

Normalmente lo hacía mi madre. Cuando conocí a Andrea, que no sabía nada de melenas, le enseñé y lo ha hecho él: me ha lavado el pelo, me lo ha secado, me lo ha peinado. Ha sido un momento estupendo: he descubierto que estaba disponible para cuidar de mí de verdad, he descubierto que podía compartir con él ser mujer y querer estar guapa. Se ha convertido en un rito, un rito en la intimidad, que refuerza nuestra relación.

Un día que no había nadie en casa decidí probar sola. Con calma, sin ansia. Era verano y hacía calor. Lo hice lentamente y lo conseguí. No lo hago a menudo por problemas de espalda, pero fue un triunfo. A pesar de todo, antes no me sentía derrotada o limitada.

Era bonito que me lo lavase mi madre, ha sido bonito que lo hiciese Andrea y también descubrir que puedo hacerlo sola.

Esto lo he conseguido hacer, otras cosas, no. Pero lo que importa es haberlo intentado.

Si hubiese estado convencida *a priori* de que no podía lavarme el pelo sola, nunca habría experimentado la satisfacción de hacerlo. Los límites nos ponen fronteras, nos etiquetan. Nos obligan a convertirnos en aquello que quizá no somos, y después cuesta muchísimo salir de esa jaula.

¿Por qué eres feliz?

El asunto del e-mail que acababan de enviarme era: «¿Por qué?». En la pantalla blanca solo había una frase: «¿Por qué eres feliz?» y la firma, un bonito nombre de mujer que no conocía.

Uno de tantos e-mails que recibo todos los días, pero muy distinto de los otros. No contenía ningún elogio ni comentario sobre mi actividad artística: solo una pregunta. Recorrí la pantalla buscando alguna otra palabra, que quizá se me había escapado, pero nada: solo esa frase: ¿Por qué eres feliz?

No tenía bastante tiempo para reflexionar ni para responder: me esperaba un importante evento en Francavilla al Mare, en la provincia de Chieti. Tenía que bailar *Legami* de Paolo Londi con Martina Scuderi, una bailarina joven y buenísima. «Cada vez que salgo al escenario tiene que ser como la primera vez», me repetía en voz baja para darme fuerza y recordarme con qué espíritu me había prometido a mí misma afrontar siempre la aventura de mundo de la danza.

Martina y yo ya habíamos bailado esa obra más veces, en diferentes escenarios, pero esa noche era diferente y tenía incluso un poco de miedo. Por eso decidí comenzar cuanto antes el ritual de preparación. *Legami* es un ballet que requiere mucha atención en los detalles técnicos: la camisa de fuerza que uso para bailar tiene que estar preparada con tiempo suficiente, hay que coserla para que no se mueva mientras bailo; los colores que hay dentro de los recipientes se tienen que preparar con cuidado; el cuadro que pinto en el escenario tiene que estar sobre el caballete; la silla, los pinceles, la tela y la cubeta con agua deben estar en su sitio entre bastidores.

Martina y yo, cada vez más nerviosas, repasamos los pasos. Podríamos bailarlo con los ojos cerrados, porque aquel ballet ya es parte de nosotras, pero repetir algunos pasajes nos ayudó a prepararnos para la noche. Había una ligera brisa que te ponía la piel de gallina, y también movía mis cabellos. El espectáculo era al aire libre, en la plaza Serena, en Francavilla al Mare.

En la primera fila había una mujer vestida de blanco. Todo el mundo la conocía, y un aplauso acompañó su entrada en la plaza. Carla Fracci era la huésped de honor de la noche: había venido de Roma para recibir el premio Atzori. Todos los años desde 2002, tengo el honor de regalar un cuadro a un personaje importante del mundo de la danza. Me inspiro en los artistas que siempre he admirado e intento plasmar en la tela un movimiento, una expresión, su pasión. La pintura de Carla Fracci la retrataba durante un paso de *Giselle*, que me había emocionado tantos años atrás.

Al final de *Legami* respiré tan profundamente que casi me mareo.

Cuando me nombraron, salí al escenario. Carla Fracci estaba delante de mí. Sonreía con dulzura y dándome seguridad, y durante dos segundos olvidé que era una grandísima bailarina y el ídolo de mi infancia.

Me miraba con curiosidad, envuelta en su estupendo vestido blanco. Cuando le enseñaron mi cuadro susurró: «es un fragmento de *Giselle*». Extendió la mano como para acariciar su rostro retratado al óleo y sin pensárselo me abrazó.

Para mí se paró el tiempo. La sensación que me dejó no fue solo la de haber conocido a una gran artista, sino sobre todo a una mujer muy sensible. Aquella noche, antes de irse, se despidió de mí maternalmente. Dijo a mi madre: «Usted es una gran madre».

«¿Por qué eres feliz?». Esas cuatro palabras me volvieron a la mente mientras apoyaba la cabeza en la almohada.

Estaba aturdida por la magia de la noche: había bailado delante de Carla Fracci, me había abrazado, se había reconocido en mi pintura. ¿Por eso era feliz? No, la chica me lo había preguntado antes. Me había visto feliz, quién sabe cuándo, cómo y por qué.

Nunca he sabido responder de verdad. Más bien me he preguntado por qué ella me había visto feliz.

No tengo una respuesta sobre la felicidad. Solo sé que son pocas las veces en mi vida en que me he sentido feliz de verdad, y aquella noche fue una de ellas.

Todos los días lucho por ser una persona serena, eso sí. Me parece una meta razonable, fácil de mantener. La felicidad es a veces tanta que da miedo. Solo a nosotros nos corresponde buscarla.

«El hombre más feliz es el que no quiere cambiar su condición», dice Émilie du Châtelet. Sus palabras me están que ni pintadas, me sentí identificada al instante cuando me las encontré, casualmente, leyendo. ¿Quizá por eso soy feliz?

Espera de amor

A Gioia no le gustan los abrazos. No le gusta demasiado el contacto físico. Siempre que dejo su casa de Canadá, lo hago con los ojos llenos de lágrimas. El coche se aleja y yo tengo dentro de mí su «abrazo», con la sensación de que me falta algo. Andrea sabe que en esos momentos cualquier palabra es inútil, conduce en silencio y me mira con el rabillo del ojo, como asegurándose de que estoy bien.

Cuando el coche enfila la autopista de Toronto de pronto me doy cuenta: no me falta nada. Lo tengo todo dentro de mí. Tengo a mi hermana, a sus hijos y nuestros recuerdos.

La última vez, cuando todavía las lágrimas me corrían por el rostro, esbocé una sonrisa.

«No le dirás nada a nadie bajo ningún concepto, ¿está claro?». Me vino a la mente aquella vez que salimos juntas en bicicleta. Ella conducía, yo estaba sentada detrás. A escondidas. Mi abuela tenía miedo de que me cayera, y aquella vez ocurrió. En la primera curva me vi en el suelo. Gioia, preocupada, bajó de la bici y vino a ayudarme. Yo me levanté a la velocidad de la luz, como en los dibujos animados. Ni por un momento se me ocurrió llorar: tanto deseaba ir en bici que no habría renunciado a ello por una tontería semejante. Y, además, ese secreto compartido con mi hermana era lo más emocionante que me podía ocurrir.

Siempre ha habido complicidad entre nosotras. Gioia se encargaba de mí con el cuidado más delicado del que pueda ser capaz una niña, como si fuese lo más precioso de su vida. Nuestros cinco años de diferencia nos permitían tanto ser amigas como mantener el papel de hermana pequeña y mayor.

Ella es la mayor, la primera que se ha ido de casa, es madre.

Matthew vino al mundo el 7 de agosto de 2001. La primera vez que lo vi solo tenía una hora. Experimenté una ternura infinita: pequeño, movía los pies en la incubadora con un movimiento circular, como gritando todas sus ganas de vivir.

«Quizá los niños que pasan del seno materno a la incubadora tienen un deseo de saborear la vida todavía más intenso», pensé. «Puede que se parezca a mí».

Lo miré y me gustó la sensación de ser tía. Su padre estaba a su lado, con la expresión de quien no ha visto nada tan hermoso en todo el mundo.

Unos pocos minutos después nos hicieron salir. Miré a una incubadora en la que había un niño realmente pequeño. Deseé a aquella criatura la misma fuerza que a Matthew y sentí que mi sobrinito saldría enseguida de aquel contenedor transparente.

Mi hermana se perdía en la cama de aquel hospital. Estaba agotada, sus ojos reflejaban todo su cansancio y decían algo nuevo: «soy madre». Lo decían con la luz, la emoción, un brillo totalmente distinto. Finalmente había cumplido su sueño.

Cuando pudo coger en brazos a su hijo se convirtió en una mujer dulce y atenta: esa es para mí la imagen de la maternidad. He intentado muchas veces plasmarla en la tela, pero ningún pincel es capaz de transformar ese milagro en colores y formas.

Sophia nació una noche de octubre de 2005. El primer grito liberador de su madre fue para exclamar: «¡Es una niña!». Otra vez madre.

Gioia no lo habría imaginado nunca. Antes de Matthew habían ido mal dos embarazos. También nuestra madre, antes de tener a Gioia, había perdido dos niños, que nacieron y se marcharon, por un camino que no conocíamos. Aquel sueño dos veces roto se transformó en una alegría tan grande que mis padres decidieron llamar a la primera hija que decidía quedarse en esta tierra precisamente así: Gioia.

Asistir al mismo tipo de sufrimiento, que se transmitía de madre a hija, fue desgarrador.

Pero la vida tiene giros impredecibles.

James se reunió con sus hermanos una mañana del gélido invierno canadiense de 2008.

Este niño es la prueba de que la vida es más fuerte que todo lo demás. Él y yo tenemos muchas cosas en común. Nadie habría pensado que vendríamos al mundo. Pero aquí estamos. Nuestra mirada es fuerte y penetrante. Sus pequeños ojos azules miran como diciendo: «Aquí estoy yo». Todos los días miro su foto en mi escritorio y le doy gracias a Dios por habérselo dado, a él y a sus hermanos. Después pienso en su madre, la hermana maravillosa que me ha dado la vida.

Me deseó tanto que decidí vivir a toda costa. No hay distancia que pueda separarnos: siempre estamos juntas de todos modos.

La vida nos ha puesto frente a un destino extraño: tan unidas y tan lejos físicamente. Entre Italia y Canadá hay un océano. La primera vez que Gioia se fue sola fue una tragedia para mí. Pasó el control del aeropuerto y ni siquiera se giró para despedirse. Un gesto, una mirada: nada. Mis padres y yo nos quedamos inmóviles viéndola alejarse, buscando la última mirada que no llegó nunca. Me hicieron falta meses para que se me pasara el disgusto. Hasta hace poco no he tenido la valentía de preguntarle por qué aquel día no se giró.

«Porque, si me hubiera girado, habría vuelto atrás y nunca habría tenido el valor de irme». Pero tenía que irse con su amor. Earl la esperaba en Canadá para empezar una vida juntos.

Hoy el dolor ha desaparecido, pienso en mis sobrinos y sé que sin ese adiós quizá no estarían aquí. Pienso que lo que hay entre nosotras es especial. No me ha frenado nada, y

mucho menos un mar.

Puedo volar

Hay muchos modos de conseguir el mismo objetivo. Para llegar arriba se puede trepar al roble, o sentarse en la rama y esperar a que el roble crezca.

Si te subes, descubres otras ramas, otros panoramas; quizá pienses que llegar arriba no es tan interesante y vuelvas abajo, o, arriesgándote, te lances al árbol de al lado.

En cambio, si permaneces allí sentado, esperas mucho para subir, ¿y después? ¿Eso es todo? ¿Y si no te gusta?

La vía pasiva no es necesariamente negativa, pero yo la encuentro menos estimulante. Es como vivir y dejar hacer a los otros.

La actitud mental es fundamental: es el esfuerzo que se pone para intentar alcanzar un objetivo, el valor está en el viaje, no en la meta.

Para mí ha sido así. Convertirme en bailarina ha sido fundamental, bellísimo, pero lo que más cuenta para mí, para la persona que soy, es el esfuerzo realizado para conseguirlo. Quizá porque tenía muchos sueños y pocas expectativas.

Por eso, si mañana todo acabara, lo superaría. Continuaría bailando por mi cuenta, porque me gusta la danza y me hace sentirme bien, pero no soy solo eso. Si pensase así, pondría una barrera. Si mañana no fuera a bailar más, estaría tranquila, porque seguiría siendo Simona de todas maneras; haría otras cosas. La danza me ha dado mucho: la posibilidad de hablar de mí, de expresarme a través de mi arte, momentos de gran alegría y de crecimiento personal. ¿Cómo podría sentirme fracasada después de todo esto?

Creo que la profunda decepción que se deriva de sentirse fracasado se insinúa cuando no se aprecia el recorrido, todos los esfuerzos, la fatiga, si los sacrificios no valen nada si no se obtiene aquel resultado.

Quizá, sencillamente, estábamos hechos para otra cosa.

Creo en el destino. En el camino para salirle al encuentro, pero debemos ocuparnos de él. Somos nosotros los que dibujamos el camino. Trazar una curva no significa que nos hayamos equivocado. Quizá teníamos que dar una vuelta más larga, para descubrir otras cosas. O quizá estaba justo ahí desde el principio, y la larga distancia de la ruta debía llevarnos ahí.

Fly for Life

Martina me saludó desde el muelle, agitando animadamente los brazos y gritando a voz en cuello: «¡Bravo, Simona!». Cualquiera que hubiese sido el resultado de aquella mañana en el mar, me habría acogido como la vencedora del campeonato mundial de esquí acuático.

No había logrado el objetivo de aquel día, pero la acogida de Martina me levantó la moral y me recordó que cada pequeño paso es un verdadero resultado.

Lo más significativo de todo aquello era que todo me lo recordaba una niña de nueve años de ojos verdes moteados de azul, como el color del mar de su tierra, en el archipiélago de la Magdalena, en Cerdeña. ¿Quién habría podido imaginar que en el color de aquellos ojos residía una parte del secreto de un ánimo tan especial, capaz de disfrutar de cualquier cosa, de explotar de felicidad con cada acontecimiento?

«Martina nació con el síndrome del X frágil», me explicó su madre. «El color tan particular de sus ojos es una característica de este síndrome». Uno podría preguntarse cómo es posible que tal maravilla sea el signo de una enfermedad que afecta a las capacidades mentales e, inevitablemente, también a las físicas y relacionales, pero dejamos estas preguntas para quien no consigue ver más allá de la superficie.

Sobre todo veía que Martina, todas las mañanas, al regreso de mi salida en barca para aprender a esquiar en el agua, me recibía como a una campeona, sin que el pensamiento de lo que realmente había hecho se le pasara por la mente.

Y este era el espíritu con el que había aceptado el desafío de Jeff Onorato, campeón mundial de esquí acuático. No me importaba el resultado: me interesaba haber asumido el reto, haber conseguido aficionarme a un deporte totalmente ajeno a mí, a mi vida ordinaria, a mi danza. Ni siquiera por un momento había pensado que habría podido meter mis pies dentro de esos enormes esquís, particularmente difíciles de poner, cuando me encontré en Cerdeña.

Jeff lo había previsto todo. Como un arquitecto que diseña su casa hasta en el más mínimo detalle, había preparado el mejor equipo para mí: el traje de neopreno, el chaleco salvavidas y una banda alrededor de la cintura con un gancho al que le había puesto una percha que me permitiría mantenerme en equilibrio y, por lo tanto, esquiar.

No había dejado nada al azar: se había ocupado de todo y lo había probado todo personalmente: el equipo, el descenso al agua, la barca, previendo cualquier posible caída. Incluso había engañado a su brazo derecho, porque no se le había ocurrido

ayudarse de ninguna manera. El brazo izquierdo lo tenía inmovilizado por el destino: a los veinte años, después de un accidente en moto, Jeff no podía utilizarlo, al igual que, de modo parcial, la pierna izquierda. «Gracias a tu sacrificio he conquistado la verdadera libertad. Jeff», es la frase que se ha tatuado en ese brazo.

Con alguien así, ¿cómo habría podido dudar de intentarlo? Un hombre que ha conocido la verdadera libertad después de un accidente que le ha cambiado la vida y el cuerpo necesariamente tenía que darme esa seguridad.

Cuando me llamó para involucrarme en su proyecto *Fly for Life* y hacerme probar el esquí acuático, lo hizo como si aquella propuesta fuese una etapa obligatoria en mi vida. No me lo pensé ni un momento. Ni siquiera me pregunté si estaba dispuesta o si tendría miedo. La intuición me llevaba a fiarme.

No puedo comparar a nada la primera vez que estuve en equilibrio sobre el agua. No estaba bailando ni pintando, nunca había hecho nada parecido. Aquel equilibrio no era el mío. A cada momento me preguntaba cuándo me caería, pero continuaba, remolcada por la barca que Jeff conducía con orgullo, gritando y haciendo sonar el claxon como si hubiésemos ganado el Mundial.

De pronto gritó: «¡¡¡La primera mujer sin brazos que esquía en el mundo!!!» y por un momento casi pierdo el equilibrio, pero con una habilidad inesperada conseguí mantenerme en pie, y quién sabe cuánto tiempo habría continuado si Jeff no hubiera comenzado a frenar. Una parte de mí le da las gracias. No habría querido caerme después de aquella actuación y creo que él se habría parado por este motivo.

Por la tarde, el sol se ponía en la escuela de esquí acuático de la Magdalena. Se cerraron las sombrillas y todo volvió a su sitio. Jeff hizo el habitual recorrido para comprobar que todo estaba en orden, como un padre que da las buenas noches a su hijo. Mi despedida fue un agradecimiento mudo, por haberme recordado que tengo unos límites que soy capaz de superar.

Mis manos

Estaba felizmente inmóvil, hundida en el sofá de casa, cuando un rayo de sol me llamó desde la ventana. Estaba cansada, tenía un deseo casi compulsivo de tranquilidad, la necesidad de quedarme inmersa en el silencio, sin escuchar el teléfono, sin leer el correo electrónico. Me encanta la intensidad de mi vida, pero a veces el esfuerzo que me supone conciliar lo que me gustaría hacer me agota, y siento la necesidad de disfrutar de una tarde de paz.

Pero no conseguí resistirme a la llamada de la luz y salí al patio. El sol era tan fuerte que me deslumbró, después me envolvió tiernamente con su calor, como un abrazo, y no pude por menos que sonreír. Me sentía tranquila, como si por un momento hubiese hecho las paces con el mundo. Todas las preocupaciones desaparecieron: ninguna exhibición que organizar, ningún espectáculo en que pensar, ningún vuelo que coger y ningún intento de armonizar compromisos, familia y amor.

Respiré aquel instante como si respirara los primeros olores primaverales. Una ligera brisa me movió los cabellos delante de la cara, me senté en los escalones de casa y, con el pie, los golpeé suavemente.

Durante un segundo volví a mi infancia: sentada exactamente en el mismo lugar, hacía lo mismo, el mismo gesto. Me miré los pies descalzos: estaban negros, y me sentí como a los ocho años. Meneé la cabeza: en el fondo seguía siendo la misma Simona que bajaba al jardín sin acordarse de ponerse los zapatos, y que, después, sabiendo que lo había hecho aposta, se alegraba de haber conseguido otra vez engañar a la abuela, que, apenas se daba cuenta, gritaba desde la ventana: «¡Simona, los zapatos!».

Me encantaba mirar al suelo, una mariquita se subía por mi pie derecho. No conseguía desviar mi mirada, podía incluso contar sus lunares, pero la mariquita no conseguía atraer mi atención. Estaba en mis pies, pequeños, con los dedos largos y sinuosos. Mis pies eran muy bonitos, no tenía ninguna duda. Siempre me habían gustado.

A veces, no sé por qué, pienso en mis manos. Extraño, ¿verdad? Pensar en algo que no existe, pero que debería existir. Me las imagino largas, con los dedos delgados y delicados. Me las imagino como las de mi hermana. Las querría precisamente así, si hubiera nacido para tenerlas. Pero sé que esas manos no han sido creadas para mí, estoy convencida: no existen y nunca han existido, ni siquiera en un supuesto «proyecto divino». Quizá solo existen en mi fantasía. Ahí puedo jugar: no tienen una forma

determinada, no tienen ninguna función, no conozco el tacto ni las caricias, no puedo sentir el calor de las personas que se aman, no son parte de mi mundo.

La primera vez que dibujé no fueron ellas las que guiaron mi lápiz, las que crearon líneas y dieron vida a las formas. No puedo sentir lo que solo puedo experimentar con mis pies. Solo ellos me pertenecen de verdad. Son parte de mí, son la parte más importante de mí. Son el diseño más bello que el Señor podría haberme dado. Son lo que me permite experimentar la alegría y el calor de las caricias. Son lo que me permite transmitir mis sentimientos y dar forma a mi arte. Son ellos los que me procuran la emoción de moverme cuando suena una melodía, los que me permiten disfrutar del gusto de experimentar que mi cuerpo se mueve en el tiempo y en el espacio. Hacen todo eso y mucho más.

¿Qué hacen mis manos? ¿Qué más podrían hacer? ¿Para qué me servirían las manos?

Mi respuesta podría sonar extraña a los que tienen manos, a los que no conocen el mundo que creo a través de mis pies, a quien no sabe que existe otra manera.

Las manos no me hacen falta. Las visualizo, las pinto, pero permanecen ahí, como una imagen sin funciones, por muy bonitas que puedan ser, por muy útiles que puedan parecer.

Mis pies sí que son preciosos. Hacen magia. Hacen de manos. ¿Quién podría pensar que necesita cuatro manos?

Yo puedo ser feliz

Una vez bailé en la región de las Marcas para algunos amigos frailes. El baile es para ellos una forma de oración, de compartir la alegría con el Señor y con los jóvenes. Se levantan hacia el cielo moviendo los brazos y realizando movimientos que hacen formas geométricas.

Al final de mi espectáculo estaba previsto el canto coral. Antes de empezar, el padre Alessandro me dijo: «Simona, tú organízate y hazlo como quieras».

Llegamos a nuestra habitación tardísimo, Giusy Sprovieri y Mariacristina Paolini, que habían bailado conmigo, mi madre y yo. Mi madre, cansadísima, todavía vestida con la chaqueta y el bolso en bandolera, me preguntó: «¿Qué te ha dicho el padre Alessandro? ¿“Organízate”?».

«Sí...».

«Pero ¿por qué? ¡Si no tienes brazos!».

La miré y dije: «¡Hace treinta y seis años que no tengo brazos!».

Se dejó caer en la cama riéndose, y Giusy, Mariacristina y yo nos moríamos también de la risa.

Esta es nuestra actitud mental, el gran regalo de mis padres.

Y es el motivo por el que no entiendo por qué la especie humana deba llegar al límite para construir una lista de prioridades. Es injusto que tengas que pasar por un camino de sufrimiento o de enfermedad para poder ser más sensible en el trato con los demás, para que te pares y aprendas quién tienes al lado.

Este es uno de los enigmas más grandes para mí: cuando ocurre algo malo, es normal ajustar la perspectiva; si antes todo tenía un orden, después ese orden parece bastante caótico, ¿pero por qué tenemos que llegar hasta eso para entender algunas cosas fundamentales?

Muchos me dicen que no volverían atrás. Jeff Onorato, por ejemplo: «Gracias a tu sacrificio he conquistado la verdadera libertad», dice su tatuaje. ¿Por qué un muchacho estupendo que tenía toda la vida por delante solo se encuentra a sí mismo cuando pierde un brazo?

¿Quién ha dicho que para ser felices tengamos necesariamente que tenerlo todo?

Mis amigos

El vestido verde colgaba sin vida en la percha.

Miraba embobada los pliegues, el bordado, las hebillas como estrellas afiladas, los bordes en contraste, la tela ligera, casi transparente.

Así de ligera es mi armadura.

Salí del camerino.

Detrás de mí, Taormina, delante, el Teatro Antico, la bahía de Naxos y todo el Mediterráneo hasta las columnas de Hércules; y detrás, la historia, a una distancia de miles de años. Me faltó el aliento y volví al camerino, con la tentación de sentirme profeta.

El vestido de seda verde continuaba «mirándome». La puerta se abrió e hice una mueca como si acabara de despertarme de un sueño. Entró Mariacristina con una sonrisa que nunca antes le había visto. Nos miramos sonriendo durante un momento, después, en silencio, comenzamos los preparativos para el espectáculo, realizando gestos que ya eran una costumbre para nosotras.

Teníamos que bailar *Legami*, la coreografía que mejor me representaba a mí y el trabajo de Paolo Londi. Igual que tres años antes delante de la gran Carla Fracci, la volvíamos a proponer para una gala especial: la primera fecha de la gira 2009 de Roberto Bolle and Friends. Esta vez bailaba con Mariacristina Paolini, una joven y excelente bailarina, compañera desde hacía algunos años.

Mientras estábamos calentando, aparentando una tranquilidad que no teníamos, desde la puerta asomó una cabeza: «¿Tú eres la amiga de Marco y Salvo?».

Respondí con ímpetu: «Sí, sí, soy yo», como si la situación exigiese una respuesta afirmativa. Después conseguí mirar con atención a la persona que me había preguntado. Era una muchacha delgada, bella y elegante como solo una bailarina puede serlo. Después de esta entrada triunfal se apresuró a decir: «Soy Sabrina Brazzo; Marco y Salvo me han hablado mucho de ti».

No tardé mucho en darme cuenta de que esta Sabrina, sonriente y despampanante, no solo era la primera bailarina del Teatro de La Scala, sino también una mujer extraordinaria. Marco Messina y Salvatore «Salvo» Perdichizzi, dos estupendos bailarines de La Scala y dos grandes amigos, habían preparado este encuentro, el corazón hizo el resto.

La aparición de Sabrina nos ayudó a relajarnos a Mariacristina y a mí.

Bailamos *Legami* con fuerza y pasión. Mariacristina estuvo sublime, bailó con un

ímpetu que nunca había visto y sentí que aquel momento nos uniría para siempre. Aquella noche entendí que la muchachita que había conocido cuando solo tenía quince años había crecido: era una verdadera bailarina. Sonreí, orgullosa de ella y de haber participado en su carrera.

El aplauso del público de Roberto Bolle nos «coronó» como bailarinas. Una profunda inclinación y escapamos al camerino para compartir un largo abrazo.

Sin el «peso» de la actuación, disfrutamos de los grandes que bailaron con Roberto Bolle, hasta que volví al palco para entregar el premio Atzori.

Sin el baile, me sentía minúscula.

Roberto había elegido las manos de Franca Roberto, la mujer de Candido Cannavó, para que le entregara mi premio. Su elección me conmovió profundamente y me hizo entender lo maravilloso y sensible que es. Franca había sido una gran bailarina y profesora de danza española en La Scala de Milán. Roberto siempre la había admirado como profesora. El círculo se cerraba.

La seguí con la mirada mientras llegaba al palco como para protegerla, pero cuando la vi a mi lado me pareció enorme, como una madre que acompañaba a sus hijos en los momentos más importantes de su vida.

A su lado sentí la presencia de Candido, su calor, su energía. Solo después me contó que durante toda la noche había tenido en sus manos una fotografía como para decirle: «Candido, mira cómo baila Simona».

Franca cogió el cuadro, me sonrió y se lo dio a Roberto. La emoción se palpaba. No recuerdo nada de lo que dijo, pero eso no importa.

Me giré un momento, como si alguien me hubiese llamado. Vi a Sabrina y me di cuenta de que estaba llorando. Todavía no conocía su alma; pensaba que era una persona especial, y tenía razón.

El agradecimiento de Roberto me devolvió a la realidad. Franca me abrazó. Quería llorar de felicidad, pero no podía dejar de sonreír, así que decidí hacer las dos cosas a la vez. Y me di cuenta de que era feliz.

Mi mejor amigo

La sonrisa puede hablar. Puede marcar el comienzo de una vida. Puede hacerte conocer a un amigo. Y puede acompañarte en el último instante.

El abuelo se volvió, me acarició el pie, sonrió y se fue.

Decidió morir sonriendo, y yo, desde aquel día, decidí vivir sonriendo.

Ahora tiene sentido, en aquel momento fueron lágrimas y soledad. Ayudaron a una niña a crecer, con el recuerdo de la serenidad con la que se puede dejar la vida, pero solo ahora lo he entendido de verdad.

Muchas veces he oído decir que la muerte no puede separarnos en realidad. Aquel día me la encontré por primera vez y dejé de tener miedo. Nunca he entendido por qué; puede ocurrir mañana u otro día. Ahora no me lo pregunto.

Sé que se llevó a mi mejor amigo, con quien jugaba, reía, lloraba, la persona que me acompañaba a descubrir el mundo. Mi abuelo me ayudó a dar amor con sencillez.

Era mágico: conseguía comunicarse sin muchas palabras. Era un hombre diferente; transmitía serenidad, con su delgadez y su hacer de otro tiempo. Era conocido por sus silencios y sus modos cordiales y refinados. Muchos lo identificaban con el señor de aspecto respetable que circulaba en bicicleta por las calles del pequeño pueblo de Lombardía donde vivíamos. Aquella región lo había acogido cuando tenía cincuenta años y llegó de Cerdeña con su mujer y su hijo. Él siempre le estuvo agradecido por haberle dado la posibilidad de garantizar un futuro seguro a su familia. Un día –mi hermana y yo éramos ya mayores y habíamos pasado muchos veranos con los abuelos en Cerdeña– decidió que Lombardía era su tierra y que ya no volvería a Cerdeña.

Nunca he sabido el motivo de esa decisión, pero desde entonces pasamos el mes de julio en el Lago Maggiore en Maccagno. El abuelo amaba Cerdeña, era la viva imagen de muchas de sus características.

Pero quizá ya no tenía la energía para afrontar un viaje de regreso tan largo con la abuela y dos niñas.

Un año pinté una acuarela: el abuelo y «su» lago. El abuelo, yo y nuestra relación.

El lago se lo plasmé en el papel con pinceladas suaves: quería que la transparencia sugiriese la idea del agua. Nuestras formas son pinceladas sutiles a contraluz: él y yo paseando por la orilla.

No se ve nuestra expresión, pero imaginé que mis ojos miraban al abuelo con asombro: era mi héroe.

Me había acogido como un don y me cuidaba de un modo especial. Me daba cuenta

de que nada me podría hacer daño cuando estábamos juntos: él conseguía protegerme haciendo que me sintiera libre. Me enseñaba a hacerme amiga de los gatos, conejos y gallinas, y a comunicarme con ellos, a darme cuenta de la vida que palpita en la tierra y en el cielo, a dar vida a las cosas que se aman. Era un artista: había dejado en Cerdeña un «taller de madera» y era capaz de transformar un simple tronco en un objeto. En Cerdeña hacía vagones; en Lombardía, juguetes para sus nietas y utensilios de cocina para la abuela. A menudo insistía para que me hiciera un pinocho, estaba segura de que se convertiría en un niño de verdad. Me hablaba de los vagones y de la pasión que había puesto y yo imaginaba que podían volar.

Quizá mi amor por el arte también naciera de sus enseñanzas y de su don de hacer mágicas las cosas más simples.

Estábamos en el lago. Llevaba un bañador con rayas rosas, azules y verdes y una falda de los mismos colores. La abuela pensó que era una de mis típicas rarezas, y se puso a refunfuñar al cabo de pocos minutos. Mi madre sonrió y meneó la cabeza. El abuelo ya se había levantado y estaba preparado para ir a hacer la compra: conocía a todos los comerciantes del pueblo. Solo esperaba que yo le dijese qué debía comprar.

Aquella mañana me levanté con la idea de hacer un barco dentro de una botella. Mis trece años los recuerdo precisamente así: buscando una identidad artística y una personalidad. Mis búsquedas resultaban a veces un poco extravagantes, sin embargo, mi familia me secundaba, quizá porque mis locas ideas eran inofensivas y de alguna manera simpáticas. Cómo se reírían al verme siempre dispuesta a inventar y crear nuevas formas de arte...

Para desayunar tomé un zumo de frutas, cuya botella me serviría para mi ambicioso proyecto. Mientras me lo bebía me daba cuenta de que no tenía ni idea de cómo haría el barco, y pregunté lo primero que se me ocurrió: «Abuelo, necesitaré palillos». Me miró de manera interrogadora, después me dijo que esa misma mañana los compraría en el supermercado. Me preguntó si quería algo más, y yo, muy caradura, saqué la mejor de mis miradas y le pedí helado.

Este fue mi último momento de cotidianidad con él. Un recuerdo precioso que vive con colores intensos y fuertes dentro de mí.

Aquel día, después de comer, nos preparamos para volver a casa. Habían acabado las vacaciones. El abuelo cerró la puerta, como siempre, y salió en coche el último. Nunca bajó de ese coche. Poco después se giró, me acarició el pie, me sonrió y se despidió para siempre.

Gracias, abuelo, por haberme enseñado a amar la parte más espontánea y simple de la vida. Gracias por haber estado simplemente y por haberme sabido demostrar, con aquella última sonrisa, que el amor no tiene límites y que va al lado de todo lo que es

concreto.

Puedo sonreír de muchas maneras

«Sonrío de muchas maneras:
sonrío viviendo;
sonrío amando;
sonrío pintando;
sonrío bailando...
en mi mundo
sonreír significa
solamente vivir».

La sonrisa es un arma formidable. Me defiende de las miradas compasivas, me abre las puertas del corazón, me permite encontrar a los otros.

Es la mejor tarjeta de visita: ingenieros, astronautas o cirujanos que se presentan de manera sombría, incapaces de comunicar, por muy rimbombante que sea su título, al final no sirve de mucho.

La sonrisa es poderosa y contagiosa. Si miro a alguien y le sonrío, no podrá darse la vuelta ni mirarme enfadado: la positividad llama a la positividad.

Creo en la ley de la atracción: recibes lo que das. Si transmites amor, atención, serenidad; si miras a la vida con una mirada constructiva; si eliges estar atento a los demás y a su bienestar; si conservas las cosas que amas y dejas escapar las negativas, la vida te sonreirá. Cada día es una oportunidad para cambiar, cada día es el momento oportuno. Rechazar, inventar excusas, aferrarse a las imágenes que otros tienen de nosotros es una pérdida de tiempo.

Me lo confirma mi experiencia. Muchos de mis sueños se han realizado. Ha sido duro, ha sido una locura, ha sido arriesgado, pero lo he logrado porque tengo esta actitud mental.

Si hubiese tenido miedo, habría retrocedido en vez de avanzar. Si me hubiese quedado preocupada, me habría bloqueado, no me habría lanzado, me habría imaginado escenarios oscuros y me habría retirado.

En cambio, he soñado.

El hombre que volaba

«Empujando cada día
nuestros límites
conseguimos, con pocos pasos,
superar los miedos
que nos impiden la posesión
de nuestra existencia».

ANGELO D'ARRIGO

El avispon no podría volar según las leyes de la física aerodinámica, pero él no lo sabe. Así que vuela. Vuela de todas formas. No vuela *a pesar* de su límite, porque no lo conoce, no ha inventado ningún sofisticado mecanismo para superarlo. Vuela con *su* límite. Vuela así como es. Por instinto.

Andrea dice que yo hago lo mismo. Y también Angelo D'Arrigo.

Era el 26 de marzo de 2007 cuando, en el Museo Nacional de Ciencia y Tecnología Leonardo da Vinci de Milán se celebró el acto «Angelo D'Arrigo, un héroe contemporáneo». Era el primer aniversario de su muerte y el museo quería rendirle homenaje como figura ejemplar, deportista, científico y naturalista, profundo amante de la tecnología y de la naturaleza, comunicador extraordinario.

En el escenario estaba Laura. Allí nos encontramos por primera vez. Un rápido abrazo antes de empezar y ya me había «entrado dentro». Una mujer valiente. Una mujer fuerte. Una mujer enamorada y sencilla.

La miraba y no conseguía verla sola. Tuve la sensación de que Angelo y ella estuvieran allí juntos.

Algún tiempo antes fue Candido Cannavó quien me dijo que tendría el honor de recibir el primer premio dedicado a Angelo D'Arrigo.

Cuando hablé por teléfono con Laura, su mujer, me quedé fascinada por su voz. Me invitó a aquel homenaje para conocerme y acepté de corazón.

Fui a Milán sin esperar nada. Recibiría el premio un mes después, el 27 de abril, en el Teatro Metropolitano de Catania.

Asistimos a un conjunto de recuerdos, testimonios de amigos, vídeos de las empresas de Angelo, que van más allá de la imaginación.

Pero no conseguía concentrarme: era todo extraordinario pero yo solo veía a Laura. Y al lado de ella, a Angelo: el hombre, el marido y el padre.

Fue ahí donde lo conocí. A través de Laura. A través de la mujer que ha elegido amarlo, que ha elegido casarse con él y ser la madre de sus hijos. Percibí su vida más allá de las águilas, del ala delta, de Leonardo, del vuelo, de la naturaleza. Vi a un hombre y a una mujer que se han amado y seguirán amándose más allá de los límites terrenos. Pensé en sus hijos, y me los imaginé en la cocina, inmersos en la cotidianidad de una mañana cualquiera.

El gran hombre que volaba estaba ahí para todos, pero Angelo hombre, padre y marido era y será siempre solo eso. Laura, con su mirada orgullosa, me presentó a un Angelo que es mucho más que aquello que sus extraordinarios logros podrán decir nunca.

Las imágenes fluían, pero era la mirada de Laura lo que más me impresionaba.

Me conmovía su amor.

Me giré un instante. Andrea estaba a mi lado, elegante con su traje oscuro y su camisa color cielo.

Él y yo estábamos allí juntos. Su mano apoyada ligeramente en mi pierna. Todos absortos, implicados a su manera en el vuelo de Angelo y Laura.

Pensé en el vuelo de Andrea y Simona. Andrea el piloto, el hombre al que le encanta volar, al que le encanta el helicóptero, el avión, el cielo. Simona la pintora, a la que le encantan los colores y las formas, y la bailarina, a la que le encanta bailar la vida y las emociones que tiene dentro.

Nuestros sueños se han hecho realidad, no a través de la magia, sino de la pasión. Andrea vuela; Simona pinta y baila el vuelo de su vida; igual que Angelo había hecho realidad y llevado a plenitud sus sueños junto a Laura.

Por un momento me rozó el pensamiento de que Laura nunca habría querido vivir esa velada. La imaginaba sentada en la platea al lado de Angelo, mirando el espectáculo como si no fuera el suyo.

En aquel momento comprendí la fuerza del amor, cuánto lo limitamos nosotros, encerrándolo en la caducidad de nuestros cuerpos.

He entrevisto una dimensión que no conocía, como si estuviese volando desde lo alto y pudiese comprender con una sola mirada el cielo y la tierra, dándome cuenta de que son una sola cosa.

El árbol mágico

«¿Escribirás también de nosotros?».

Una especie de tráiler me cruza la mente: imágenes desenfocadas, colores, voces, caricias, abrazos. Es difícil reconstruirlo. Después, todo se detiene. Y encuentro una imagen tan nítida y real que podría tocarla.

Es por la tarde, estoy sentada en el sofá, es verano y llevo un vestido ligero. Me levanto y me vuelvo a sentar nerviosamente. No consigo quedarme quieta, es imposible, estoy demasiado agitada. Si hubiese tenido que hacer un examen, estaría más tranquila. Esto, sin embargo, no es un examen, es mucho más. Es algo que cambiaría mi vida para siempre.

El coche acaba de pasar la entrada, siento cómo las ruedas recorren el callejón de grava roja y se paran delante de casa. No me lo pienso ni un instante, me levanto, abro la puerta y salgo. Por un momento giro casi completamente la cabeza, como para volver atrás, pero es un movimiento imperceptible.

Nunca olvidaré el momento en que los vi por primera vez: eran pequeños y adorables, los tres juntos como un pequeño núcleo inseparable. Parecían tres cachorros que acababan de aprender a mantenerse en pie sobre sus patas, y para no caerse debían estar uno al lado del otro.

«Saludad a Simona», se oyó decir con fuerte voz a Andrea, su padre.

Uno detrás de otro se acercaron y me dieron un beso.

¿Es posible que me enamorara de ellos en ese momento?

Parecerá extraño, pero creo que fue así. A veces solo basta un instante, que puede ser infinito. No los conoces de nada, no sabes cómo huelen ni cómo se ríen, pero basta una mirada y su amor todavía inexistente te entra dentro. Desde aquel momento nuestros caminos se unieron y fueron en paralelo. De la nada al todo.

Todavía recuerdo aquel día, sencillo, como solo pueden ser las cosas bellas. «¿Llevamos a Simona a nuestro árbol mágico?», propuso Andrea. Siguió un grito de asentimiento. Durante el viaje al árbol mágico, Manuele saltaba con vivacidad, Eleonora no se separó ni un momento de su padre, mientras que Davide buscó mi mano, y, al no encontrarla, se agarró a mi vestido, como si fuera la cosa más normal del mundo.

Desde aquel momento estar juntos se convirtió en algo natural. Nuestro árbol mágico recogió durante años nuestras sonrisas, nuestras carreras y nuestros juegos, a veces también nuestras lágrimas. Cuando las cosas se ponían difíciles, en los momentos en que creía que iba a fracasar, subía a la terraza y miraba a aquel gran árbol. Durante algunos

minutos conseguía sentirme más grande que él. Respiraba el aire ligero del campo y me imaginaba a aquellos tres pequeños creciendo poco a poco, mientras que aquel gran árbol permanecía siempre demasiado grande y majestuoso para que pudiéramos sentirnos más grandes que él. Un día le cayó un rayo y lo despedazó. Fuimos a despedirnos: también nosotros íbamos a dejar esa casa para siempre, y él se fue un poco antes que nosotros. Fue una especie de signo del destino, como sin él ya no tuviera sentido vivir allí. Fue una despedida dolorosa; de aquel árbol y de una etapa de nuestra vida bonita, increíble, difícil pero especial.

Mientras pienso en aquellos años, suspiro. No podía soportar que hubiera personas que no comprendieran nuestro amor, nuestro querernos más allá de los vínculos de la sangre. ¡Qué impotencia! Nuestros sentimientos no tenían nombre, ninguna etiqueta podía ponerles el calificativo adecuado. Intentaba comprender a los demás y pensar que, quizá, también yo antes de conocer a esos niños y a su padre habría tenido dificultades para entenderlo. Pero la vida me había llevado por otros derroteros y ya hacía tiempo que había ignorado las «convenciones sociales»: el amor me decía otra cosa. Un día decidí no luchar más: cogí todo lo que había intentado y lo dispersé, lo dejé volar libre.

La libertad de experimentar el amor me ha hecho descubrir lo más importante y fundamental de mi vida. Simplemente he encontrado y acogido el valor del «amor gratuito». No conocía esta forma de amor antes de entonces, o creía saber amar de verdad. Ahora sé que en la vida no se puede dar nada por supuesto, y mucho menos el amor. Todas las mañanas desde que Eleonora, Manuele y Davide entraron en mi vida, me levanto de la cama y elijo amarlos. No pido nada a cambio. No les pido que me quieran. Ellos no me lo piden. Nos queremos y ya está. Nosotros lo escogemos y lo deseamos. Nadie nos lo impone, ningún parentesco, ningún vínculo de sangre, ninguna ley. Es nuestro deseo, puede que innato, pero es nuestro. He dejado de dar importancia a los pensamientos negativos y a quien no comprende. Reconozco con serenidad que nuestro «amor gratuito» es precisamente uno de los grandes descubrimientos que la vida me ha dado.

Vivir la vida ordinaria de tres niños ha sido como crecer.

Todos los días tenía la necesidad de hablar de ellos. Quería contar sus bromas y sus expresiones graciosas, sus logros; pero muchas veces me detenía una especie de indiferencia mal disimulada. Habría querido contar cuando Manuele soñaba con caballos voladores, o cuando Davide dormía con la cabeza encima del vídeo de *Lilli el vagabundo* o cuando Eleonora y yo hacíamos juntas el «*supertiramisú*». Pero pronto me daba cuenta de que para los demás no tenía derecho a hacerlo. La relación que yo vivía con tanta intensidad no existía para ellos. Sin embargo, los tres estaban en mi vida y me gustaba crecer junto a ellos.

Me enamoré de su padre, Andrea, y, cuando me di cuenta de que sería difícil, ya era

demasiado tarde. El amor me ha ayudado a acoger todas las dificultades. Cuando miro a Andrea también los veo a ellos, él son ellos, y ellos son él. Y los cuatro son parte de mí. No soy su madre y siempre he sido consciente. Esto no quita nada a nuestro amor.

¿Es posible que nuestro corazón ignore etiquetas y clasificaciones y esté hecho para tantos tipos distintos de amor? Creo que sí. Nosotros damos testimonio de ello.

Los tres son especiales, han sido capaces de acoger nuestro sentimiento desde el primer momento en que nos vimos y de alimentarlo junto a mí, con serenidad y valentía.

Me siento muy afortunada de tenerlos en mi vida. No sé si alguna vez seré madre, si viviré esa gran alegría.

De todas formas, sé que seguiré dándoles todo mi amor, como he hecho durante estos años.

A veces me cuesta creer que sean ya tan mayores. Pienso en nuestros años juntos, en la gran casa de campo. Y en cuando, de noche, Andrea y yo nos parábamos delante de la puerta de su habitación y los mirábamos sonriendo.

Un día me di cuenta de que los amaba no porque fueran hijos del hombre al que había elegido para vivir a mi lado, sino simplemente porque eran ellos tres: Eleonora, Manuele y Davide.

Ha sido un descubrimiento maravilloso. Ahora no permito que nadie empequeñezca lo que hemos creado juntos durante tantos años y que lo hace tan especial. Querría que ellos no lo olvidasen nunca.

Puedo estrechar la mano

Me ocurren escenas surrealistas, a veces graciosas.

Una vez tenía que bailar en un escenario flotante, en medio de una superficie de agua. Para el ensayo, los organizadores habían puesto una barca a disposición de los bailarines. El marinero daba a todos la mano para ayudarles a subir. También a mí me alargó el brazo y yo permanecí quieta en el muelle, esperando hasta que se diera cuenta. Llevaba una camiseta sin mangas.

Nada. Después de un rato me dijo: «¿Me quiere dar la mano?».

«Pero si no tengo».

Se giró, lo entendió, y se puso de todos los colores, como si la barca se fuera a pique. Todas las veces que nos llevaba, pedía perdón y me preguntaba si podía hacer algo por mí. Mi madre se reía como loca.

En otra ocasión, en el tren, estaba bebiendo y pasó el revisor: «Señorita, los pies debajo de la mesa». Lo miré asombrada y le dije: «No, mire, estas son mis manos».

Él se paró, observó, después palideció: «¡Perdóneme!», dijo, casi gritando. Volvió a pasar por allí al menos una decena de veces, cada vez se paraba y me decía: «¡Señorita, perdone! ¡Le ruego que me disculpe!». Faltó poco para que se postrase por tierra.

Estamos tan habituados a la rutina que no nos damos cuenta de las diferencias, cuando no se exhiben. Es obvio que la imagen de un pie que sujeta un vaso no equivale a la de unos zapatos llenos de barro sobre el asiento de enfrente, pero, si nos quedamos en la superficie, para un revisor los dos ejemplos están «fuera de lugar».

Algo parecido pasa con dar la mano. Es un gesto tan automático que la gente no piensa que existan otros modos de saludarse.

Un año, una profesora me invitó a un encuentro en su escuela. Hablamos por teléfono varias veces y nos escribimos por e mail. El día señalado la vi mientras venía hacia mí, le sonreí y me acerqué para darle un beso en la mejilla. Me acompañó a la clase, hablé con ella y con los muchachos y, en cierto momento, me contó que había pasado la tarde anterior preguntándose: «¿Cómo la saludo? Tengo que acordarme de no darle la mano...». Para ella había constituido un grave problema, hasta el punto de no poder dormir, y por la mañana estaba todavía muy nerviosa.

Somos nosotros los primeros que nos creamos los problemas. No digo que no existan problema fuera de nosotros, pero a menudo nos autolimitamos. No vemos alternativas. Muchos, por ejemplo, me alargan el brazo de todas maneras. No saludamos a las personas por quién tenemos delante, sino porque es una convención. Somos prisioneros

de los esquemas. Si te saltas un paso –dar la mano–, falla todo un encuentro. Si paras ante la primera dificultad, ¿qué hacemos con todas las demás?

Libre

A final de curso era difícil tenernos en clase. Cuando llegaba junio, Claudia, la maestra, nos daba a menudo las clases en el jardín.

Sin embargo, yo esperaba con ansia el último día, no tanto para irme de vacaciones – me encantaba ir a la escuela y estar con mis compañeros–, sino porque celebraba mi fiesta de cumpleaños, primero en clase y por la tarde en casa.

Tengo muchos recuerdos de la escuela primaria. A muchos les extrañaría la serenidad con que crecí. Se podría pensar que hubiera tenido una infancia difícil y triste, pero fue todo lo contrario. Si pudiera parar el tiempo, quizá lo pararía en aquel período de mi vida, cuando todo tenía un sabor tan fuerte y la vida estaba llena de promesas.

Había organizado todo con cuidado: el vestido nuevo encima de la silla, preparado para ponérmelo al día siguiente con los zapatos a juego. También había preparado con cuidado la mochila: no la mía de siempre, sino la mochilita verde agua marina de mi hermana. Llevar algo suyo me hacía sentirme mayor, había conseguido convencerla solo porque aquel acontecimiento era realmente importante. Cuando estaba absolutamente segura de que todo estaba preparado, anuncié que me iría pronto a dormir. Ese detalle debería haber suscitado sospechas en mis padres –normalmente insistía en quedarme levantada hasta tarde– pero, cuando vieron la preparación del día siguiente, solo pensaron que me estaba volviendo más responsable. Pero yo solo quería estar preparada: al día siguiente lo haría todo sola.

Por la mañana el despertador sonó a las 7.30, como todos los días durante los cinco últimos años. No esperé a que llegara la abuela para levantarme: lo hice sola. Tampoco este detalle resultó sospechoso. Muy bien.

Me arreglé con cuidado, desayuné alegremente y me puse sola la mochila. También ese era un detalle organizado escrupulosamente, y también pasó inadvertido. Respiré aliviada y, orgullosa de mí, pensé que todo estaba yendo según mis planes.

Delante de la puerta de casa empecé a gritar: «¡Vamos, mamá!». Ella llegó enseguida, por miedo a que se nos hiciera tarde; y a los pocos minutos estábamos delante de la escuela. Antes de que bajase del coche me dio un beso, como todas las mañanas. Me dio ánimos para el examen de quinto: «Simo, haz todo bien»; y añadió: «Y espera a que venga a recogerte, ¿vale?».

El «sí» que me iba a salir de la boca se me quedó entre los labios y la lengua. «Nunca me lo ha dicho», pensé alarmada. «Seguro que se lo imagina, ¿por qué me lo dice?». Temiendo que le viniese alguna duda, me apresuré a responder: «Sí, mamá, no te

preocupes», y me escapé rápidamente con mis intenciones.

Entré a la escuela jadeando: peligro despejado.

El ambiente de la clase no era el de siempre: todos estaban tensos, la maestra, seria. Repartió los ejercicios de matemáticas diciendo que resolviéramos los problemas primero en sucio y después que los pasáramos a limpio con atención.

Los problemas me parecieron bastante fáciles y sabía resolverlos. Las matemáticas no eran mi fuerte, pero estaba tranquila.

Cuando los demás comenzaron a entregar los ejercicios, yo todavía no había terminado. Me arriesgaba a que mi plan fallase, y no podía permitirlo: era mi última oportunidad; después acabaría el colegio. Demasiados niños habían salido ya y seguro que mi madre estaba a punto de llegar. Copié rápidamente el último problema y lo entregué. La maestra me preguntó si estaba segura y yo respondí sonriendo que sí. Me puse la mochila a la espalda, como había ensayado el día anterior. No me quería arriesgar a no conseguirlo sola y, con el miedo de que alguien me dijera que esperase a mi madre, había estudiado durante días la técnica con la precisión de una profesional del «crimen».

Cuando estaba preparada para salir, la maestra me preguntó si mi madre había llegado ya, y le dije que la esperaría fuera. Comencé a correr. Por suerte, mi madre todavía no había llegado. Respiré aliviada y, ocultamente, comencé a dirigirme a casa. Primero caminaba lentamente, para no llamar la atención, después con paso cada vez más seguro. Sabía que mi madre ya debía de estar en la zona y quería llevar a término al menos una parte de mi plan.

Quería irme a casa sola. Era algo que había soñado durante años. Mis padres no me lo permitían, porque para llegar tenía que atravesar una calle peligrosa y, además, todavía era pequeña. Durante el último año de primaria no había conseguido mi objetivo. Lo había suplicado durante meses sin conseguir nada, así que había decidido salirme con la mía. «Volveré sola a casa el último día de los exámenes», me dije, y comencé los preparativos.

Al final, marchaba satisfecha con mi vestidito nuevo y los zapatos a juego. La mochila a la moda de mi hermana se me balanceaba en la espalda, al ritmo de mi paso.

A lo lejos, vi llegar un coche. Cerré los ojos con todas mis fuerzas, como pidiendo un deseo: «Que no sea mi madre, que no sea mi madre...».

Cuando los abrí, me di cuenta de que era precisamente ella. Comencé a temblar por miedo a la bronca. Ella se acercó, abrió la puerta y entré sin perder tiempo. Me daba miedo mirarla a la cara, y no lo hice, sino que me puse los zapatos que me había quitado para despojarme de la mochila.

«¿Qué haces aquí?», me preguntó con decisión y seguridad.

«Estaba volviendo a casa porque he acabado el examen un poco antes», contesté

fingiendo una seguridad que no tenía.

«¿Pero has hecho todo bien?».

«Sí, sí, mamá, todo bien, no te preocupes», contesté a toda prisa.

Mientras el coche giraba para volver a casa me sentía satisfecha: había llegado casi a la mitad del camino. Habría querido hacerlo todo sola, pero podía estar contenta, mi plan lo había llevado casi a término. Estaba feliz, como si hubiese hecho el examen más importante de mi vida.

En casa encontramos un ambiente enrarecido. La abuela esperando en la puerta no era un comienzo prometedor. Se apresuró a decir, sin tan siquiera tomar aliento: «Ha llamado la maestra, debes llevar a Simona inmediatamente a la escuela porque ha copiado mal el resultado de un problema». Con cada palabra, mamá se enfadaba cada vez más. Sin necesidad de decírmelo, ya estaba sentada en el coche con la cabeza baja. Llegamos a la escuela en silencio. Corrí al aula y la maestra me dio los folios. Corregí el error en un momento, pero lo releí al menos diez veces para hacer tiempo: me había metido en un problema.

Mamá estaba furiosa. Sabía que lo había hecho mal, pero estaba orgullosa de aquel fragmento de camino que había hecho sola. El examen de quinto era importante, pero mi independencia era una meta mucho más significativa.

Siempre he tenido un gran deseo de independencia: aquel paso lo pagué un poco caro porque mi madre estuvo enfadada conmigo durante algún tiempo: no había demostrado precisión y seriedad en los estudios, además ese era un examen importante. Tuve la pesadilla de aquel día durante mucho tiempo, pero ahora estoy segura de que mi verdadero examen fue aquella parte del camino a pie. Todavía hoy recuerdo el rumor de los pasos, y la sensación de escuchar solamente los míos. Fue maravilloso no escuchar el sonido de los pasos de nadie más. Durante años intenté acompasar mis pasos con los de los demás para probar de nuevo esa sensación. Si cierro los ojos, todavía percibo los aromas de ese inicio del verano.

Las amapolas y los lirios habían crecido en el campo de al lado de la acera. Habría querido pararme y coger alguno, pero estaba concentrada en avanzar todo lo posible, y no me podía permitir perder tiempo.

Respiraba profundamente para absorber cuanta más vida mejor. Una brisa ligera me acariciaba el pelo. Cuanto más rápido iba, más se volaba hacia atrás. Me sentía una con la naturaleza; y por un instante esperé que aquel paseo no terminara nunca.

Me sentía libre. Y la libertad no se puede medir.

Soy un girasol

Me asomé al balcón y una ligera brisa me acarició el rostro. Era el aire de mi casa, el más agradable de todos. Desde ahí me parecía divisar todo mi mundo. Delante de mí estaban las montañas: su forma se entreveía a lo lejos, como si estuviesen dibujadas a lápiz.

Bajé la mirada y me di cuenta de que una planta estaba saliendo del suelo del patio. Había nacido en el cemento, pero era fuerte y exuberante, y presumía de toda su belleza. Era un girasol. Alargaba su cabeza amarilla como el sol, asomándose entre los barrotes de la verja, y se empinaba para ver mejor el mundo.

Algunas semanas antes, Andrea y yo la habíamos confundido con una mala hierba. Andrea quiso arrancarla, pero mi madre gritó: «¡Quieto! Es un girasol». La miramos como si hubiese dicho una tontería, pero le hicimos caso. Y tenía razón.

Los girasoles siempre han sido mis flores preferidas. De niña cantaba una canción sobre un girasol que seguía al sol, y me parecía que contaba mi historia.

Levanté de nuevo la mirada para buscar el sol. La luz me cegó durante un instante. Entorné los ojos para poder mirar y algo me turbó.

Al lado de casa, a pocos cientos de metros está el cementerio. De pequeña no le hacía ningún caso, después se convirtió en un elemento del paisaje, como las calles, los grandes árboles, las casas. Ahora es un origen y una meta.

La primera vez que fui a visitar al tío Ponziano no me detuve a mirar su foto ni a leer las palabras que la tía había elegido para la lápida. A la izquierda veía mi casa. Al lado, la del tío. Me impactó. Este descubrimiento me dejó sin palabras, pero el pensamiento de que no se había ido tan lejos me animó.

Me gusta seguir imaginándomelo feliz en su jardín. Allí lo vi por última vez, antes de aquella leucemia fulminante que se lo llevó para siempre. Acabábamos de volver de México. Tuvimos que permanecer allí algunos días más a causa de la erupción de aquel volcán islandés de nombre impronunciable. El tío nos recibió con su gran sonrisa. Estaba afanado con su huerto y había construido una «casita» para proteger sus plantas. Andrea, notando el cuidado con que se ocupaba de ellas, le dijo que le gustaría ser una de sus plantitas, para recibir todas esas atenciones. Podía parecer una broma, pero no lo era. El cuidado y el cariño que el tío dedicaba a sus plantas reflejaban su capacidad de amar.

Su sonrisa serena es la imagen más nítida que tengo de él. Y es lo primero que aparece en mi mente cada vez que me acuerdo a su lado de pequeña. Lo veo a la salida de mis ensayos de baile, cuando nos venía a recoger trayendo una rosa para mí y otra

para Gioia. Siempre estaba con la tía Elisa en todas las representaciones. Estaba tan orgulloso de mí que me emocionaba.

Cuando era pequeña pensaba que era un ángel. Era siempre tan delicado y atento que parecía venir de otro planeta.

Un ángel de paso por la tierra: así me lo imaginé cuando se fue. Había cumplido la tarea de dar amor y alegría a quien lo conocía y ahora volvía al lugar de donde había venido. Se fue en un abrir y cerrar de ojos, dejando tras de sí una estela de luz que lo había envuelto durante toda su vida.

El día después de su muerte tenía que irme a causa del trabajo. Los espectáculos y encuentros se habían organizado desde hacía meses y no podía hacer otra cosa. Por un momento sentí no tener un trabajo normal. Aquella mañana de principio de primavera me vi obligada a coger un tren, alejándome aparentemente del dolor de mi familia. Solo las palabras de la tía consiguieron darme fuerza para partir. Me dijo: «Simona, vete, él habría querido que lo hicieses».

Apenas se abrió el telón me asaltaron unas ganas tremendas de escapar. Sonreí, suspiré y pensé en la gran sonrisa del tío. Me lo imaginé en la primera fila, con una rosa en la mano, igual que cuando era pequeña. Comencé a sentirme mejor y decidí dejar salir todo mi dolor. Aquella tarde bailé para él. Al final de espectáculo una lágrima ardiente surcó mi rostro. Ya no era dolor, sino simplemente gratitud por haber tenido a mi lado a un ángel. Lo saludé con una profunda inclinación.

Me sentía afortunada: me había podido despedir de él de un modo especial, a través de aquella danza que él tanto había amado.

Giré el rostro y fue como volver a la vida. El girasol estaba intentando empinarse sobre la verja para alcanzar el sol.

Aquel girasol, crecido en el cemento y encajado entre las barras de una verja, parecía hablar de mí. Me parecía que su impulso hacia la vida era parecido al mío.

Como yo, intentaba superar las dificultades de nacer y crecer, buscando la luz y la alegría.

Sonreí y, contenta, lo contemplé durante un rato. Me gustaba sentirme así: como un girasol.

Danza de libertad

Un e-mail: una petición, aparentemente como tantas otras. Lo firmaba Luca Ramigni, en nombre de la Fundación Fontana de Padua. Después, dos encuentros sobre las actividades de la Saint Martin CSA, una organización religiosa que se hace cargo en Kenia de las personas más frágiles y vulnerables, a menudo olvidadas por la sociedad: los discapacitados, los niños de la calle, las mujeres víctimas de la violencia, etc. Su lema es *Only Through Community*, solo a través de la comunidad.

Era noviembre de 2010. Pensaba que me esperaba un viaje: fue el comienzo de una inmersión en el alma humana. Kenia me removi6 desde que llegué a Nairobi, y no tenía ninguna intención de oponer resistencia. Habría dejado que África me dejase «fuera de combate», sabiendo que de todas maneras habríamos vencido las dos.

Me esperaban diez días de un programa apretadísimo, entre espectáculos y encuentros, pero sentí que Kenia me daría nuevos recursos apenas salimos de Nairobi, cuando vi grandes cigüeñas aterrizar en los árboles. El mundo parecía del revés: allí la naturaleza era indiscutiblemente la reina.

La puerta de Effatha, una de las casas que acogen a chicos discapacitados, está decorada con una bandera blanca: FLYING WITHOUT WINGS. «Volar sin alas». Esa frase, pintada a mano, fue el primer regalo de África.

El segundo llegó poco después y fue una nube de besos. Don Gabriele dijo a los muchachos que me dieran la bienvenida y apenas salimos del microbús –el *matatu*– Andrea, Giusy Sprovieri, mi amiga y compañera, y yo, fuimos literalmente envueltos en esa nube. Pronto nos sentimos en casa.

Al día siguiente comenzaron los bailes, en el verdadero sentido de la palabra. Era la fiesta de Effatha.

Giusy y yo nos preparamos a conciencia, como antes de cada evento, y bailamos durante la Misa. El encuentro que siguió fue muy espontáneo: Maurice, nuestro «ángel custodio» durante el viaje, traducía las preguntas del kikuyu o del kiswahili. En el suelo, sentados en la hierba, Andrea y Giusy hablaban con los niños. Mientras yo contestaba las preguntas, Giusy tenía a un niño en la espalda, otro agarrado a ella y otros alrededor; Andrea había pedido folios y hacía grullas y ranas que los niños hacían saltar y volar por la hierba, mientras que algunos se le subían por la espalda.

Cuando acabó el encuentro me acerqué, también yo quería conocer a los niños. Parecía que lo estaban esperando. Alargaron sus manitas buscando mis pies. Los miraron y los acariciaron. Fue una sensación bellísima. Era la primera vez que me ocurría, de

pronto mis pies infundían un poco de temor. Casi nunca me ocurre que alguien quiera tocarlos, pero en Kenia fue diferente. Todo lo que consideramos normal, en Kenia no lo es tanto. Yo no soy precisamente una *fan* de la normalidad, y por eso me gustó poder compartir con aquellos niños la importancia que para mí tienen mis pies.

Nunca había creído en la historia del «mal de África». Pensaba que se lo había inventado algún escritor. Pero algo de eso hay, en todas partes. En los hogares, en las calles, debajo de los árboles, en la mirada de los niños, en la sonrisa de Maurice y don Gabriele. En la cárcel.

La puerta de madera de la cárcel de Nyahururu se abrió lentamente. No parecía la entrada de una cárcel: era colorada y estaba en muy mal estado, y daba la impresión de poder romperse de una patada. Si no hubiese sido por la inscripción GK PRISON NYAHURURU, habría pensado que era la entrada de una comuna hippy.

Entramos y, de pronto, el *matatu* disminuyó la velocidad como si estuviese yendo a cámara lenta, me pareció como si disminuyera de tamaño, haciéndome sentir más cerca de los otros pasajeros. Nos miramos alarmados. «Tengo miedo», pensé casi en voz alta. Los ojos de Giusy decían exactamente lo mismo.

«¿De qué tienes miedo?», me pregunté. Quizá de lo que no conozco. Siempre tenemos miedo de lo que no hemos experimentado. Por suerte, la cárcel no era algo que frecuentara y, además, estábamos en Kenia. Era normal tener miedo. Este pensamiento me consoló, no me gusta dejarme dominar por el miedo a lo desconocido.

Me dejé envolver por la serenidad de don Gabriele y esboqué una sonrisa.

Bajamos del *matatu* y Andrea nos envolvió a Giusy y a mí con sus alas protectoras. Parecía enorme, como si pudiese empezar a volar de un momento a otro llevándonos consigo. Pero permanecemos con los pies bien anclados en la tierra. La cárcel de Nyahururu sería nuestra escuela aquel día.

Dos guardias de la prisión nos acompañaron a la oficina del director. En Kenia guardan mucho las formas y la etiqueta se respeta hasta en los más mínimos detalles. El director, un hombre distinguido y cordial, nos esperaba fuera, con su uniforme. Nos hizo acomodarnos en su oficina en sillas alrededor de su escritorio y se sentó rápidamente en su sitio. Aquel escritorio era símbolo de poder, e intentaba hacernos entender que desarrollaba un papel importante. Las paredes del despacho estaban repletas de fotos. Mientras el director hablaba, me perdí en aquellos rostros enmarcados. En un cierto momento pidió que le trajesen el libro de visitas: quería que quedase constancia de este evento. Me di cuenta de que el hecho de que estuviéramos allí, para ellos era importante, no lo daban por supuesto, no lo hacían porque se lo pedía el sacerdote blanco que venía de Italia. Estábamos allí y aquel era el mejor modo de demostrarlo. Apuntó la fecha y firmó, y nos encontramos de nuevo en un espacio abierto. Sin más preámbulos, a lo

esencial.

Fuera busqué los enormes ojos azules de Giusy, quería protegerla. A Andrea no tuve necesidad de buscarlo: fue él el que me buscó y me miró con cariño.

Don Gabriele, Maurice con su gran sonrisa de dientes blancos, y Luca de la Fundación Fontana completaban el grupo. En aquel momento éramos como compañeros de toda la vida. Los conocíamos desde hacía poco, pero nadie mejor que ellos para compartir aquella experiencia.

Llegamos frente a un portón. También este se abrió lentamente como la puerta de fuera, pero no era colorido: parecía el de una cárcel. Era gris, pesado, y escondía otro mundo. Los colores los dejamos fuera; desde aquel momento fue todo en blanco y negro. También el cielo parecía desteñido.

Delante de nosotros apareció una extensión de cemento. De pie, un bosque de rayas blancas y negras, de las que salían rostros y pies negros. Eran los presos de Nyahururu.

Nos esperaban. Solo después descubrimos que faltaban los prisioneros que estaban aislados. Mi corazón pareció querer correr afuera.

Don Gabriele apareció a mi lado, no quería dejarme sola. Ese hombre es especial, pronto aprendí a quererlo. Él sabe corresponder con gestos y cosas concretas; lo ha aprendido en África.

Estaba todo preparado para nuestro ballet y el encuentro con los hombres y las mujeres de la cárcel. Estaban todos sentados en el suelo: una extensión humana de vida encerrada dentro de aquellos muros.

De pronto me sentí pequeñísima. «¿Qué esperan de mí? ¿De esta pequeña mujer blanca que viene de lejos? No tiene brazos y baila, y ellos quieren tener este encuentro. ¿Por qué? ¿Qué puedo darles y decirles?». Estas preguntas me retumbaban en la cabeza y su rumor era tan fuerte que intenté distraerme de lo que veía. Busqué la sonrisa de Luca y Maurice para volver a aquel lugar tan distante de todo lo que mis ojos habían visto hasta entonces.

Nos hicieron sentarnos debajo de una tienda-sombrilla blanca para protegernos del sol. A nuestra derecha había extendido una superficie de linóleo, gris, sobre el que había dos sillas. Los presos me escrutaban, parecía que me atravesaban hasta llegar adentro.

Pregunté si había algún sitio donde Giusy y yo pudiéramos cambiarnos lejos de todas aquellas miradas. Solo teníamos que quitarnos el traje –debajo llevábamos el maillot, mallas y una falda de flores– pero no podíamos hacerlo delante del público. Para ellos era una petición extraña, pero nos acompañaron a una estructura a pocos metros de allí. Era una celda ruinoso, por dentro y por fuera, donde normalmente vivía una treintena de presos. Ni siquiera tenían la posibilidad de tumbarse para dormir. Nos entraron escalofríos, de modo que nos apresuramos a salir.

Un grupo de hombres encarcelados había preparado para nosotros un baile y una canción. Corrimos a sentarnos para disfrutar del espectáculo. Eran todos chicos jóvenes, y un adulto que bailaba y cantaba con una zapatilla distinta de la otra. Una de las dos estaba rota y le costaba que no se le cayera, pero bailaba con toda su energía y consiguió no perderla. Aquel baile era estupendo, la música nos contagió como si la conociéramos de siempre.

Llegó el momento de las mujeres, mujeres jóvenes de profunda mirada. También ellas habían preparado algo para nosotros.

Después me presentaron, no sé qué dijeron o más bien no quiero saberlo. Intenté sonreír a Giusy, que estaba tensa. Nos levantamos inmediatamente; después, lentamente, nos colocamos en aquella especie de escenario. Nuestros primeros movimientos fueron vacilantes. El nerviosismo nos bloqueaba. Intentamos adquirir seguridad, esbozamos una sonrisa, pero aquellas miradas oscuras no nos daban tregua. Intentamos contrarrestarlas, pero era imposible. Sentí ganas de huir –y Giusy me habría seguido– pero nos quedamos allí, pegadas a nuestros movimientos. Si continuábamos así, sería una tortura acabar el espectáculo.

Giusy se sentó en una de las dos sillas del escenario y levantó el brazo derecho, al mismo tiempo que yo levantaba la pierna derecha. El movimiento era lento y gracioso: éramos dos cuerpos que se movían a la vez. Mientras levantaba la pierna, con el rabillo del ojo miré la cara de los espectadores: se levantaban conmigo. Estaban tan en sintonía con mi movimiento como si con su emoción estuvieran diciendo «¡ohhhhh!».

Desde aquel momento, todo cambió. No estábamos allí para bailar solo Giusy y yo, sino que todos bailaban con nosotras. Con cada movimiento sentíamos su participación. Giusy y yo nos miramos, nuestras cabezas se inclinaron como diciendo: «Lo hemos conseguido».

Bailamos con trepidación, como si estuviésemos pisando por primer a vez un escenario prestigioso. Aquel trozo de linóleo gris, puesto sobre una superficie de cemento irregular, se transformó en el escenario más importante del mundo.

Se me vino a la mente el pensamiento de dar a los presos un poco de libertad con mi danza. Sin embargo, mientras me movía, ese pensamiento me inundó con violencia, y por un momento me avergoncé. No les estaba dando un poco de libertad: todos juntos estábamos experimentando la libertad. Y el baile se la estaba dando. No era por casualidad que nuestros cuerpos se movieran con la noche de la *Barcarolle* de Offenbach, presente en la banda sonora de la película *La vida es bella*. Begnini la había elegido para el momento en que Guido, el protagonista, pone frente a la ventana un gramófono para llegar a su «princesa» con la música.

Me preguntaba si la música y el baile podían transmitir una sensación de libertad en la cárcel. Hasta el día anterior habría respondido que no, hoy puedo gritar que es posible.

Cuando acabamos el baile, todos aplaudieron. Un aplauso tal y como lo entendemos en Occidente no forma parte de la cultura de aquel lugar de África, pero, en aquel momento, dar palmas se convirtió en un código universal. Giusy y yo sonreíamos, después me quedé sola en el escenario y Maurice me indicó que me acomodara en una de las sillas que había sobre el escenario. Se me acercó pocos segundos después con un micrófono. Todas las miradas estaban sobre mí cuando levanté el pie derecho para cogerlo.

Tengo frecuentes encuentros en escuelas, empresas, parroquias, ONG... Me llaman de todas partes para contar mi historia y hablar del potencial humano que cada uno de nosotros esconde dentro de sí. Sin embargo, ninguno de esos encuentros se puede comparar a este de la cárcel de Nyahururu.

Maurice me tradujo las primeras preguntas en kiswahili o kukuyu. Estaba tranquila: habíamos bailado juntos, ¿cómo no iba a estarlo?

Una mujer joven se acercó al micrófono tímidamente. Mientras hablaba me miraba a los ojos: «Tengo tres hijos y no tengo marido. Intento vender carbón y me meten en la cárcel, hago otro tipo de trabajos y acabo siempre en la cárcel. Tú, en cambio, no tienes brazos y haces todas esas cosas. ¿Cómo puedo yo también conseguirlo?».

No sé cómo pude sostener su mirada. Se me heló la sangre. No sabía qué pensar, no me salía la voz, así que decidí hablar con el corazón. No sabía qué podía hacer aquella mujer: no conocía su mundo, tampoco entendía por qué había acabado en la cárcel por intentar vender carbón. Yo no era quién para decirle lo que podía o no podía hacer. Permanecí un momento en silencio, mirándola. Era realmente muy guapa, parecía una actriz. Comencé por ahí y se lo dije: «Eres muy guapa y joven. Tienes tres grandes dones: tus hijos. Creo que debo decirte que tienes que partir de ahí, del amor por tus hijos y por ti. Es por ese grande amor por lo que debes encontrar tu camino, para darte un futuro a ti y a ellos, y te lo deseo de todo corazón».

Sus ojos se llenaron de lágrimas, igual que los míos. Me sonrió, cogió el micrófono y dijo: «*Thank you, thank you, thank you*». Tres veces, una por cada uno de sus hijos. No sabía qué había dicho o hecho, pero aquella joven me estaba dando las gracias. Por un instante se me vino a la mente la imagen feliz de ella con sus tres hijos, sin aquel horrible uniforme blanco y negro, sino con un bonito vestido africano de colores.

Me relajé y bebí un sorbo de la Coca-Cola que me habían traído. Este gesto les gustó mucho y desencadenó un divertido murmullo, yo me desinhibí totalmente y les mandé un beso con mi pie derecho. Siguió una ovación y todos nos abandonamos a una risa contagiosa y liberadora.

Al final de este encuentro me levanté casi de un salto. Me uní a mi grupo y, juntos, nos dirigimos a los muchachos que había delante de nosotros. Ahora podía mirarlos más de cerca. Eran jóvenes y guapos. Mientras bailaban, se abrazaban y se daban la mano.

Me recibieron con entusiasmo, como a una amiga a la que conocían mucho.

Algunas de las mujeres llevaban en brazos a niños pequeños. Un recién nacido dormía tranquilamente sobre la espalda de su madre, cogido a la cintura por una fina manta. Hicimos fotos, pero continuaba pensando en aquellas pequeñas criaturas que vivían en la cárcel.

De pronto, todos mis pensamientos se desvanecieron: se escuchaba música. Parecía venir de lejos, de otra dimensión, pero estaba precisamente ahí, en la cárcel. Las notas no tenían color, pero se llenaron de luz en el momento en que Luca comenzó a moverse. Tímidamente algunos se unieron a él. Luca se acercó a los muchachos y ellos se unieron en una danza llena de color. Explotó la magia más pura que mis ojos hayan visto jamás: la cárcel se transformó en una pista de baile. Vi los cuerpos moverse lentamente y empezar a bailar. Nos miramos como si no pudiéramos creer lo que estábamos viendo. No podía ser: estábamos en la cárcel y estábamos bailando todos juntos.

Aquí estaba nuestra danza de libertad.

En un primer momento los guardias de la cárcel se asustaron. Estaba prohibido este tipo de manifestaciones en la cárcel. Nadie lo habría imaginado. Pero en el fondo no estaba ocurriendo nada malo, así que nos permitieron continuar.

Fue un triunfo de la vida.

Nos costó irnos, dejar aquel baile que parecía no querer acabar nunca, las miradas, el ambiente.

Cuando el portón gris se cerró detrás de nosotros, sin que me diera cuenta, una parte de mí se había quedado dentro de aquel patio, saboreando todavía un poco de aquella libertad. Volvimos a subir al *matatu* y el tiempo volvió a su curso. Las puertas de colores se abrieron y, nada más salir, comprobé que todo era igual que cuando habíamos llegado.

Lo único que podía hacer era escapar. Cerré los ojos, suspiré profundamente e imaginé que corría lo más rápidamente posible. No tenía alternativa. No conseguía marcharme espontáneamente, dejar aquella tierra, donde había reído con la parte más profunda de mi corazón y llorado con el alma destrozada en mil añicos. Donde había bailado la libertad.

Puedo asombrarme

Estoy convencida de que todos tenemos un talento. No necesariamente artístico: el talento es una oportunidad, es dar un sentido a la propia vida. Se puede demostrar talento para cualquier cosa: para ser madre, ama de casa, bailarina, carpintero... No hace falta alcanzar la fama: el éxito es algo interior.

Las respuestas no están fuera de nosotros: están dentro. Es ahí donde toman cuerpo los deseos, donde se crean las intenciones y se refuerza la voluntad. Sin estos pasos no se va a ninguna parte. Hace falta mirarse dentro, descubrirse, buscar los estímulos justos.

Creo que dentro de cada uno hay cosas buenas que poner a disposición de sí mismo y de los otros.

Si encontramos a una persona desesperanzada, insatisfecha, sin motivaciones y, por lo tanto, poco interesante, podemos dejar que se pierda, o ayudarle a sacar lo mejor de sí. ¿Cómo? Considerándola mejor de lo que se ve. El aprecio y la fe por los demás son un motor potentísimo para dialogar y empezar el cambio. También de nuestra percepción del mundo: los ojos sirven para mirar en profundidad, no solo para ver.

Si damos por supuesto nuestro recorrido, nuestras metas, nuestros proyectos, si sentimos que ya hemos llegado, todo toma un color neutro. No es así: siempre estamos al comienzo de algo. Si nos consideramos personas en camino, si estamos preparados para acoger estímulos y cambiar de camino, el que hacemos brillar con colores más vivos, el futuro será un misterio por resolver, un regalo que abrir, una sorpresa.

Recomienzo desde *Me*

El aeropuerto de Milán era nuestro punto de partida, Madrid, el destino. Mi madre, Giusy, Mariacristina y yo llegamos para facturar las maletas con mucho tiempo. Queríamos hacerlo todo con calma para poder disfrutar de cada momento. Esta aventura era toda nuestra y estábamos electrizados.

«Recomienzo desde mí», pensé cuando me pesaba la idea de ocuparme por completo de un espectáculo. Quería jugar con todas las emociones que, durante años, habían ido creciendo y que ahora me pedían con insistencia una forma, un color, un sonido, un movimiento.

Los días de final de verano y principio del otoño de 2010 fueron de duro trabajo, de ensayos, de búsqueda de la música, de estudio de cada uno de los movimientos, de preparación de los trajes, de prueba de luces: un trabajo exhaustivo. Pero no estaba sola: recomenzaba desde *Me* —que era un título— junto con el afecto de las personas que me querían. Mariacristina y Giusy, mis dos queridas amigas bailarinas de La Scala de Milán, Marco (Messina) y Salvo (Perdichizzi) me apoyaban humanamente y con su profesionalidad. Nuestra energía estaba por las nubes.

Había llegado el momento. Giusy, Mariacristina y yo saldríamos antes para participar en el festival de Cazorla, en España; Marco y Salvo se nos unirían en Madrid.

Me estaba a punto de aparecer en escena.

Desde Madrid tardamos cuatro horas en coche hasta llegar a Cazorla, en Andalucía. El teatro estaba muy cerca del hotel, con vistas a la gran plaza. Emocionadas y eufóricas, estuvimos ensayando desde la mañana para preparar el espectáculo con el mayor cuidado posible. Todo tenía que salir como habíamos planeado.

Acabó en un momento. Los bailes se sucedieron y parecían volar, escaparse de la mano. Las luces se apagaron, el espectáculo había terminado. El público aplaudió con entusiasmo. Lo habíamos conseguido: les había gustado. Corrimos afuera del escenario para saludar, con el corazón desbocado. Salimos al escenario intentando controlarnos y dimos las gracias al público. Se cerró el telón y nos abrazamos intensa y sinceramente. Estábamos tan contentas y llenas de adrenalina que habríamos podido bailar durante horas. Mi madre nos esperaba en el camerino. Nos estrechó a todas en sus brazos. También ella, en cierto sentido, había bailado con nosotras. Quería premiar nuestros esfuerzos con su afecto, la rodeamos, y del círculo se elevó un suspiro: ya había acabado, ahora todo el espacio era para la alegría.

La segunda versión de *Me*, en la que había ballets de y con Marco y Salvo, se llevó a escena dos días después en Madrid. Habían llegado los refuerzos y el deseo de repetir el éxito nos tenía animados y llenos de entusiasmo.

También en Madrid el espectáculo se desarrolló a toda velocidad. Los *pas de deux* se alternaban con los solos y *pas de trois*. Cuando salimos los cinco a escena, nuestra complicidad era máxima. Nos estábamos divirtiendo y el público se daba cuenta. Queríamos alargar el tiempo para que aquella magia no acabase nunca, pero, cuando sonó la última nota y la luz se fue apagando lentamente, el espectáculo había terminado.

El público aplaudió tan fuerte que, por un momento, nos quedamos inmóviles en el escenario, sin encontrar la fuerza necesaria para movernos. Uno detrás de otro, los espectadores se levantaron: todos decidieron quedarse de pie aplaudiéndonos.

Les dedicamos una profunda inclinación.

Entre los espectadores divisé tres rostros familiares: mi madre, que parecía estar en platea casi por casualidad, aplaudía entusiasmada. Gianfranco y Rosanna, los padres de Andrea, que vinieron a España para disfrutar con nosotros de esta nueva aventura, intentaban sin éxito esconder su emoción al mismo tiempo que aplaudían. Finalmente podíamos celebrarlo, esperando que *Me* volviera a transformarse.

La nueva versión de *Me*, enriquecida con otros intérpretes, se llevó a escena en 2011 en el Teatro Cagnoni de Vigevano. El Lions Club-Vigevano Host, en la persona de uno de sus expresidentes, Stefano Omodeo Zorini, también amigo, nos había invitado por segunda vez a celebrar el 8 de marzo y no podíamos faltar. La invitada de honor era una mujer especial, artista y madre, Oriella Dorella, que había aceptado rápidamente y con entusiasmo nuestra invitación. Enriquecía nuestro espectáculo Eloisa Milletti, con la que habíamos bailado hasta el año anterior, y dos maravillas del Teatro de La Scala, Lara Montanaro y la primera bailarina, Sabrina Brazzo.

Una vez que empezamos los ensayos, parecía que el espectáculo quisiera despegar antes de salir a escena. A medida que se acercaba la fecha, estábamos más eufóricos.

El 7 de marzo hicimos un ensayo general: habíamos puesto por obra todas las valiosas sugerencias que la gran Oriella Dorella nos había dado con tanta pasión y profesionalidad y, hasta el último momento, habíamos continuado poniendo a punto, modificando, limando, perfeccionando. Me sentía halagada y orgullosa por su interés en mi –nuestro– espectáculo, y la emoción de bailar con ella crecía cada vez más.

Al día siguiente íbamos a salir en coche para encontrarnos en el teatro cuando sonó mi teléfono. «Es Sabrina», dije a todos con alegría. Imaginaba que me iba a preguntar algo, pero su voz no era aguda como de costumbre. Me dijo que se había hecho daño en clase en la Scala y que iba a urgencias. La sonrisa con que respondí al teléfono se esfumó y dejó paso a la consternación. Sabrina estaba disgustada y dolorida, yo apenas

por ella. Sabía cuánto deseaba bailar conmigo, y, sobre todo, sabía cuánto me quería: este incidente era para ella un gran dolor, no solo por el pie que le causó grandes dificultades durante meses, sino también porque esa noche no podría bailar. Intenté animarla y le dije que no se preocupase, pero ya sabía que era inútil.

Nada más colgar me entró el pánico. Sabrina tendría que haber interpretado conmigo un ballet dedicado a la maternidad. Habíamos creado juntas esa coreografía inspirándonos en la figura de una madre como ella. Solo una madre podría bailarlo junto a mí.

Las primeras horas después de aquella llamada fueron de ansiedad y preocupación, tanto por la salud de Sabrina como por el espectáculo. Tenía que encontrar una solución, así que intenté mantener la calma, comportarme racionalmente y recurrir a mis contactos.

Poco antes de que perdiese la esperanza por completo recibí una buena noticia. Marco me informó de que una solista de La Scala se había ofrecido para sustituir a Sabrina. Era Laura Caccialanza, una estupenda bailarina y una persona y madre maravillosa, que había conocido algunas semanas antes en una cena. Ella y su marido – Nino Suter, primer bailarín de La Scala– tenían dos hijos.

Cuando Laura llegó a Vigevano, alrededor de las cuatro de la tarde, lo primero que notamos todos fue el terror en sus ojos. En muy pocas horas tenía que aprenderse una coreografía entera y algunas otras entradas. Si hubiese estado relajada, habría tenido miedo, pero su pavor fue constructivo: desde aquel instante supe que lo haría maravillosamente.

Comenzamos los ensayos sin perder tiempo. Por suerte, la sala de danza está encima del teatro. Mientras Marco se ocupaba de las luces, Laura y yo ensayamos una y otra vez el *pas de deux*. Por falta de tiempo tuvimos que suprimir el *pas de trois* que, al principio, iba a bailar con Sabrina y Lara, acompañadas por la música de Alberto Traversi. Alberto, gran músico y compositor, además de ser el novio de Lara, había creado dos composiciones inéditas para nuestro espectáculo. Los ensayos fueron fenomenal: Laura y yo conseguimos entrar en sintonía y esto nos dio un poco de tranquilidad, que no estaba de más.

Con un poco de retraso, todo estaba a punto. Me preparé rápidamente y, en un instante, estábamos todos detrás del escenario. Busqué con la mirada a mis amigos bailarines, y al cabo de un rato me sentí más relajada. También este año el teatro estaba lleno y era una gran satisfacción, tanto para nosotros como para los organizadores.

Se abrió el telón. Estaba nerviosísima ante la idea de bailar con Oriella, pero en el momento en que se cruzaron nuestras miradas se desvaneció mi preocupación. Cuando Marco y Salvo entraron en escena, nosotras nos giramos y comenzó la magia. Salvo me levantó y me colocó sobre su hombro izquierdo, Marco puso a Oriella en su hombro

derecho. Vuelta hacia el fondo vi aparecer delante de mí la proyección de un cuadro mío, y todo pareció adquirir el sentido que buscaba. Mis pinturas hablaban junto con la sucesión de bailes, ayudando a los espectadores a experimentar los sentimientos que interpretábamos.

El ballet con Laura estaba a punto de empezar. Desde el otro lado del palco, la miré detrás del escenario, mientras, tensa, ensayaba los pasos. Con las primeras notas entró en escena. Su rostro estaba espléndido. La emoción ya estaba sobre el escenario y nosotras solo tuvimos que ir a su encuentro, absorberla y hacerla nuestra.

Laura, la madre, la bailarina, estaba delante de mí. En ella vi también un poco de Sabrina. Bailé con ella y todo el mundo pareció desaparecer. «Ave María, ahora que eres mujer, Ave a las mujeres como tú, María/Mujeres un día por un nuevo amor, pobre o rico, humilde o mesías/Mujeres un día y después madres para siempre, en el tiempo, que el tiempo no pasa». En estas palabras de De André la unión fue completa: el significado de la canción se traslucía en los movimientos de Laura, que estaba bailando con la alegría de ser madre, y yo bailaba con ella. En el fondo de mi corazón espero poder tener también yo un día este privilegio.

La música acabó y nuestro abrazo fue dulce como aquellas notas. Habríamos querido permanecer allí, pero no había tiempo, las emociones de vivir y compartir eran tantas, que me preguntaba si sería capaz de interpretar todo hasta el final.

La respuesta no tardó en llegar. Era el momento de otro ballet y otros escalofríos. Bailé con Eloisa, Giusy y Mariacristina y me sentí como en casa. Cuando Salvo apareció en escena, nos fundimos en una danza de gestos y movimientos que inspiraron todo su ser. La profundidad de un alma especial estaba frente a los espectadores y parecía casi imposible no notarlo. Marco entró en escena con la fuerza de un animal salvaje. Toda su pasión se contagió y dejó que me impregnase totalmente. Nos abandonamos a aquella energía magnífica y fue mágico.

Cuando Lara entró en escena se paró el tiempo. Ella representaba el miedo y su extraordinaria presencia escénica hizo fluir un torbellino de agitación que todos compartimos, entrando y saliendo del escenario. La música de Alberto Traversi era perfecta.

La segunda parte del espectáculo se desarrolló con rapidez, y cuando llegamos al final parecía que todavía faltase algo. Permanecí manteniendo el aliento y, cuando se apagaron las luces, tuve que salir. No quería dejar aquel escenario, habría querido recomenzar todo desde el principio. Aquellos abrazos, aquellos gestos y movimientos, estaban todavía tan dentro de mí que me parecía que seguía bailando. Pero llegó el momento de los saludos. Me pidieron que dijera algo y, antes, dejé salir un suspiro. Estaba realmente emocionada, como no me sucedía desde hacía tiempo. Di las gracias a todas las personas que habían estado cerca durante los meses anteriores y que habían

compartido conmigo todo aquel trabajo. Me giré y miré a mis compañeros bailarines, pero solo vi amigos especiales. Un nudo en la garganta casi me bloquea las palabras, pero era tanto mi deseo de dar las gracias que avancé rápidamente. Aquel no era mi espectáculo, era el nuestro. Había recommenzado desde *Me* a través de y junto a ellos. Esa sensación había hecho todo precioso. El baile, la pintura, la fuerza y la alegría estaban en el escenario y habían bailado junto a nosotros. Nosotros no habíamos hecho otra cosa que dejar que esos elementos tomaran forma. No habíamos hecho otra cosa que bailar la vida.

No es retórica. La vida es una danza

El coreógrafo me ha hecho entrar en escena de forma rocambolesca, el resto de la representación no me la sabía y estaban un poco asustados en aquel momento, después me han dado la oportunidad y también yo he llegado a ser una bailarina.

Como todos, tengo mis puntos fuertes y débiles, y a fuerza de bailar he descubierto perfectamente cuáles son. Soy como Sansón, tengo la fuerza en el pelo y, como mi abuelo, en la sonrisa. Soy como un avispon, vuelo aunque no tenga alas y, como Anna, me pongo zapatos rosa para enfrentarme a los bustos ortopédicos. Me columpio y me precipito, como mi madre, y después necesito silencio, como mi padre.

Casi nunca me enfado, pero para eso está Andrea.

Soy feliz, desvergonzada y desenfrenadamente feliz.

Y es una alegría contar mi felicidad.

Mi punto débil es que, después de haber bailado tanto, pintado y hablado, me siento como vacía. Me siento frágil, vulnerable. Y, aunque no quisiera bajar nunca del escenario, no querría acabar nunca un lienzo, no querría dejar nunca de charlar, debo hacerlo, de otro modo podría disolverme a los ojos de los demás. Y ya no sería yo, Simona.

Cuando llega ese momento, me inclino. Me inclino profundamente, para dar las gracias a los que me han dedicado tiempo y corazón. Noto que mis cabellos se deslizan a lo largo de la espalda hasta llegar al suelo, la respiración se hace más acompasada y me veo los pies.

Entonces comienzo a imaginarme un nuevo sueño.

Agradecimientos

Son muchos los rostros que he encontrado, las emociones compartidas, las sombras que se han mezclado para dar vida a los encuentros... nada es casualidad, todo tiene un sentido: cada mirada, cada suspiro, cada vibración encuentra su sitio dentro de nosotros.

Dar las gracias es un gesto de afecto. Cuando pronuncio esta palabra, «gracias», la boca se me llena hasta dejar una sonrisa en mis labios. Digo gracias y sonrío a todos los que he abrazado, a los que solo he tocado y a todos los que me encontraré...

Gracias a todas las personas que han enriquecido mi vida con su alegría y nuevas experiencias y han contribuido a hacerla especial.

Gracias a mi familia, por haberme dado los instrumentos para llegar a ser la que soy.

Gracias a Rosanna y a Gianfranco, por haberme acogido en su familia con afecto, y por su maravilloso apoyo.

Gracias a mis amigos:

–a Alessandra, por nuestra amistad sencilla y sincera, nacida sin ninguna expectativa, para después convertirse en un sentimiento fuerte y especial, porque junto a Davide siempre está presente en los momentos importantes de mi vida;

–a Francesca, porque juntas nos hemos hecho adultas y porque nuestra amistad no conoce distancias; y al pequeño Davide, que la ha hecho todavía más estupenda;

–a Lorella, nuestros recuerdos nos acompañarán siempre en nuestro «ser loco» y en la riqueza que siempre nos mantendrá unidas;

–a Manuela, por haber compartido conmigo momentos bellísimos y momentos difíciles, por haber estado ahí cuando la he necesitado, por haberme ofrecido una sonrisa y un hombro en el que llorar;

–a Roberta, porque hemos crecido juntas y hemos aprendido a amar la danza;

–a Emanuele, porque desde nuestras carcajadas en la hierba de Canadá hemos recommenzado a vivir;

–a Elena, porque desde el cielo continúa sonriendo;

–a Antonella, a Paolo y a todo el Centro Arte Danza; por su amistad dentro y fuera de la danza;

–a Marco Messina, porque su apoyo, su ayuda y su danza son un gran don en mi vida, y por ser un amigo de verdad especial;

–a Salvatore Perdichizzi, por la emoción de compartir experiencias únicas en la danza y en la vida; y porque los momentos de divertirnos juntos son una parte fundamental de mi vida.

Gracias a las amigas del foro, porque con su ayuda he superado muchas dificultades y he compartido con ellas muchas conquistas.

Gracias a todos los que han compartido conmigo mi infancia y proceso de crecimiento.

Gracias a mi maestra Claudia, por haber sido una docente sensible y amable de la escuela de la vida.

Gracias a los amores, experimentados, vividos y pasados.

Gracias a todos los amigos de *Y les llaman discapacitados*:

–a Candido Cannavó, por haberme retratado como ni siquiera yo sé hacerlo y por haber apreciado mi arte: nunca lo olvidaré;

–a Felice Tagliaferri, por haberme enseñado a ver la realidad y por haber compartido conmigo las grandes alegrías de la vida. A Gabriella y al pequeño Alberto, su verdadera y gran obra de arte;

–a Paolo Anibaldi y a su familia, por su afecto.

Gracias a todas las personas que he conocido a través de la pintura:

–a Mario Barzon. Ser su «pupila» ha sido siempre una gran alegría, nuestro encuentro marcó mi vida;

–a Carla, Angelo, Angela, Daniela, por haberme transmitido todo su amor por el arte y por haberme dado los medios de expresar todo lo que llevo dentro;

–a toda la VDMFK y a todos los grandes artistas que he tenido el honor de conocer;

–a la SPAM de Verona, a Giovanni Iachelli y a toda su familia, por su apoyo y afecto.

Gracias a mi amigo Lucca Bucchi, porque nuestra amistad es especial y vuela alta en el cielo con la ayuda de nuestro piloto.

Gracias a mis amigos de Canadá, con los que he compartido momentos importantes de crecimiento y de arte.

Gracias a la decana Madeline Lennon y a todos los profesores y amigos de la University of Western Ontario.

Gracias a todas las personas con las que he bailado y colaborado, a mis maestros y coreógrafos, y a los que he encontrado en el mundo de la danza.

Gracias a todos los extraordinarios compañeros con los que he bailado:

–a Marco Barbieri y a Pilar Murube, porque con ellos he vivido mi primera experiencia importante en Alemania y Holanda, y nunca lo olvidaré;

–a Americo di Francesco, con el que ha sido un placer compartir grandes emociones;

–a Luca Alberti, por haber compartido conmigo un sueño imposible;

–a José Luis Sultán, mi «hermano», que me ha enseñado la pureza y la fuerza de la danza;

–a todos los amigos bailarines del espectáculo *Rock-quiem*, con los que he

compartido momentos únicos;

–a Marco Pierin: ha sido un gran honor bailar con una estrella y descubrir después una gran alma;

–a Silvio Oddi. Bailar con él ha sido una gran experiencia. Al igual que su maravillosa personalidad;

–a Vito Alfarano. Su dulzura y amistad son un recuerdo leve e intenso que guardo dentro de mí;

–a Franca Roberto, por la alegría de bailar con una gran bailarina y una gran mujer a la que aprecio muchísimo;

–a Sabrina Brazzo, por haber compartido momentos intensos de profunda amistad y porque poder tocar un alma tan especial a través de la magia de su danza es un don que llevaré siempre conmigo. Porque aquel viaje a Lourdes fue un momento que enriqueció nuestra vida;

–a Oriella Dorella, una gran estrella, una gran mujer y una gran artista con la que he tenido el honor de bailar y de compartir el nacimiento de un sueño: el espectáculo *Me*.

Gracias a todos los muchachos que participaron en el Festival de Danza de Pescara, por haber compartido conmigo el amor por la danza.

Gracias a Martina Scuderi: verla crecer como mujer y como bailarina ha sido un regalo que no olvidaré, porque la amistad entre nosotras y nuestras familias nunca acabará.

Gracias a Francesca Figliola, porque el recuerdo de nuestra danza juntas está y estará siempre dentro de mí.

Gracias a Nyreen Di Sante, por los momentos especiales vividos juntas y también por el afecto de su familia.

Gracias a Mariacristina Paolini, porque en estos años de danza y de vida juntas hemos aprendido a querernos, y porque verla convertirse en una mujer es para mí una alegría enorme. A su familia, por su afecto y por haber compartido nuestras grandes alegrías.

Gracias a Eloisa Milletti y a su familia, por su gran amistad y disponibilidad.

Gracias a Giusy Sprovieri, porque en poco tiempo hemos compartido muchas experiencias increíbles que nos han hecho crecer y nos han unido en una amistad y en un afecto especial.

Gracias a los amigos bailarines del Teatro de La Scala de Milán, por haberme concedido el honor de bailar con ellos: Antonella Albano, Laura Caccialanza, Maurizio Licitra, Lara Montanaro, Andrea Volpintesta y Mick Zeni.

Un agradecimiento especial a todos los artistas que han recibido el premio Atzori desde 2002 a 2010: Luciana Savignano, Micha Van Hooecke, Carolyn Carlson, Vladimir Vasiliev, Carla Fracci, Liliana Cosi, Vladimir Derevianko, Oriella Dorella, Roberto

Bolle y Sabrina Brazzo.

Gracias a todos los estupendos bailarines con los que he bailado en el programa *Amore* de Raffaella Carrà, por su apoyo y ayuda, y por haber hecho mágica esa experiencia; gracias a Raffaella por haberme querido y valorado como bailarina.

Gracias a la Fundación Fontana y Saint Martin CSA por haberme dado la posibilidad de sumergirme en la profundidad de la humanidad.

Gracias a don Gabriele, porque he descubierto a un hombre extraordinario que vive la vida a través del Evangelio y lo hace concreto y vibrante para todas las personas que tienen la suerte de conocerlo.

Gracias a Luca Ramigni, porque su solidaridad y alegría han hecho inolvidable nuestra experiencia en Kenia.

Gracias a Pierino Martinelli, por su profesionalidad y seriedad en su maravilloso trabajo en la Fundación Fontana.

Gracias a todos los de Saint Martin CSA, por su corazón.

Gracias al padre Alessandro, a sor Armanda y a los hermanos de la Marcha por su amistad profunda y especial.

Gracias a todos los sacerdotes y religiosos que he encontrado en mi camino.

En fin, gracias a todas las personas que han creído en mí y me han apoyado en la realización de este libro.

Gracias a Francesca Parravicini por haber entrado tan profundamente en mi vida y haberme ayudado a transformar mis palabras en un libro.

Gracias a Gabriele Rigon por su amistad, por haber sabido dar vida a fuertes emociones con su fotografía y porque sus cubiertas traen tanta suerte.

ALBUM DE IMÁGENES



Simona de pequeña: arriba con sus padres celebrando su bautismo; debajo, con cinco meses, «bailando» con su papá.





En el año 2001, se graduó en Artes Visuales por la Universidad de Western Ontario, en Canadá. En la fotografía, con su hermana Gioia, su padre y su madre.



En 1992, Simona fue recibida por Juan Pablo II junto a una delegación de la asociación de personas que pintan con la boca y con el pie.



Simona con uno de sus «ángeles», Candido Cannavò, fotografiados en el Festival de danza de Pescara en e año 2005.



Simona conduciendo. Debajo, formando parte del Fly for Life, proyecto promovido por el campeón de esquí náutico Jeff Onorato (© Gabriele Rigon).





Arriba, en un encuentro motivacional en Montevarchi. Abajo, rodeada de niños de Saint Martin, en Kenia, en noviembre del año 2010 (© Gabriele Rigon).







Baile inaugural en las Paralimpiadas de invierno de Turín, en el año 2006, junto a Luca Alberti (© Gabriele Rigon).



Un momento del espectáculo Me, con Eloisa Milletti y Mariacristina Paolini (© Alberto Reina).



Simona y Giusy Sprovieri bailan para los internos de la cárcel keniana de Nyahururu.



En los inicios de su afición pictórica.



Retrato de Carla Fracci.



LibertArte, óleo sobre tela del año 2006.



Uno de los cuadros de la serie «Abrazos»: Meete, del año 2003.



Retrato de Juan Pablo II.

Índice

El sueño
El primer baile
Sus brazos se quedaron en el Cielo
Puedo bailar
El columpio
Debut
El color rojo
Puedo escribir
Danza de luz
Koumpounofobia
Anna
Puedo darme la forma que quiera
17 de enero de 1991
Roma nos esperaba
Un hombre llamado papa
Solo una amiga
Puedo defenderme
El cielo de Canadá
Vuelo de amor
Yo puedo ser Simona
Un ángel en caída libre
La danza del 25 de 2002
Puedo lavarme el pelo
¿Por qué eres feliz?
Espera de amor
Puedo volar
Fly for Life
Mis manos
Yo puedo ser feliz
Mis amigos
Mi mejor amigo
Puedo sonreír de muchas maneras
El hombre que volaba
El árbol mágico
Puedo estrechar la mano
Libre
Soy un girasol

Danza de libertad
Puedo asombrarme
Recomienzo desde Me
No es retórica. La vida es una danza
Agradecimientos
Album de imágenes

Índice

El sueño	8
El primer baile	10
Sus brazos se quedaron en el Cielo	12
Puedo bailar	15
El columpio	16
Debut	20
El color rojo	24
Puedo escribir	28
Danza de luz	30
Koumpounofobia	32
Anna	35
Puedo darme la forma que quiera	40
17 de enero de 1991	41
Roma nos esperaba	44
Un hombre llamado papa	47
Solo una amiga	50
Puedo defenderme	53
El cielo de Canadá	54
Vuelo de amor	61
Yo puedo ser Simona	64
Un ángel en caída libre	66
La danza del 25 de 2002	68
Puedo lavarme el pelo	71
¿Por qué eres feliz?	72
Espera de amor	74
Puedo volar	77
Fly for Life	78
Mis manos	80
Yo puedo ser feliz	82

Mis amigos	83
Mi mejor amigo	85
Puedo sonreír de muchas maneras	88
El hombre que volaba	89
El árbol mágico	91
Puedo estrechar la mano	94
Libre	96
Soy un girasol	99
Danza de libertad	101
Puedo asombrarme	107
Recomienzo desde Me	108
No es retórica. La vida es una danza	113
Agradecimientos	114
Album de imágenes	118
Índice	135